

M A R C B E H M

# La doncella de hielo

de

Lectulandia

Cora Dana nació en 1876, en el seno de una familia acomodada de Nueva Inglaterra. Su padre poseía dos astilleros y un banco; su madre era una Cronwell, descendiente del lord Protector. Habitaban una mansión de once estancias en el centro de Boston. A los cinco años, la pequeña Cora ya tenía su propio "pony", a los siete una calesa y a los nueve la tarjeta personal de la biblioteca pública. A los diez años se matriculó en la escuela Quincy Bay de la señora Burroughs, donde, entre otras cosas, aprendió a tocar el violoncelo e hizo sus pinitos en el mundo de lo Desconocido. A los diecisiete años dio su primer concierto y se convirtió en músico profesional. En 1899 triunfó en el Albert Hall de Londres...

Pero repentinamente todo cambió: sus padres se ahogaron en un accidente de navegación y la fortuna familiar fue a la bancarrota. La pobre Clara, sola y desamparada, se vio obligada a llevar una existencia azarosa y aventurera... Actualmente debe mil quinientos dólares de alquiler del apartamento que ocupa con su violoncelo y su ataúd. Porque Cora Dana es vampiro. Y en el mundo contemporáneo nada es fácil para un vampiro. Incluso trasladar sus enseres más elementales, como el ataúd, se convierte en un atolladero. Y no mencionemos el arduo trabajo para obtener el sustento diario. Y lo presto que hay que estar para escapar a las persecuciones de los simples mortales. Problemas y más problemas, tal como también le sucede a Tony, el vampiro que duerme en una cochera abandonada y que lleva una existencia rocambolesca. En efecto, los tiempos modernos y su consiguiente deshumanización constituyen un quebradero de cabeza para todo aquel vampiro que aspire a una vida tranquila y sosegada...

**Lectulandia**

Marc Behm

# **La doncella de hielo**

ePub r1.0

Titivillus 03.11.16

Título original: *The Ice Maiden*  
Marc Behm, 1983  
Traductor: Jorge de Lorbar  
Retoque de portada: Wake

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

# CAPITULO I

*«¡Guíanos, monstruo,  
te seguiremos!  
“La Tempestad”».*

El monstruo, sentado en una cloaca, repantigándose en un lodo inmundo, rememoraba el bosque.

El bosque, los lagos, los salvajes...

¡Maldición! ¡Aquello había sucedido hace mucho tiempo!

Los Mohawks, los Oneidas, los Sénecas...

Frunció el entrecejo. ¿Por qué? ¿Por qué cavilaba con aquellos pensamientos indios? Atisbo a su alrededor, los zorrunos ojos relumbrando. ¿Por qué?

Era un ser vil y hediondo, la barba y el pelo le llegaban a la cintura, y su gastado abrigo se hallaba empapado en barro. Pero ya estaba a salvo. Seguro. La alcantarilla era un refugio, un interminable laberinto hecho a la medida de varias docenas de Minotauros. Podría ocultarse allí durante toda una eternidad.

Quizá fuera ésa la explicación de sus recuerdos. La alcantarilla, sí. Y el bosque... Refugios... Seguridad... Los Hombres del Fango... Eleanor... La picota... ¡No, no! ¡Un momento! ¡Se trataba de otro bosque en otro siglo! ¡Se estaba embotando! ¡Vino! ¡Necesitaba un vaso de vino..., no, todavía no..., más tarde! Antes de irse a dormir se zamparía una rata y tomaría unos tragos de Clos Vougeot..., pero por el momento se daba por satisfecho con meditar apesadumbrado sobre aquellas confusas remembranzas.

¡Maldición! ¿Qué sentido tenían?

Había llegado al Nuevo Mundo en el siglo dieciséis... No, en el diecisiete..., sobre 1620, sí...

Se humedeció los gruesos labios, concentrándose furiosamente. Antes de aquello estaban Nottingham..., el cenagal..., los masacrados Arqueros Reales..., James I, el cabeza hueca... Luego aquella horripilante travesía en tres lanchas de pesca que hacían agua.

Eso es, así que los indios provenían de 1620 aproximadamente.

¡Rayos y truenos! ¿Por qué se hallaba su mente tan aturdida? Por lo general, era capaz de articular pensamientos más agudos que ése. ¿Se estaba volviendo senil? ¡Qué vergüenza!

Quizá un sorbo de vino le aclararía la cabeza... No..., el vino no... ¡Indios! Los indios andaban merodeando por su pobre y gastado cerebro y debía hacerles frente sobrio.

Así, pues. La frontera del lago Ontario. Aquello ocurrió en el siglo dieciocho.

Los colonos se habían mostrado cargantes, pero los iroqueses lo dejaron solo. Le habían dado incluso tabaco de vez en cuando y le permitieron dormir en paz en sus

reductos y lugares sagrados de enterramiento durante meses y meses. A cambio, él nunca atacaría a ninguno de sus guerreros y mujeres. ¡Por cierto que no! ¡Habría sido una auténtica locura! Lo toleraron sólo a causa de que todas sus víctimas habían sido sus enemigos... Los blancos franceses, americanos y canadienses y los Wiandots y Mingos del lago Erie.

Anthony había adorado a aquellas jovencitas Mingo de pura sangre.

¿Anthony?

¡Oh! ¡Así que era eso! ¡Rayos! ¡No era de extrañar que estuviera perplejo!

¡Estaba pensando con las ideas de Anthony!

Cerró los ojos y vio caer la nieve.

Tony se moría confortablemente, yacía medio despierto, deslizándose dentro y fuera de la mente del monstruo, introduciéndose en ella sin saberlo siquiera.

¿Dónde diablos se encontraba?

Nieve..., bosques..., témpanos sobre el río... ¡Ah, sí! ¡La zona fronteriza! ¡Los indios! ¡Aquellos finales del siglo dieciocho! Había ido al valle en noviembre para cazar lobos en la maleza. ¡Todo el camino desde Albany soportando una jodida ventisca!

El rey Jorge... El congreso continental... Lexington y Concord. *Si los iroqueses te pillan, le advirtió su padre, diles que eres inglés y te dejarán ir. ¡Pero, por el amor de Dios, no empieces a fanfarronear con que eres un americano libre o te rebanarán el cráneo con un hacha de guerra!*

Había vivido con los milicianos en la empalizada y salían a cazar todas las mañanas. Recorrió trabajosamente los bosques con raquetas de nieve durante todo el día para retornar al atardecer al campamento con un corzo, algunos pavos o patos... ¡Fiuuu! ¿Hizo eso él realmente? ¡Tony Logan, el hombre de la frontera! ¡Un yanqui más chulo que nadie! ¡Increíble!

Y un cierto anochecer vio las mayores presas de todas las que se venían deslizando por el hielo del congelado estanque. Estaban envueltas en capas peludas y al principio pensó que se trataba de osos. Luego vio la pintura brillante de sus caras. ¡Jesús! ¡Mohawks! Aun ahora, siglos más tarde, el recuerdo le propinaba un susto.

Saltó tras una cerca y pasaron justamente por delante de él, unas veinte o treinta bestias gigantes pertrechadas con mosquetones y mazas.

Habían incendiado todas las cabañas a su paso desde la estacada hasta las cascadas, arrancaron la cabellera a una docena de rezagados y tostaron sus cuerpos en unas hogueras (no se habían comido a nadie. Todo aquello acerca de las aficiones caníbales de los iroqueses era una patraña).

Abandonaron el valle a medianoche.

Tony no se decidió a salir de su escondite hasta que volvieron a la otra parte del estanque. Manteniéndose alejado del rastro, se lanzó a una carrera a través de los

árboles en dirección a la granja más próxima. En ese momento oyó el aullido a sus espaldas... ¡Uuuuu! Se dio la vuelta, aterrorizado..., y allí, erguido bajo la luz de la luna, ¡estaba el lobo!

Se había evaporado, disolviéndose en centelleantes copos de nieve, refunfuñando y gruñendo. ¡Alto ahí! ¡No tan deprisa! Y surgiendo de entre reflejos y rescoldos apareció el monstruo.

—*Ven conmigo, joven* —suplicó—. *Me encuentro solo y me gustaría compartir mi eternidad con un amigo.*

Y le propinó un mordisco en la garganta.

Tras lo cual, Tony dejó de ser un americano. O un inglés. O nada parecido a un ser humano.

En la cloaca el monstruo suspiró.

Anthony fue su primera víctima en las colonias. Nunca había «matado» a nadie antes; había sentido un auténtico pavor al pensar que podía poblarse aquel territorio con espíritus necrófagos. Pero sí..., era cierto..., se sintió terriblemente solo tras todos aquellos años entre la espesura salvaje. Ansiaba desesperadamente la compañía de alguien de parecido jaez, con quien pudiera hablar y discutir; alguien que fuera capaz de apreciar sus interpretaciones al violín y sus réplicas ingeniosas.

Así que llegó hasta el fondo, sacándole el jugo a Anthony hasta dejarlo exhausto. Luego siguieron a los invasores de regreso a Johnstown; el monstruo arrastraba el cuerpo de la presa en un trineo. Por la mañana, en un pabellón de caza sobre el río Mohawk, cruzaron el *ferry* estigio.

¡Rezapateta! El muchacho pataleó, se agitó frenético y chilló como un maniático antes de desmayarse, asustando sin medida a los Mohawks. ¡Había sido una penosa experiencia! Pero, al cabo, expiró; torpemente, estropeando todo el asunto, de la misma forma que metía la pata en todo cuanto hacía. Pasaron el invierno en Canadesaga y en el Gran Reducto de los Sénecas, donde el monstruo instruyó al neófito en todos los trucos de su arte. Pero por aquel entonces ya se había declarado la guerra y no existían santuarios por ningún lado. Escaparon en dirección sur, bajando por el Susquehanna y Delaware hasta Filadelfia, donde compraron una casita en Bryn Mawr, escondiéndose allí hasta el 83, cuando finalizaron las hostilidades. Después fue cuando murió el padre de Anthony en Albania. Su hijo era el único heredero. Con la herencia se trasladaron a Nueva York.

En el 85 adquirieron un bergantín y con una tripulación de presidiarios se embarcaron hacia Europa. Recorrieron las costas de Francia, Inglaterra, Holanda, Portugal, España e Italia, deteniéndose siempre en los puertos, alquilando villas a la orilla del mar y gastando el menor dinero posible, ya que eran plenamente conscientes de que sus cartas de crédito no resultaban ser tan eternas como ellos mismos.

Tony cabeceaba, dormitando al recordar el viaje. ¡Fue fabuloso! Lisboa, Nápoles, Burdeos, Amsterdam...

Era una pena que no hubieran podido ir tierra adentro, a Viena, por ejemplo, para encontrarse con Mozart y con Beethoven. Sin embargo, habían estado en Londres muchas veces. Vieron a Keen en *Otelo* y escucharon a Mendelsohn dirigiendo la *Misa solemnis* y la *Pastoral*. Y en... ¿dónde había sido? ¿Liborno? ¿Génova? A menudo cenaron con Shelley y su esposa. Y habían jugado al *Whist* y a los tríos con el viejo Jack Meyerbeer en el Havre.

¿Sería factible hoy una gira como aquélla? Quizá. Con un yate privado y unos dos o tres cientos de billetes de a mil por año...

*Dinero —cavilaba—, dinero, dinero, dinero.*

*¡No, gracias! —gruñó el monstruo—. No resistiría una ordalía semejante de nuevo bajo ninguna circunstancia.*

Raramente habría asesinado a su presa, pero Anthony, con la exasperante permisividad inherente a la juventud, había matado sistemáticamente a sus víctimas. ¡Maldición! ¡En Italia, a punto estuvo de perseguir a la señora Shelley! En consecuencia, anduvieron escapando continuamente y se vieron obligados a cambiar de corbetas en un par de ocasiones y de tripulación multitud de veces.

Volvieron a Nueva York en 1855. Su largo viaje había durado setenta años. En un intento desesperado de mantener su solvencia vendieron el barco y se convirtieron, primero, en agentes de Bolsa; después, en especuladores de tierras, y luego, durante la guerra civil, probaron suerte en el negocio textil, fabricando uniformes para el ejército federal. Hacia la década de los 70, arruinados y sin un centavo en el bolsillo, ambos hicieron de vigilantes nocturnos en un almacén de Brooklyn.

Tras aquello se pelearon.

Anthony había asesinado a una chica en el Bronx y los pastores de una docena de parroquias se dedicaban a formar comités de «vigilantes»<sup>[1]</sup>. De la noche a la mañana multitudes enfurecidas y sin control que blandían bieldos y antorchas hormigueaban de un extremo a otro de la ciudad buscando demonios escondidos. Se precipitaron sobre su amiga del Bronx, espíritu viviente, un atardecer en la calle 42 y le clavaron una estaca en el corazón, cortándole la cabeza y le llenaron la boca de ajo. Por si fuera poco, ¡encontraron la dirección de Anthony en su bolsillo!

El monstruo estaba hasta la coronilla.

Escaparon a New Jersey y en Trenton se dijeron adiós para tomar cada uno su propio camino, el monstruo hacia Chicago y Anthony a Baltimore o alguna otra parte, a partir de cuyo momento no volvieron a saber el uno del otro.

¡Hasta esa noche!

Anthony estaba aquí ahora, de eso no había duda. El monstruo contempló el techo goteante de la alcantarilla. En algún lugar de la ciudad por encima de él ¡Pobre patán!

¡Qué rayos! Aún tenía la esperanza de que el pobre idiota hubiera evolucionado un poco desde los siglos dieciocho y diecinueve, tornándose en alguien más circunspecto y...

Se retorció de pronto, a medida que la advertencia en forma de rayos diurnos le punzaba en la espalda con exacta precisión.

Salió a rastras del fangal inmundo, atrapó una rata, le arrancó la cabeza y le sorbió la sangre de un trago ansioso. Luego fue caminando hasta la parte trasera del túnel, tomó la botella de un estante, la descorchó, sorbió una bocanada de Clos Vougeot, la saboreó voluptuosamente y la engulló con un gemido lastimero.

Bostezó y se acercó a un profundo nicho en la viscosa pared. Aquí, sobre un saliente, reposaba una caja toda podredumbre. Trepó a ella, tomó su violín y tocó un pasaje del movimiento larghetto del *Concierto Mayor en re mayor*.

¡Anthony! ¡Condenación!

*Bien* —rió entre dientes—, *buena suerte, muchacho, donde quiera que te encuentres*. Apartó el violín, volvió a recostarse y, estirando el brazo, cerró la tapa del ataúd.

## CAPITULO II

Cora se despertó, como de costumbre, a las siete de la tarde. Después salió girando sobre sí misma del ataúd y, dirigiéndose a toda prisa hacia la ventana, abrió las hojas para contemplar la luz diurna.

El crepúsculo otoñal se presentaba dorado todavía y el cielo aparecía tintado por el tono pastel del viento. A través de la avenida los árboles del parque constituían una asonada de verdes y amarillos sanguinarios. Y allí, justamente tras los rascacielos, mirando al oeste, se hallaba la última puesta plateada del agonizante sol. Ella, emitiendo un gruñido lastimero, se retorció de dolor voluptuosamente, dejándose conmover por la nostalgia, el anhelo y la pesadumbre hasta llegar casi al éxtasis. ¡El sol!

Pero no..., ya había desaparecido, sumergido en un tiznón, diluyéndose dentro de una marea de roja tinta.

Miró fijamente a los árboles, sintiendo el flujo de sus venas. El invierno llegaría en breve y no podría ver el firmamento de nuevo hasta abril... Despertaría a la luz de la luna, el parque sería un abismo tenebroso. Se despojó del camisón y, desnuda, dejándose caer al suelo, realizó diez flexiones. Gradualmente su aliento se tornaba más cálido, los ojos brillaban vivaces, el corazón latía en aquel familiar tiempo de bolero de triple metro que la acompañaría durante toda la noche.

Se puso en pie de un brinco y fue hacia el cuarto de baño para ducharse. El agua reducía la mácula mortal de su carne, quemando su cuerpo hasta conferirle un tono escarlata violento. Se cepilló los dientes, se peinó el pelo mojado, enjugó el suelo, fregó las baldosas, frotó los grifos. Siempre desnuda regresó al dormitorio, abrió la ventana, retiró la colcha de satén del ataúd para colgarla finalmente en el alféizar de la ventana. Luego abrió los seis grandes cerrojos de la puerta y penetró en el cuarto de estar.

Se trataba de un pequeño, cómodo y austero apartamento: dormitorio, baño, sala de estar y una cocinita, en la novena planta de un elevado edificio que daba al parque y que le venía a costar quinientos dólares al mes. Lo había vuelto a empapelar hacía tres semanas y aún conservaba un aspecto nuevo y agradable. El color predominante era el azul; el techo lucía un brillante aguamarina, la moqueta azul celeste y los dos sillones con la mesa tapizados de una pana de gruesas franjas blancas.

Colgando entre las dos amplias ventanas del salón se encontraba un retrato suyo pintado por James Whistler en Londres en 1899. La representaba sentada en un jardín florido, tocando el violoncelo. Aquel verano sólo contaba veintitrés años. No había cambiado desde entonces ni un ápice. Pero ahora su edad era de ciento cinco años. Se subió a un taburete y le quitó cuidadosamente el polvo con ayuda de un plumero. El

violoncelo reposaba contra la ventana, detrás mismo. Lo limpió también con un paño de franela. Sacó la aspiradora del armario y la pasó por la alfombra.

Eran las 7,30.

Puso un disco en la cadena de alta fidelidad, la cuarta sinfonía de Bruckner, y acto seguido entró en la immaculada cocina, donde se bebió un vaso de zumo de naranja.

Se sentía de maravilla, como solía sucederle durante estas primeras horas de haber resucitado, ahíta de los goces de sentirse viva otra vez, de respirar y saborear, de escuchar y valorar las cosas. El ritmo de bolero de su corazón se hacía más rápido con el júbilo y levantó una larga pierna para tocar la pared con la punta del pie. Comenzó a sentirse cachonda, deseaba hacer el amor con alguien, o algo, un hombre, un oso o un leopardo, cualquier cosa. En vez de eso se apoyó contra la nevera, de forma que la helada suavidad del aparato aliviara su espalda al aire. ¡Ah, la vida era excitante, sin duda alguna! Cantaba al tiempo que lavaba el vaso y fregaba la pila.

*«La vida es auténtica, la vida es de veras.  
Y la tumba no es su final.  
De polvo eres y en polvo te convertirás  
ino se dijo para el alma!».*

A continuación se obligó a sí misma a tener pensamientos deprimentes, ya que la existencia también comportaba el enfrentarse a los hechos. ¡Ay! Necesitaba al menos cinco o seis mil dólares para saldar sus deudas y comprar algo de ropa nueva. Todos sus vestidos y abrigos estaban gastados y sus zapatos y botas daban impresión de desaliño. ¡La apariencia era algo fundamental! Sus vecinos sabían que trabajaba por las noches y aceptaban esa irregularidad sólo porque era elegante, atractiva y obviamente solvente. Pero si empezara entre ellos unas idas y venidas vestida como una fregona harapienta, se molestarían y comenzarían a investigar en su vida. Así que poner al día su guardarropa era algo absolutamente necesario. Sin embargo, su principal problema era el alquiler. Le debía a la casera mil quinientos dólares. ¡Aquello era un desastre! ¡Oh, Dios mío! Si la desahuciaba se encontraría con problemas de verdad. ¡Lo cierto es que sería terrible! ¿Adónde iría? ¿Dónde podría esconderse? Tenía que pagar aquel condenado alquiler inmediatamente, ¡aquella noche! Lo que significaba... darle un sablazo a Argoli de nuevo. ¡Bah!

Se fue derecha al dormitorio, cerró la caja mortuoria, le sacó brillo con cera Johnson, recogió la colcha del alféizar, la plegó y cerró la ventana. La habitación se asemejaba a un refrigerador punzándola deliciosamente con millones de agujas juguetonas.

De acuerdo, lo primero es lo primero. Le quedaban seiscientos dólares. Argoli le prestaría otros novecientos, el hijo de perra. Y si no lo hacía..., pues empeñaría el violoncelo.

Cantaba al vestirse, mientras se ponía su traje chanel, sus botines italianos y su abrigo Lo den de color azul.

*«No me cuentes con tristes cifras  
que la vida es sólo un sueño vacío.  
Porque el alma es un muerto que duerme  
¡y las cosas no son lo que parecen!».*

Al bajar en el ascensor tomó la decisión de que se vengaría si llegaban a echarla del apartamento. Oh, sí... Haría que aquellos bastardos las pagaran por todas, ¡incluso si eso le costaba arriesgarlo todo! Había al menos cuatro inquilinos en su planta que tenía intención de eliminar antes de marcharse. Primero aquella engreída zorra del 9 B que había escrito una carta a la dueña quejándose del violoncelo. ¡Ah, sería un placer retorcer su cuello de jirafa! Y aquella anticuada y espantosa pareja del 9 G. ¡El señor y la señora Ojete! Cuando ella volvió a redecorar el apartamento montaron un jaleo enorme a causa del olor a pintura. Y aquellos dos llamativos gays comerciantes de antigüedades o lo que quiera que fuesen del 9 F. Le habían dicho a todo el mundo en el noveno piso que ella era una de esas chicas de citas telefónicas. ¡Los puercos maricones! ¡Los dejaría secos! ¡Acabaría con todos en masa! La habían vigilado igual que espías durante años, sopesándola con la balanza de su propia normalidad segura y relamida, esperando que diera un paso en falso para poderse echar encima, obligándola a ponerse constantemente en guardia. ¡Los aniquilaría!

En el vestíbulo abrió el buzón. Había tres cartas. La cuenta del teléfono, el recibo de la electricidad y..., sí, ¡allí estaba!, ¡la renta!

Salió a todo correr por la entrada como si escapara al juicio del edificio entero. ¡Era insoportable! ¡Se sentía como un ser vil!

Su malestar pasó a medida que caminaba a lo largo de la avenida que bordeaba el parque, respirando el frío aire de octubre. Era una noche para la caza, ¡vive Dios! Para trepar por las paredes y revolcarse por los matorrales, para abrir los cuellos y husmear en los húmedos perfumes de las gargantas. ¡Gargantas! Qué embriagadoras eran, olían cálidamente a transpiración, a lana y tabaco, a loción para el afeitado y desodorante, a Noxzema y seda, a *Je reviens* y sangre, ¡sangre!, ¡la gloriosa y golpeteante sangre! Tembló presa de la excitación. No había bebido hasta hartarse desde... ¿hacía cuánto ya? El último día de Acción de Gracias, una bella muchacha en un portal en el centro de la ciudad..., tenía un sabor de miel, rosas, sidra y..., acabó con aquella sed. ¡Puah! Al diablo con ello. Era todo producto de la mente.

La casa se encontraba nada más doblar la esquina, en la calle Woodlawn, a mitad de la manzana. Paró en la verja y miró fascinada por ella a través de los barrotes. Tenía el aspecto de un castillo gótico, negro, amenazante, desolado y enorme, rodeado de árboles y maleza. Estuvo desocupado durante tres años. El cartel de SE VENDE se distinguía en la valla. Nadie compraría aquello. Era demasiado caro. Costaba 80.000 dólares. Ella lo sabía porque había llamado a la agencia y preguntó.

Había vivido en un lugar parecido a éste una vez..., hace ya mucho tiempo, en Boston...

En alguna parte del vecindario aulló lastimeramente un lobo.

## CAPITULO III

Cora Dana nació en 1876, el año en que el señor Alexander Graham Bell inventó el teléfono.

Su padre, Bayazid Fenimore Dana IV, era propietario de dos astilleros y un banco. Su madre era una Cronwell, descendiente de la rama perteneciente a la colonia de la bahía de Massachussetts, entroncada a su vez con la familia del lord Protector.

Habitaban una mansión de once estancias en la calle Beacon, no lejos del Ateneo de Boston. Nathaniel Hawthorne describió la zona en una famosa carta a Hermán Melville: «Las calles son hermosas —escribía—, alineadas con ringleras de arces y árboles de hoja perenne; por su lado los edificios son espaciosos, limpios y decentes, con una noble disposición de los aguilones y de una solidez rectangular que garantiza que las cuatro partes posean la misma largura. De aire bizantino en lo que respecta a su grandeza y majestuosidad, con cervatos de mármol en el césped».

La habitación de Cora se encontraba en el segundo piso en la parte trasera de la casa, de tonalidades brillantes por el empapelado de girasoles, con dos ventanas que daban a un huerto y a un estanque con peces. En su tocador privado se contaban tres armarios normandos, uno para sus vestidos, otro para sus sombreros y otro para las muñecas; en su aseo privado había una bañera redonda de hojalata que perteneció en tiempos a John Quincy Adams.

En el piso inferior estaba la biblioteca con tres mil volúmenes. También componían el inmueble una habitación para el billar, la sala de armas, un estudio y una galería de pintura que contenía cinco óleos de John Singleton Copley, cuatro de Gilbert Stuart y dieciséis aguafuertes enmarcados realizados por E. R. Morse.

En el cuarto de billar se hallaba su juguete preferido, una rueda de ruleta que papaíto trajo a casa desde Baden-Baden, en el año 73. Ella era la única a la que se permitía tocarla y habitualmente pasaba las horas muertas haciéndola girar y dejando caer la diminuta bola de plata en el remolino. Perdía y ganaba fortunas imaginarias y a menudo osaba arriesgar *le tout pour le tout*, sus anillos, pulseras, su paga semanal, su relicario o su collar de concha marina, a un sólo número, normalmente el *treize noir*.

Cuando tenía cinco años poseía su propio *pony*, a los siete una calesa y a los nueve la tarjeta personal de la biblioteca pública. Aquel año devoró *Los tres mosqueteros*, *Tom Jones*, *Jane Eyre*, *Moby Dick*, *Ivanhoe*, *Los misterios de París*, *David Copperfield*, *El primo Pons*, *Cándido* y *El último de los mohicanos*.

A los diez años se apuntó en la escuela Quincy Bay de la señora Burroughs, en East Milton. En esa institución para señoritas aprendió a tocar la flauta, el arpa y el violoncelo, a hablar latín y francés, a leer a Tácito y Virgilio, las *Fables* de La

Fontaine, a pintar acuarelas, a bordar y a bailar la *gavotte* de cuádruple compás. Allí, asimismo, dio los pasos primeros e inocentes por el reino de lo Desconocido.

La señora Harriet Amy Burroughs fundó la escuela durante la guerra de 1812. Antes de aquello había trabajado como secretaria en las oficinas de la Compañía Mutua de Seguros contra Incendios de Paul Revere y antes de eso fue la amante de John Hancock. Durante el sitio de Boston fue costurera y mientras duró la guerra franco-india estuvo empleada como fregona en la casa del comandante John Vassall, en el 105 de la calle Brattle, en Cambridge. Sesenta y siete años antes había sido la esposa de un tal George Burroughs, un pastor de la aldea de Salem, quien fue colgado por brujería en la colina de los Ahorcados en 1692.

Así que en 1886, cuando Cora llegó a Quincy Bay, la señora Harriet Amy Burroughs, de acuerdo con la cronología antedicha, debería andar por los doscientos años.

Pero esto, por supuesto, tenía que ser un disparate, como cualquiera que la viera podía atestiguar. No obstante, muy poca gente llegó a verla en realidad. La escuela era dirigida por un eficiente profesorado compuesto por pedagogos infantiles. La señora Burroughs sólo subía del apartamento, en el sótano, a la anochecida, cuando las tareas administrativas del día habían concluido. Consecuentemente, en raras ocasiones llegaba a estar en contacto con sus alumnos.

Cora constituía una excepción.

Eran las once y media, horas después del toque de queda oficial. Encendió una vela y bajó por la escalera trasera hasta la biblioteca para robar un libro: el volumen tercero de *El declive y la caída del imperio romano*, de Gibbon. Había acabado el volumen segundo después de la cena y tenía impaciencia por comenzar el capítulo XLI (500-620 d. C.), que trataba sobre las conquistas de Belisario contra los godos, una época apasionante como pocas, llena de batallas y masacres, que cubrían la extensión desde Constantinopla hasta Africa.

Se desplazó clandestinamente hacia la estancia oscura del pasillo del ala este, pasando la habitación de la costura, el cuarto oscuro para los castigos, el salón semicircular para la música y el guardarropa de profesores (años después, en la década de los veinte, escribiría una historia corta para la revista *Narraciones sobrenaturales*, basada en aquellas siniestras habitaciones. Se llamó: «La rotonda de la “Cosa”»). Regresó al pasaje que conducía a la biblioteca, empujó la puerta y se encontró mirando fijamente a los ojos ardientes de una mujer joven envuelta en un chal blanco. ¡La «Cosa» en persona!

Permanecieron allí por un instante, inmóviles cual estatuas en una nave de medianoche. Acto seguido habló la mujer:

—Has cometido una falta —susurró melodiosamente—, los matriculados tienen prohibido abandonar sus dormitorios después del anochecer.

—Vine para recoger un libro —replicó Cora, audazmente.

—¿De veras? Alguna novela prohibida y *verde*, seguro, de Rabelais o del señor Balzac.

—No, señora; un tomo de historia.

—*Diable!* ¡Historia!

—Estoy leyendo la historia de la caída del imperio romano y he llegado al siglo v d. C.

—¡Cuéntame, por favor!

Cora nunca había visto a una dama tan perfectamente bella en toda su vida. Las matronas y jovencitas que se presentaban en sociedad en Beacon Hill, incluso las más atractivas, su madre por ejemplo, adolecían todas de alguna imperfección, les traicionaban sus narices, caderas, senos, peinados, *embonpoint* o lo que fuera. ¡Pero esta aparición que se cernía ante ella aquí, a la luz de la vela, era absolutamente celestial!

—Flavius Amicius Justinianus es el emperador del Este —dijo Cora, mostrando el volumen segundo—, un borrachín e incompetente acosado por las invasiones y corrompido por sórdidos vicios. Ha confiado la supervivencia del imperialismo constantinopolitano a un joven general, Belisario, y este caballero, uno de los genios militares mayores del mundo, está a punto de realizar hazañas extraordinarias. Sus proezas se narrarán en toda su extensión en el volumen tercero.

—¿Qué parloteo es éste? —dijo la diosa entre carcajadas—. Pareces una monografía.

¡Su voz! ¡Era una sonata! ¡Una rapsodia! ¡Un *concertó grosso* para violoncelo, oboe, fagot y *tromba cromática*! ¡Ah, no parecía de Boston! ¡Era seguramente una visitante de alguna corte europea, una condesa cuando menos..., una hembra rara y espléndida que había sido la concubina de reyes y ministros!

—¿Quién es usted? —preguntó Cora humildemente.

—Soy la señora Harriet Amy Burroughs.

¡La directora! ¡La divinidad de East Milton! ¡Oh, los dioses! ¡Con un golpe de su pluma podía reducir la carrera escolástica de una muchacha a la nada! Ya que ninguna otra escuela en Nueva Inglaterra aceptaría a una estudiante expulsada de Quincy Bay.

¡Eso significaba el fin! ¡Adiós educación! ¡Hasta siempre, beca! ¡Hasta la vista a todos sus sueños de aprendizaje!

—Y tú, niña, ¿cómo te llamas?

—Cora Dana. —Inclinó su cabeza.

—¡Ah, te conozco! ¡La hija del banquero! Tienes reputación por tu arrogancia, erudición y por ser un ratón de biblioteca.

—¿Seré expulsada, señora?

—¡Mírame!

Cora obedeció el mandato, temblando de culpa. Pero los ojos de la señora Burroughs ya no se mostraban fulgurantes. Ahora eran grises, color de perla, enjorados, inmensos y nacarados por la diversión.

—¿Expulsada? Por supuesto que no. He corregido todos tus ejercicios yo misma y los encuentro sumamente impresionantes. Te graduarás probablemente con las máximas calificaciones. Además no expulso a los hijos de papás adinerados. Dame la mano. Iremos a caminar al jardín.

Cora se quedó en la escuela cinco años. Ella y la señora Burroughs, Harriet, caminaron por el jardín aquella noche y prácticamente todas las noches a partir de entonces. O si no, daban paseos por la playa y entre las dunas, o en los campos y bosques, o a lo largo de los muelles. Nadaban en la bahía cuando el clima era cálido y en invierno montaban en trineos y patinaban sobre el hielo en el río Neposet.

Cora aceptó la relación sin cuestionársela, no la encontraba más extraña que Spinoza, la guerra de las Rosas, o el álgebra. Ni siquiera el permanecer levantada hasta el amanecer parecía molestarle. Con una hora de sueño antes de diana tenía suficiente para aguantar durante la mañana, y por la tarde gozaba de un permiso especial de la directora para hacer novillos en sus clases de costura y hogar y echar una cabezada entre las cuatro y las seis.

De esta forma se convirtió en la adorada confidente y azafata de Harriet. En su diario sólo se registraban secretos criptogramas. Por ejemplo: «Háblame de la luz del día —diría Harriet—. ¿De qué color es la calle Tremont a las dos de la tarde? O: ¿Qué tonalidades y sombras hay en el césped y en la acera, en los cristales de las ventanas y en las tejas bajo la luz del sol? (¡Incomprensible!). O bien: ¡Lo oculto es tan aburrido! ¡Tedioso! ¡Preferiría cien veces tomar el sol y pelarme que convertirme en un viejo y sarnoso lobo! (Concretamente ininteligible). O bien: Una vez seguí el viento durante toda su trayectoria hasta Terranova. (¡Tan traído por los pelos!)».

¡Y su vicio de mencionar a las personas importantes que conocía era realmente inaguantable! «Abigail Adamus eructaba con frecuencia». «El rey Felipe era un desenfrenado sodomita». «Harry Longfellow, Dios le bendiga, tartamudeaba». «Thoreau fumaba opio». «George Washington prefería a las personas de color, no necesariamente del mismo sexo».

Cora no entendió nada de todo aquello.

—Harriet —protestó—, si eres tan vieja como pretendes, ¿cómo es posible que te hayas conservado tan joven y animada?

—Oh, tomo una medicina especial para eso. Lo cual me recuerda, *cara mía*, que puedes retirarte temprano mañana por la noche. Tengo que ir a Brookline.

—Iré contigo.

—No puedes, cariño. A menos que seas capaz de volar como un murciélago.

Esos paseítos ocasionales a lugares distantes: Brookline, Natick, Lexington o las montañas de Braintree, eran también incomprensibles. ¿Qué demonios había que hacer en aquellos rústicos lugares retirados, a esas horas de la noche? Cora sólo pudo sacar la conclusión de que su amiga tenía pretendientes clandestinos repartidos por todo el país.

—No me hagas preguntas —le solía espetar Harriet—. ¡Y no te contaré mentiras!

## CAPITULO IV

En 1890, cuando Cora tenía catorce años, se graduó, como era de esperar con las «mejores calificaciones», y su amistad concluyó.

Sus padres esperaban que fuera a Wellesley College, y aquella había sido su intención original. Pero, entretanto, se enamoró del violoncelo, así que en vez de lo otro se inscribió en el conservatorio de Música de Nueva Inglaterra y se convirtió en músico profesional.

Dio su primer concierto público en el 93, a la edad de tan sólo diecisiete años; tocando el *Concertó en re* de Haydn, acompañada de la orquesta sinfónica de Boston, con Arthur Nicksch de director. Fue un gran éxito. Durante los cuatro años siguientes realizó giras por el litoral este constantemente; tocó en Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Washington y Richmond en todas las temporadas, consiguiendo prestigio y remuneración que sobrepasaban sus sueños más fantásticos. Hacia el 97 tenía seis mil dólares en su propia cuenta en el banco de papaíto.

Y en el 99 fue al Albert Hall, en Londres, para una serie de dieciocho recitales, a veinte libras la actuación. Almorzó en el palacio de Buckingham con la reina Victoria. Whistler pintó su retrato. Conoció a Henry Irving, Oscar Wilde, Bram Stoker, Dvorak, Yeats y Algernon Swinburne. Tuvo una aventura platónica con el viejo chiflado Arthur Sullivan, que le dedicó su inacabada *Serenata en sol mayor* para violoncelo.

El siglo cambió y otro tanto ocurrió con su suerte, repentinamente, y para empeorar al límite. Sus padres se ahogaron en un accidente de navegación a vela en la bahía de cabo Cod. Los astilleros de papaíto y el banco se fueron bajo las olas con él, naufragaron en una tempestad de litigios y escándalos. Enjambres de abogados, auditores e hipotecas cayeron sobre la casa de la calle Beacon y colocaron pesados sellos en todas las puertas, cerrándola a continuación como si se tratara de una tumba pestilente. Todo fue embargado y retirado de la circulación; los 3.000 volúmenes de la biblioteca, los aguafuertes y óleos de la galería de pintura, su habitación empapelada con flores de girasol, su cuenta corriente, su calesa, su bañera estilo John Adams, incluso la rueda de ruleta de Baden-Baden.

Al volver a América, en enero de 1900, fue desposeída de todas sus pertenencias y se quedó tan sólo con alrededor de 200 libras inglesas en el bolso. (Whistler murió tres años más tarde y de la noche a la mañana el precio de sus pinturas se puso por las nubes; pero ella nunca pudo, ni en aquel momento ni posteriormente, decidirse a vender su propio retrato, aunque pudiera haber conseguido fácilmente diez o veinte mil dólares por él).

Su prueba más penosa la constituyeron los periódicos. Titulares trompeteantes la

atacaban a diario, dejándola sumida en la desesperación: ¡LA INVESTIGACIÓN DE LOS LIBROS DE CONTABILIDAD DEL BANQUERO REVELA NUEVOS Y TREMENDOS SUBTERFUGIOS! ¡BAYAZID DANA, EL MAQUIAVELO DE MASSACHUSETTS! ¿BANQUERO O ASALTABANCOS? ¡FINANCIERO FRAUDULENTO! ¡TIMADOR! ¡ESTAFADOR! ¡MALVERSADOR! ¡CHARLATÁN! Y la mancha más infame de todas: ¡LA HIJA DEL BRIBÓN PROYECTA DAR CONCIERTOS DE VIOLONCELO!

Era cierto. Tenía comprometidos cuatro conciertos en Boston aquel invierno. Todos fueron cancelados sin explicaciones. Su representante repentinamente dejó de estar disponible para reuniones de negocios. Los amigos le hicieron el vacío como si fuera Lizzie Borden. Escribió a varios directores de Nueva York, ofreciéndoles sus servicios para la temporada. Ninguno respondió.

Se mudó primero a un hotel, luego a una barata pensión en la calle Berkeley. Aceptó un trabajo temporal en el Conservatorio, donde daba clases de armonía por dos dólares a la semana. La despidieron en marzo. Consiguió un empleo en una papelería en la plaza Pemberton. Se «saltaba» las comidas y escatimaba para ahorrar dinero. En raras ocasiones se bañaba o se cambiaba la ropa interior y llegó a despedir un olor hediondo. Contempló la posibilidad de suicidarse.

Luego, una noche de mayo, regresó a lo Desconocido.

Iba en la misma línea del ferrocarril subterráneo por la calle Tremont, lo que llamaban el «Metro», una madriguera aterradora y claustrofóbica excavada con túneles a cientos de metros bajo la superficie de la tierra. Se construyó en el año 98, e irónicamente, fue financiado en parte por el banco de papaíto.

El vagón estaba desierto, exceptuando a una muchacha que descansaba en el asiento frente a ella, una damisela de aspecto magnífico que lucía una capa londinense y unos botines. Se volvió y sonrió.

—Hola, Cora.

—¡Harriet! —jadeó Cora.

Era, sin duda, la señora Harriet Amy Burroughs, cuyo aspecto resplandeciente no la hacía parecer ni un día más vieja que Cora.

Cayeron una en los brazos de la otra, chillando de alegría. Viajaron hasta el final de la línea juntas mientras Cora, embargada por la pena, sollozando y quejándose amargamente, se descargó de todos sus pesares.

Harriet escuchó la letanía de pesadumbres, hondamente conmovida.

—*Diable!* —exclamó—. ¡Tu papá! ¡Un gandul y un estafador! ¡Cuán sumamente extravagante! ¿Quién lo habría creído?

—Y lo realmente feo de este asunto —dijo Cora, lloriqueando— ¡es que me estoy haciendo vieja! ¡Mírame! ¡Estoy ojerosa, pálida, mayor, desmoronada y parezco vieja!

—Bueno, puedo remediar eso —respondió Harriet de aquel modo enigmático que

tan bien recordaba Cora—. Me niego a permitir que envejezcas.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó bruscamente Cora, exasperada, sin humor para aquellos criptogramas—. ¿Qué puedes hacer para evitar que me convierta en una bruja farfullante?

—Puedo ayudarte a que te deshagas de tu envoltura mortal.

Por supuesto eso significará simplemente intercambiar una variedad de horribles problemas por otra, pero al menos será un cambio.

Ya que era sábado y el día siguiente no era laborable, la invitó a pasar el fin de semana en East Milton.

Cora aceptó. La idea de quedarse sola en Boston hasta el lunes era demasiado desesperante como para considerarla siquiera.

A altas horas de aquella noche, en el apartamento del sótano de la escuela, tras un glorioso baño y dos copas de ron caliente y ponche de limón, mientras reposaban tumbadas sobre una gruesa alfombra en el suelo, ante una chimenea que ardía infernalmente, preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de desembarazarse de la envoltura mortal?

—Te lo voy a mostrar.

Harriet, con los ojos encendidos, la tomó en sus brazos y la besó tiernamente en la mejilla, luego en los labios y a continuación en la garganta. Cora se despertó más tarde y se encontró acurrucada confortablemente junto a su amiga en la parte inferior de un profundo cofre de roble.

—Harriet —susurró—. ¡Mi corazón ya no late!

Y murió, para comenzar su largo viaje hacia la eternidad.

## CAPITULO V

Tony se alojó durante los últimos meses en una nave abandonada para coches de bomberos en Lincoln Drive. Se despertó aquella tarde y se encontró el tejado y todo el piso superior del lugar arrancados y el patio repleto de maquinaria de movimiento de tierras. ¡Los obreros se habían dedicado todo el día a destrozarse el edificio! ¡Era un milagro que no lo hubieran descubierto!

Entre maldiciones, preparó un hato con sus pertenencias, las echó a su féretro, cerró la tapa, envolvió el ataúd en una lona y echándose al hombro se introdujo con él por las calles que estaban ya cayendo en sombras. Tenía preparado otro escondite allá por Downing Lane, a diez manzanas de distancia.

¡La casa se estaba convirtiendo en algo grotesco! En julio se vio acorralado en un cobertizo junto al río. Se habían derrumbado los pilares un buen día y se despertó rodeado por tres metros y medio de agua, con la ropa hecha una porquería. Después de aquello se escondió durante un tiempo en la parte trasera de una furgoneta, en un aparcamiento, en Circle Boulevard. ¡Alguien se dedicó a robar todos los neumáticos! ¡En esa ocasión un condenado equipo de demolición lo echó de allí! ¡Leches!

Se apresuró a lo largo de la avenida, enfilando, atravesando la ciudad, ansioso por escapar del vecindario; el antiguo temor lo azotaba como el látigo de un cochero.

¿El látigo de un cochero? Rompió a reír. ¿De dónde demonios había salido aquella imagen? De Baudelaire, probablemente.

*Y largos coches fúnebres, sin  
tambores ni música,  
desfilan lentamente por mi espíritu...*

Fue cochero durante un par de años, en Baltimore, en los ya lejanos alegres noventa. Compró un cabriolé Hansom y un decrepito caballo y todas las noches circulaba por las calles alumbradas por gas, recogiendo a peces gordos con sus chicas por cincuenta centavos la milla. Nunca mordió a ninguno de ellos. Tras su experiencia con los «vigilantes» en Nueva York, había aprendido a ser cauto. Luego, cierta tarde, un acicalado adolescente trepó al vehículo y le ordenó que lo llevara a Overlea. Y allí, en una oscura vía pública, detrás del campo de golf, atacó a Tony. Se llamaba Sutton. Dick Sutton. Estuvieron luchando durante horas, machacándose y pateando el uno contra el otro como un par de gorilas machos, hasta que Dick decidió que era suficiente para él. Se hicieron amigos después de aquello y a veces iban juntos de caza.

Colocó el ataúd sobre la acera y descansó un instante. Su fuerza era excepcional, pero estaba en baja forma. Y fumaba demasiados cigarrillos. Tendría que hacer algo

de ejercicio..., jugar al *squash*. Se estaba echando a perder. Se reclinó contra una farola y se secó la cara, resollando. Tendría que encontrar otra guarida de emergencia. El escondite de Downing Lane era su último refugio.

Dick Sutton, sí. Tenía un plan perfecto. ¡Seguridad total! Su padre, allá por la década de los cuarenta, descubrió que su hijo era una «criatura» y lo protegió, pasándolo de generación en generación como una reliquia de familia, de padre a nieto y de éste al biznieto..., todos ellos hicieron el juramento de guardar secreto y conservaron el féretro bajo siete llaves en un desván o en otro lugar. Luego vino Dick, el estúpido bastardo, y le clavó el colmillo a uno de sus propios parientes, así que le clavaron una estaca. ¡Sutton el glotón! Se echó el ataúd al hombro y siguió caminando, dando zancadas confiadamente entre la multitud, tan llamativo que nadie tenía por qué prestarle atención. *No vayas nunca cabizbajo*, le había recomendado Brand, una y otra vez. *Nunca andes de puntillas o intentes pasar desapercibido, porque te echarán el guante instantáneamente*. Parecía un comprador que llevaba una adquisición de enormes proporciones y oblonga a casa para dársela a su mujer, aunque nadie pudiera estar seguro de qué se trataba (quizá un kayak, o un lote de tablas de suri, algo de excepcional ligereza, sin duda, ya que lo cargaba sin mostrar esfuerzo aparente).

Sonrió lastimeramente. Quizá Dick Sutton se había perdido algo así. ¡Transportar un jodido féretro a través de la ciudad en mitad de la hora punta! Algunas «criaturas» eran así. Se cansaban de la seguridad y ansiaban el riesgo y el suspense desesperadamente.

Un coche patrulla se acercó descuidadamente hasta la acera, quedando junto a él. Un «poli» de rasgos mongoloides le hizo una mueca:

—¿Qué llevas ahí, amigo? —dijo con un graznido—. ¿Es un nuevo vibrador para tu madre?

Tony se rió.

—¡No es eso, tío! —exclamó—. ¡Son herramientas de revientapisos!

El «poli» se largó de allí, contoneándose, entre risotadas. Tony bajó la caja de nuevo y se apoyó contra una cabina de teléfono, al borde del camino; le temblaban las rodillas.

¡Riesgo y suspense! ¡Mierda!

La nueva tumba estaba dentro de un garaje, en la parte trasera de un callejón empedrado con guijarros. Abrió la puerta, la empujó y encendió las luces. ¡Vaya tugurio! Tres frías y húmedas paredes de cemento y un charco en el suelo. ¡Eso era realmente el fondo del cubo de la basura!

Volvió a cerrar la puerta, dejó el cofre en un rincón, lo desenvolvió, levantó la tapa, sacó los zapatos, calcetines, camisas, el esmoquin, los cigarrillos, su chaqueta Harris de mezclilla, un abrigo, su raqueta de *squash*, su reloj despertador y libros de

bolsillo. Lo apiló todo sobre la lona, se desnudó rápidamente y se puso el esmoquin.

¡Jesús! ¡No podría quedarse en esta mazmorra! ¡Se volvería loco! Pero tendría que arreglárselas durante un par de días al menos, hasta que encontrara algo mejor.

¡Ah, si Brand pudiera verlo ahora!

¿Brand de nuevo? Era la segunda vez aquella noche que conjuraba a su antiguo mentor. ¿Cómo había ocurrido?

Estuvo soñando con él por la mañana en el coche de bomberos, justo antes de transformarse. ¡Qué extraño! No se había detenido a pensar en el viejo monstruo durante décadas y ahora de repente, allí estaba, apareciendo y desvaneciéndose como en una escena retrospectiva, cada vez que se daba la vuelta. ¿Por qué? ¿Qué sucedía allí? Probablemente alguna clase de fantasmal telepatía tipo *Nosferatu* le estaba afectando entonces..., lo cual significaba —¡Dios mío!— ¡que el horrendo diablo se encontraba en algún lugar de las inmediaciones! ¡Fiu! ¡No sería todo una pura ilusión! ¡No se imaginaba a Brand exhibiéndose de nuevo tras todos aquellos eones!

*¡Hola, Brand!*  
*¡Hola, Anthony!*  
*¡Cuánto tiempo sin verte!*  
*¡Vete a tomar por el culo!*  
*¡Mamarracho!*  
*¡Necrófago!*  
*¡Canalla!*

Se oyeron pasos afuera, acercándose por los guijarros. Apagó la luz, abrió unos centímetros la puerta y atisbo en la oscuridad. Había un hombre que estaba entrando en otro garaje, justo enfrente del suyo. Tony lo miró ávidamente..., un hombre joven..., ¡estaría de rechupete!, ¡una pieza robusta, hinchada, de macizos glóbulos! ¡La cena está servida! ¿Por qué no? Se deslizó en la noche, cruzó la calleja y entró en el garaje. El hombre se movía sin parar. «¡Eh!», gritó. Tony le atizó limpiamente, alcanzándole justo debajo del oído, derrumbándolo por el suelo. A continuación lo levantó y tomó unos sorbos apresuradamente, teniendo cuidado de no excederse en el banquete.

Cuando hubo concluido la tarea, afaná cincuenta dólares de la cartera de la víctima.

## CAPITULO VI

Cora se pesó en una báscula de un *drugstore*, en la calle 10 Este. ¡Pesaba cincuenta kilos! ¡Espantoso! ¡Había ganado un kilo desde septiembre! Harriet le advirtió sobre el tema: era nocivo atiborrarse y nutrirse al margen de la sangre, sobre todo si se trataba de alcohol. Muchas «criaturas» sentían ansias desmedidas y la avidez por el jugo arruinaba su salud y la línea. Demasiados tragos entre las succiones, como ella decía. Cora suspiró. Tendría que empezar a ponerse a dieta y a racionar los martinis. ¡Un fastidio más!

Dejó que un marinero la abordase en la calle Lafayette. Fueron a ver una película porno y mientras la sobaba en la oscuridad, ella le mordió con firmeza. Pero se sentía malhumorada y picajosa, y a causa de ello sorbió un poquito más de lo que debía. Lo dejó allí desplomado en el asiento, gimiendo. Sólo eran las ocho y media.

Caminó por la calle 11 Oeste viendo escaparates y matando el tiempo mientras pensaba en su primera víctima. Había sido una noche estrellada de primavera, lejos de la escuela. Ambos lucían disfraces, trajes de hombre y máscaras, caretas de *Halloween*<sup>[2]</sup>, cuya parte inferior estaba cortada de forma que apareciesen sus insaciables bocas.

Cruzaron el río Charles en una canoa, remando en silencio, dos carontes, que reían apaciblemente en busca de almas que robar. Aún podía oír a Harriet cantando suavemente en su oído; escuchaba la canción, el chapoteo del agua y el reloj del campanario que daba el toque de medianoche en la aldea aletargada.

*Rema, rema, rema en tu bote  
Suavemente corriente abajo  
Alegre, alegre, alegre,  
¡La vida no es más que un sueño!*

Luego vieron a la chica andando por el blanco camino, apresurándose probablemente por ir al encuentro de algún zagal en un establo. Cora la siguió lentamente, deslizándose justo a sus espaldas, pisando en el aire, ligera y dotada de alas con el arrebató de la caza. Y cuando la muchacha se dio la vuelta y vio aquella cosa horripilante que se abalanzaba sobre ella, se puso a gritar. ¡Ah, qué chillido! ¡Wagneriano! Cora lo distinguía entre sus recuerdos como algo conmovedor, un *crescendo* de trompetas y címbalos, que la empapaban con su dulzura. Se apoderó de la muchacha y la arrojó a la fría hierba; desgarró el vestido y devoró sus hombros y pecho. No sabía cómo iba a enfrentarse a aquello, pero hasta su propia torpeza resultó sublime; le hizo incluso sentir punzadas de placer.

Acto seguido, Harriet surgió de la luz de las estrellas como un espectro y tomó su

cabeza entre las manos delicadamente, dirigiendo sus dientes ansiosos a la garganta de la doncella...

Escribió en *Narraciones sobrenaturales* un relato sobre aquello, que tituló *Las ninfas del río*.

Compró un periódico y caminó por la avenida Grant, mirando anonadada fijamente la primera página.

¡MURCIÉLAGOS!, decía el titular.

Entró en el Columpio. Aquel largo bar, semioscurecido en forma de media luna, y el círculo de mesas alrededor del piano se hallaba desierto. Sally, la camarera, estaba leyendo un boleto de apuestas de carreras y el barman, Louie, se hallaba en el teléfono. La saludaron con la mano.

El pianista tocaba el movimiento *Romanze* del concierto en re menor de Mozart. Siempre ensayaba piezas de Mozart a estas horas, antes de que llegaran los borrachos pidiendo a voces el *Tomemos la última ronda* y *El humo ciega tus ojos*.

Se sentó en una mesa junto a él.

—Tus andantes resultan aún muy a ras de tierra —apuntó ella.

—Fino —le corrigió Tony—. Wolfgang era fino, no celestial.

—Admítelo, nunca llegaste a conocerlo.

—¿A Mozart? Dios mío, Cora, ¡eres difícil de convencer! —dijo, alzando las manos—. Estaba sentado allí mismo en la primera fila cuando tocó esta pieza en Viena, lo he olvidado, enero o febrero de 1785. Y después del concierto tomamos juntos una botella de vino en el *Weinstube*, nada más cruzar la calle al safir del teatro.

—¿Dónde estaba atracado tu barco?

—En..., humm..., en Trieste.

—¿Y cómo..., humm..., fuiste de Trieste a Viena?

—En tren.

—No. En aquellos tiempos eso te hubiera supuesto al menos cuarenta y ocho horas de viaje. ¿Qué hiciste durante el día?

—Llevamos con nosotros los ataúdes, en el vagón de equipajes.

—Eres un mentiroso.

Tenía razón, pero el otro nunca lo admitiría. Debía haber sido cierto, ¡demonios! Imagínate vivir en el siglo dieciocho y no conocer a Mozart. ¡Resultaba demasiado absurdo!

—He tenido que mudarme nuevamente —explicó el susodicho—. Han derribado mi mausoleo.

—¿Dónde está ahora?

—En un garaje, allá por Downing Lane. —Encendió un puro y volvió a interpretar el *Romanze*.

—Tendré que volver a trasladarme uno de estos días... o noches... —Cora abrió

su monedero y sacó los cigarrillos y las tres facturas—. Sigo con pagos atrasados del alquiler. Antes o después me pondrán en la calle. Es inevitable. Me van a cortar la jodida electricidad.

—¿Por qué te preocupa eso? Puedes ver en la oscuridad.

Sally les trajo dos martinis. Aquello formaba también parte del ritual vespertino. Mozart, los martinis, un puro y un cigarrillo juntos. Y la inevitable discusión sobre sus estrecheces financieras.

—¿Qué harás si te ponen de patitas en la calle? —preguntó Tony—. ¿Tienes algún lugar donde ir?

—No.

—¿No tienes preparada una lista de escondrijos de emergencia?

—En absoluto.

Echó una ojeada a su bebida, pensando en todos aquellos horripilantes kilos de más.

—Oh, ya encontraré algo. Algún mugriento cuchitril en algún lugar. Por doscientos al mes.

—Quizá te conviniera más venirte conmigo —sugirió él, de mala gana.

Ya lo habían intentado. Hacía tiempo, en otra época, estuvieron juntos muchos años recorriendo el mundo y vivieron en un remolque. No salió bien. De hecho, aquella intimidad compartida resultó ser un desastre y ninguno de los dos ansiaba repetir la experiencia.

—No, gracias. No me veo viviendo en un asqueroso garaje.

—¿Viviendo? —rió él—. ¿Así es como lo llaman ahora?

—Toca el tercer movimiento.

Cambió al melancólico *Rondo allegro assai*, haciendo que sonara como una ruidosa elegía fúnebre. En el bar, Louie los abucheaba.

Los clientes comenzaban a llegar poco a poco. Había terminado el sosiego. Pronto sería la hora de las cancioncillas baratas de *Grease*, del *rock*, el *folk* y los Beatles.

—Y —se quejaba lastimeramente Cora, del detestable Argoli el Joven— ¿has visto esto?

Le enseñó el periódico a Tony. Él leyó el titular.

—¿Murciélagos?

—Murciélagos. *Vampyrus* —refunfuñó—. Procedentes de Sudamérica. Bandadas de ellos están invadiendo la ciudad, se esconden en los árboles y los sótanos durante el día y muerden a la gente por la noche.

—¿De qué estás hablando?

—Ésa es la versión oficial de lo que sucede.

—Bien. Eso mantendrá entretenido a todo el mundo.

—Creo que la «bofia» sabe realmente qué está pasando, pero temen darle publicidad por el pánico que causaría. Tenemos que ser prudentes, Tony.

—¿Prudentes? ¿Qué quieres decir?

—Ha habido demasiadas víctimas.

—No ha habido ninguna víctima. Nadie ha muerto.

—Los condenados hospitales no dan abasto con los pacientes heridos en la garganta. Se cuentan por cientos.

—He reducido mi ración a un cliente a la semana. Eso es menos de medio litro al mes. No puedo bajar de ese listón.

—Yo necesito por lo menos un litro.

Louie gritó a través de la sala.

—¡Toca algo, Tony!

—Mierda.

Tony limpió el teclado con una servilleta.

—No es el momento indicado para que haya escasez de viviendas. Si empiezan a ponernos cerco y nos pillan en campo abierto..., ¡se acabó! —Se pasó la mano por la cara—. Tenemos que encontrar un lugar seguro para ocultarnos los dos.

—No existe tal lugar.

Cora dio un sorbo al martini. ¡Al infierno las calorías!

—Entonces, supongo que ya es hora de que nos mudemos. ¿Cuánto tiempo hemos estado aquí?, ¿seis años?

—Ocho años.

Encendió otro cigarrillo.

—Hay que cambiar de ciudades. Rápido.

—No podemos ir a ningún sitio sin dinero.

—Dinero —gruñó él—, dinero, dinero, dinero...

## CAPITULO VII

Se notaba algo achispada. El marinero debió de haber estado bebiendo y ella había absorbido su alcohol. Además del martini en el Columpio.

Tomó un autobús con rumbo norte, se sentó estúpidamente cerca de la ventanilla y contempló a través de ella las luces y el tráfico. ¡Bah! Ya pasaría. Pobre Tony. Tenía que invitarlo para ir a vivir con ella. Aunque sólo fuera por un tiempo. No podía dejarlo allí perdido en un jodido garaje. ¡Pero era tan desbaratado! ¡La convivencia con él fue algo insufrible! Los zapatos, las corbatas y las perchas esparcidos por todo el suelo, quemaduras de cigarro por todas partes, la cocina repleta de botellas y su desmañado ataúd de pino reposando en medio del cuarto de estar como una caja de herramientas. Y probablemente querría volver a la cosa sexual de nuevo. Ella seguramente se dejaría por puro cansancio. ¡Bah!

—¿Murciélagos? Y un cuerno —dijo una voz riendo disimuladamente...—. No me lo creo. No es más que un truco para sensibleros.

Miró por encima del hombro. Había dos hombres sentados a su espalda que sostenían sendos periódicos.

—¿Qué es lo que sucede entonces? —preguntaba el otro, gimoteando con preocupación—. ¿Qué es lo que muerde a toda esa gente?

—¿Tú qué crees? —replicó el primero—. ¿Eh, qué piensas que es?

—¿Quieres decir un...? ¡Ah!

—¿Qué podría ser si no?

—¡Venga, hombre!

Cora sonreía. Parecían un par de zoquetes susurrando en una casa encantada.

—Oye, ¿cuánto tiempo vas a estar en el turno de noche?

—El resto del mes.

—Entonces más vale que empieces a llevar uno de éstos.

—Vamos, ¿estás bromeando o qué?

Volvió a fijarse en ellos. El primer patán, abriéndose la camisa, le mostraba a su amigo un crucifijo que colgaba de su cuello.

Se quedó helada. El ritmo de bolero de su corazón perdió el compás sofocándola. Brillantes puntos luminosos volaron en torno a sus ojos, asaeteándole la visión. Se apoyó en la ventanilla, ciega, helada, incapaz de recuperar el aliento.

Sólo duró un instante, luego el veneno cedió y la rabia se reavivó en ella.

*Lo saben —pensó—. Siempre lo saben.*

—Mi marido tenía un novio —decía Harriet—. Lo manteníamos en la leñera, allá abajo, en el sótano, y sólo subía después de la puesta del sol. Era una «criatura», naturalmente. Se llamaba Brand. Hizo que el estúpido George se interesara por toda clase de tonterías prohibidas: brujería y nigromancia, magia, hechizos y encantamientos. Bueno, evidentemente todo el mundo se dio cuenta y colgaron a George en la colina de los Ahorcados. Brand se libró. Sencillamente se convirtió en un murciélago y se fue volando a alguna parte. Pero antes de irse *me* pegó unos cuantos mordiscos. Y allí me quedé con dos marcas de colmillos en la garganta. ¡Yo también me tuve que largar! Sí, querida, por supuesto que puedo. Puedo convertirme en un murciélago, en un lobo o en bruma y niebla. ¡No, no! ¡Claro que no! ¡No te voy a enseñar ninguna de estas pamplinas! *Diable!* ¡Jamás! ¡No harías más que empezar a alardear y te transformarías en el lugar equivocado y en el momento inoportuno y eso sería tu Waterloo! ¿Qué? ¿Crucifijos? ¡Mantente alejada de ellos! *Diable!* ¡Bah! ¡Agh! ¡Son más peligrosos que las serpientes de cascabel! Te paralizan y te convierten en un epiléptico babeante. ¡Pero son fáciles de evitar! Los espejos son mucho más traicioneros. Están por todos lados. Escapar de ellos requiere un gran repertorio de astucias. Piensa simplemente que nunca más, podrás ir al peluquero, por ejemplo, o a tu dentista... ¡ja, ja!, ¡imagínate su reacción cuando te ponga ese espejito en la boca! ¡Ja!, no me preguntes por qué no nos reflejamos. No tengo ni la menor idea. Supongo que se debe a que realmente no existimos o algo así. En lo que se refiere al ataúd, eso sí. ¡Es imprescindible, Cora! Créeme. He probado todo lo demás: arcas, cestos, cajas de embalaje, baúles, barriles, alacenas y armarios, cómodas e incluso camas. ¡Sencillamente, no funciona! Te despiertas al anochecer sintiéndote pútrido y cadavérico. ¿Y a quién le gusta ir por la eternidad sintiéndose absolutamente pútrido y horripilante? Bástele a la noche su propia maldad.

Cora permaneció en East Milton catorce años, viviendo con Harriet en su retiro del sótano, yendo a cazar con ella, ayudándola a llevar la escuela, convirtiéndose en su secretaria y factótum privado, y posteriormente en su compañera.

Luego, en una agradable tarde de verano durante la primera guerra mundial, Cora atrapó un resfriado y se tuvo que quedar en casa mientras su amiga salía a vagar por su cuenta.

—Limítate a quedarte aquí tumbada y lee a Trollope —la consolaba Harriet—, toma un baño con agua hirviendo y bebe algo de ron. También podrías corregir esos aburridos exámenes de los mayores, si te sientes con ánimos. Volveré con tiempo de sobra antes de medianoche.

Nunca volvió. En Bridgewater fue acorralada por una turba de granjeros y una estaquilla fue a dar directamente a su corazón.

Así terminó Harriet Amy Burroughs. 1643-1914. No hubo *corpus delicti*, simplemente explotó hacia la nada y no quedó de ella nada más que una bocanada de

polvo.

Claro que, desgraciadamente, se le encontró una carta en el bolsillo del vestido y así pudieron identificarla. Un *sheriff* aterrorizado telefoneó a la escuela y le pidió a Cora que fuera a Bridgewater inmediatamente. Le prometió que estaría allí en una hora.

Recogió todo el efectivo de la caja fuerte de la oficina, cargó su féretro y el retrato de Whistler en el Ford y condujo hasta Vermont.

Al amanecer estaba en las Montañas Verdes. Pasó el día encerrada en la parte trasera del coche, dentro de la caja mortuoria. Cuando anocheció siguió conduciendo hasta Ítaca, en el estado de Nueva York. A la noche siguiente ya estaba en Pensylvania.

Adquirió una casita de campo en Tunkhannock en el río Susquehanna, a poca distancia de Scranton. Se estableció allí gastando frugalmente su dinero y conduciendo hasta lugares alejados —Wilkes, Barre, Williamsport y Ulysses— para procurarse su subsistencia.

Se esforzó en conocer a todos sus vecinos, a fin de apaciguar su curiosidad. Les dijo que era una economista que trabajaba para el Departamento de Agricultura, y que estaba elaborando un estudio sobre los aranceles agrarios. La creyeron, aunque no tenían ni la más remota idea de lo que era un estudio sobre los aranceles agrarios (ni ella tampoco) y todo el mundo quedó satisfecho.

De hecho, se convirtió realmente en una escritora. En un puesto de periódicos de Saanton compró una tarde a principios de la década de los veinte una brazada de revistas baratas *Argosy*, *Detective auténtico*, *El libro azul*, *Todo historias*, *La máscara negra*, *Narraciones sobrenaturales*. Esta última, era una colección de espeluznantes historias terroríficas que leía con tal fruición como para decidir escribir un relato ella misma. Mecnografió una novela corta de cuarenta páginas basándose en las reminiscencias de Harriet; la obrita llevaba por título: *El huésped en el sótano*. Lo firmó como Dan Cori y lo envió.

Unas semanas más tarde recibía un cheque de 100 dólares del editor, un tal señor Farnsworth Wright. «Un cuento estupendo —comentaba en la carta adjunta—. Si tiene algún otro, por favor, no dude en mandárnoslo».

Cora accedió y durante los siguientes quince años cada número de *Narraciones sobrenaturales* traía, un cuento de horror de Dan Cori, Bayazid Core, Dana Cordel o C. Dane. Esta prolificidad le producía unos ingresos limpios muy confortables, especialmente cuando los derechos cinematográficos basados en varias de sus historias —*El murciélago jefe*, *Los elegidos del fango*, *El contenido de la mortaja*— fueron vendidos a Hollywood y se convirtieron en películas. Una de ellas, *Los elegidos del fango*, protagonizada por Adolphe Menjou, Pola Negri y Lupe Vélez, resultó tan popular que se hicieron cuatro nuevas versiones. Se deshizo de cualquier

forma del Ford y compró un Pierce-Arrow. También adquirió un nuevo violoncelo, un abrigo de visón, una *victrola* y cientos de discos de música clásica. Pasó el tiempo. Todos sus problemas parecían resolverse por sí solos, y sus presentimientos envejecieron y murieron.

Luego todo ardió en llamas. Literalmente. Un amanecer, al regresar a Tunkhannock de una excursión nocturna, encontró la finca que se consumía como una pira. Y sobre el césped, hincada en la hierba, había una enorme cruz de madera.

Sucedió sin el menor aviso, sin un rumor de peligro siquiera, ni el más vago presagio de una catástrofe inminente.

¿Quién lo había hecho? ¿Sus vecinos? ¿Los *vigilantes*? ¿El clero local?

Nunca lo supo.

Afortunadamente, era una mañana nublada y el sol no salió hasta casi las nueve. Tenía el tiempo necesario para conducir todo el camino hasta el lago Wallenpapack. Se ocultó durante el día en un cementerio cercano a la aldea de Hawley, expirando en una húmeda cripta.

## CAPITULO VIII

Bajó del autobús en la avenida Holland. Un organillero estaba apostado en la esquina, señalando al cielo.

—Allí hay uno —chilló.

Se formó un nutrido corro de gente.

—¿Qué es eso? —preguntó alguien—. ¡Un murciélago! —gritó, señalando—. ¡Ahí va otro!

Cora siguió caminando al tiempo que reía. Se empezaba a sentir mucho mejor, sin saber por qué. ¡Sí, y también ella! Era su corazón. Volvía a su tiempo de triple compás de baile, impulsando la sangre del marinero por su cerebro. ¡Y su cerebro! ¡Ah! ¡Algo estaba sucediendo ahí! Podía sentir el funcionamiento mental. Aún no estaba segura de qué calculaba, pero ya llegaría a saberlo. ¡Debía de ser algo, algo sensacional! Por eso estaba riendo de buena gana. ¡Fantástico y... gigantesco!

Caminó hacia la estrecha puerta metálica en la parte trasera de la torre Titán, apretó el botón y habló por la ranura.

—Cora Dane... Dana, quiero decir.

¡Dios mío! ¡Había usado uno de sus seudónimos para *Historias sobrenaturales*!

Se abrió la puerta y allí estaba Eddie, sosteniendo un 45.

—¡Entra rápido! —le dijo bruscamente.

—¿A qué viene tanta prisa?

—¡Los murciélagos!

Pasó por delante de él y cerró la puerta de golpe.

—No hay ningún murciélago, Eddie —le dijo.

Se la quedó mirando fijamente.

—Eso es lo que tú crees —le espetó—. Si fueras italiana, no dirías lo mismo. — Deslizó el arma en la pistolera bajo su esmoquin—. En mi país de origen...

—Ya.

No le interesaba la sabiduría popular sobre murciélagos de aquellas tierras. Bajó al tocador, colgó su abrigo *loden* en el armario y se quitó las botas. Tras desnudarse, se puso su vestido plateado de noche.

—¡Hola, Cora! —Peg, la chica de los cigarrillos, se acercó a toda prisa—. ¡Llego tarde! ¡Tenía miedo de salir del coche! ¡El cielo estaba lleno de murciélagos! ¿No los viste?

—No.

—Yo tampoco. —Se quitó el vestido echándolo a un lado y se introdujo retorciéndose en su traje negro de malla—. Pero un chico en la calle dijo que dos de ellos han atacado a un rabino en una sinagoga en la avenida Dag Hammarskjold. Lo

que hacen es morderte en la yugular y... ¡Oye, cierra esa ventana!

Atravesó la habitación corriendo y cerró la ventana. Cora la observaba, envidiando su cuerpo alto y delgado. ¡Peg siempre pesaba cinco kilos menos de los que le correspondían!

Subieron al Casino. Aún no habían abierto. Todo el personal subalterno a su alrededor parecía amargado y exhausto. Peg se dirigió a la barra para recoger su bandeja de cigarrillos. Cora se sentó junto a la ruleta y saludó con un movimiento de cabeza a los encargados de la planta. La mesa se hallaba tapada por una larga cubierta de plástico. Tiraron de ella, la plegaron y se la llevaron.

Su pensamiento aún calculaba secretamente, atormentándola con imprecisiones. Una cosa era segura... los murciélagos. Sí, fuera lo que fuera, tenía algo que ver con los murciélagos.

Eddie vino con la caja de las fichas y empezó a apilarlas alrededor de ella en cuidadosos montones. 10 dólares de azules, 20 de verdes, 50 de amarillas, 100 de naranjas, 500 de rosas, 1.000 de blancas.

—Setenta de los grandes —gruñó, pasándole la bola de plata. La tomó y tras sacudirla con despego, la atrapó en la palma de la mano.

Murciélagos.

Argoli se acercó, cara de cocodrilo, elegantón y circunspecto como un obispo.

—Buenas noches, Cora.

—Se te saluda —respondió ella—. Argoli *il Giovane* —sonrió.

Era su broma privada. La edad de él comenzaba a rondar los setenta, pero ella siempre le llamaba el «Joven» para diferenciarlo de su difunto señor, Cesare Argoli el Viejo. Por una u otra razón toleraba aquella chanza que se había convertido ya en parte del ritual de la velada.

—Deja que entre la chusma, Eddie —ordenó.

—¡Sí, señor!

Eddie se fue trotando a la entrada y abrió la puerta principal. La primera oleada de jugadores de la noche penetró en la sala. Como de costumbre, la mitad de ellos eran árabes.

Treinta o cuarenta personas invadieron inmediatamente la mesa de la ruleta. Cora encendió un cigarrillo, lo deslizó en una boquilla y puso la rueda en movimiento.

—Hagan sus apuestas, damas y caballeros —cantaba, dejando caer la bola de plata en el eje—. *Faites vox jeux*.

Los jugadores esparcían sus apuestas sobre los números. Ella fumaba, contando las fichas al mismo tiempo. Veinte azules, dieciséis verdes. Quinientos veinte dólares. Una miseria.

—*Les jeux son faits!* —Tomaba su rastrillo y golpeaba con él sobre la mesa—. Se acabaron las apuestas, por favor.

La rueda dejó de girar y la bola rodó hasta la muesca del 14.

—Catorce rojo —anunció—. *Quatorze rouge. Pair et manque*.

Un árabe tenía dos fichas verdes en el 14. La chica hizo un por 40. Mil cuatrocientos. Con el rastrillo, empujó una ficha blanca y cuatro naranjas hasta el ganador. Éste protestó.

—¡Quiero fichas verdes! —dijo, mirando furtivamente. Volvió a recoger las blancas y naranjas y le alcanzó setenta verdes.

—*Merci* —respondió con una sonrisa afectada.

Lo perdió todo en el incendio: el ataúd, el violoncelo, el abrigo de visón, los discos..., todo, excepto el cuadro. Milagrosamente se hallaba en una galería de Philadelphia, donde lo estaban limpiando. Fue en coche hasta allí a la noche siguiente para recogerlo. Luego vendió el Pierce-Arrow a un negocio de Havertown.

Se había decidido. Sabía qué iba a hacer desde el instante en que volvió a la vida en el cementerio a la orilla del lago en Hawley. ¡Ya tenía bastante de aldeas, campo, praderas y arroyos! A partir de ahora se ocultaría en las grandes ciudades.

Tomó un tren para Nueva York.

Esto sucedió en 1938.

Se mudó a un estudio en una buhardilla en la avenida Lexington, cerca de la calle 59 Este. El alquiler era de 25 dólares al mes. Compró otro ataúd, una máquina de escribir, un violoncelo de segunda mano y ropa nueva.

Produjo varias narraciones nuevas más para *Narraciones sobrenaturales*, pero su espíritu ya no estaba en ello. Se le había acabado la inspiración.

Una de sus novelas cortas fue rechazada. Finalmente, dejó de escribir. Miró a su alrededor en busca de alguna otra cosa que pudiera hacer.

En el año 39 estuvo trabajando durante dos semanas en un *drugstore* que abría toda la noche en Columbus Circle y tres meses de acomodadora en el teatro St. James. (¡Lo abandonó tras ver a Maurice Evans en Hamlet noventa veces!).

En Lexington, que estaba nada más cruzar la calle, se encontraba la piojosa entrada del Stuyvesant Club. Creía que era un cabaré o un tabernucho de la mafia, ya que se oía el estruendo de la música toda la noche y la acera estaba siempre repleta de hombres y mujeres con ropa de noche, que entraban y salían furtivamente. La policía hizo allí un par de redadas.

Por curiosidad se dejó caer una mañana lluviosa para ver qué se cocía en aquel lugar.

Era un casino, una gran y humeante fosa ocupada por celebridades que echaban los dados y jugaban al blackjack y a la ruleta. Bajando por las escaleras hacia el ruidoso remolino de humo de cigarros y agitación, reconoció a Walter Winchell, Noel Coward, Eddie Cantor, Fanny Brice, Beatrice Lily, Víctor Moore, Ethel Merman, Lynn Fontaine..., todos ellos en diversas fases de clamorosa borrachera nocturna y desenfreno.

En un escenario de un rincón de la sala, cuatro músicos —trompetista, batería,

saxofonista, pianista— tocaban con un ímpetu salvaje melodías de espectáculos de Broadway.

Pero por encima de todo aquello se hallaba el torbellino central de la fosa que mantenía hechizada su atención. Se abrió paso entre la multitud hasta la mesa de la ruleta y se quedó, transfigurada, mirando fijamente la rueda. Giraba dando vueltas, vueltas y más vueltas, transportándola seis décadas hacia atrás a la sala de billar de papaíto en Beacon Street, en un viaje de regreso a la luz del día, yendo de nuevo al Edén de los vivos. *Perdido*, pensó. *Perdido... para siempre...* Y lloró.

Un viejo con frac se detuvo frente a ella y frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Qué te pasa, hija? —Su tono era áspero—. ¿Cuánto has perdido?

—Todo —le respondió, secándose las lágrimas.

—Deberías haberlo pensado antes. No se puede batir a esa *ruóta*.

Deslizó una ficha de 100 dólares en su mano y se alejó caminando.

Jugó al rojo tres veces y ganó ochocientos dólares. Más tarde, momentos antes de la hora de cierre, se encontró a sí misma detrás de la barra, sirviendo a uno de aquellos famosos una bebida.

—Gracias —dijo, devolviéndole su ficha—. Mi nombre es Cora Dana.

—Bienvenida. Soy Cesare Argoli. Y éste es el señor Benny Goodman.

Se dieron un solemne apretón de manos. Cesare le ofreció un cocktail de champán. Ella aceptó.

—¿Es suyo este lugar, Sr. Argoli? —preguntó.

—Sí. Esta noche nos mantenemos, así que aún es mío. Mañana algún afortunado *súdicione* saltará la banca y me quedaré en la calle.

—Quiero un empleo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—La mesa de la ruleta. Soy croupier.

—¿Tú?

Tanto él como Benny Goodman parpadearon al oírla, estupefactos.

—¿Tú? ¿Trabajando en garitos de juego?

—Sí, en el casino de Baden-Baden; que no era ningún garito.

—¿Dónde está eso?

—En Alemania, Cesare —explicaba Benny.

—Tuve que irme —Cora escondió sus dedos y los cruzó—, a causa de Hitler.

—¡Oh, ese Hitler! —Benny movió la cabeza—. Es un «schlimazel»<sup>[3]</sup>.

Cesare rascó la canosa barba que le apuntaba en la mejilla, frunciendo el entrecejo.

—Una fulana aquí dándole vueltas a la *ruóta* —rezongó.

—Eso no estaría mal, ¿eh, Benny?

—Le daría distinción a este lugar —asintió Benny—. Sí, esto tendría clase.

—Perchè no?

Cesare escanció otra ronda.

—De acuerdo. Te daremos Una oportunidad.

## CAPITULO IX

Tras su experiencia como chófer de un simón en Baltimore, Tony pasó cinco años (1900-05) sepultado en una barcaza en la bahía de Chesapeake, amarrada a un muelle en Havre de Grace. Durante aquel período estuvo empleado como vigilante nocturno en una fábrica de muebles en Elkton, Maryland.

Luego, emigró al norte y por espacio de los siguientes diez años (1905-15) asistió a la escuela nocturna de la Universidad de Pennsylvania en Philadelphia, donde acumuló montones de diplomas mientras trabajaba de medianoche hasta el amanecer como barrendero.

Del año 15 al 25 estuvo en New Jersey, tocando el piano y el órgano en varios cines de Camden, Egg Harbour City y Ashbury Park; estuvo al cargo de una montaña rusa y de una barraca de tiro en Atlantic City y trabajando por algún tiempo de mecánico de aviones en un hangar de Fort Dix. De 1925 a 1935 apareció por Trenton, ganando un salario excelente, primero en el turno de noche de la Fábrica de Cable Robling (lo despidieron por ineficacia y absentismo), luego de jefe ayudante en la cocina del renombrado restaurante Washington Crossing (fue despedido por ebriedad) y finalmente como un *maître de hôtel* en la igualmente renombrada Colonial Room del Hotey Stacey Trent (en esta ocasión lo echaron por actos indecorosos).

Después de todo esto, permaneció sin trabajo durante varios años, escondido en un vagón de mercancías abandonado en una vía muerta, próxima a Elizabeth.

En el año 38 consiguió trabajo como matón en un albergue de carreteras en los suburbios de Newark. Allí su suerte mejoró considerablemente.

Sucedió de la siguiente forma.

Dos tipos duros del lugar, unos ladronzuelos maleantes apostadores de tres al cuarto llamados Polk y Dawson, acostumbraban a merodear por el aparcamiento del albergue, tras salir del bar borrachos y dando tumbos. Cierta Nochebuena, un tipo a lo Joe College fue a aquel lugar. No solamente había bebido demasiado sino que parecía menor de edad. El barman se negó a servirle. El chico se alborotó y Tony lo calmó, y lo invitó a una taza de café.

Era un estudiante de la Universidad de Rutgers llamado Argoli y debido a su ascendencia italiana se enredaron naturalmente en una discusión acerca del fascismo. Argoli vociferaba que Mussolini instituía un nuevo Coriolano, mientras que Tony insistía en que no pasaba de ser otro Ricardo III. En ese momento llegaron casi a las manos pero en vez de ello dieron inicio a una larga plática sobre la música de Verdi. Dio la casualidad de que una de las óperas favoritas de ambos era la poco conocida obra maestra del compositor, *Giovanna d'Arco*. Tony se lanzó al piano del bar y tocó en su totalidad el coro del *Spiriti Malvagi*. Luego Argoli cantó el aria de Giovanna,

Oh, ben s'addiá questo. A continuación ambos cantaron vociferando el final del Acto II.

«Huye, ¡Oh mujer maldita!  
Sal ya de entre estos muros  
Ruega porque el cielo en su venganza  
calme a Francia de terror».

Mientras, el barman y los clientes protestaban lanzando hipidos a la tirolesa.

A las dos de la mañana Tony acompañó a su invitado hasta el coche en el estacionamiento. Y Polk y Dawson los asaltaron.

Argoli sucumbió a la arremetida, con la nariz rota y un diente saltado; pero Tony, sacando a relucir su fortaleza de criatura satánica, golpeó a los dos rufianes hasta casi matarlos.

Argoli aturdido por el dolor y la gratitud, le suplicó que fuera con él a Nueva York. Tony accedió. Una hora después estaban en el Stuyvesant Club de la avenida Lexington, tomando la espuela con el padre de su amigo, quien resultó ser el tristemente célebre zar del juego de la Mafia, Cesare Argoli.

—Esta deuda te será pagada —juró el viejo con solemnidad a la italiana.

—Así que pide por esa boca. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Dame un trabajo —respondió Tony.

—*D'accòrdo!*

Fue contratado en el acto y se convirtió en un pianista de la orquesta del club.

En el Columpio, Tony interpretó un popurrí de temas de Simón y Garfunkel. Un ama de casa borracha perdida, de ojos legañosos y cabello despeinado, no paraba de rebuznar:

—¡Eh! ¿Conoces *Vámonos hacia la salvaje y azul lejanía*? ¡Eh! Bob, dale al pianista un trago, quiero oír *Vámonos hacia la salvaje y azul lejanía*.

Él la ignoraba, mezclando *El boxeador* y *Conversación mortecina* en un complicado adagio, recordando la noche que vio a Cora por primera vez.

¡La chica de la ruleta resultaba verdaderamente imponente! Nunca la había visto. Le preguntó a Hall, el batería, quién era.

—Probablemente una más de los fracasados de Broadway —comentó Hall despectivamente, lo cual significaba que él tampoco la había visto antes.

Tony le clavó la mirada, sintiendo que su hermosura lo punzaba hasta llegar al arrebató ¡Dios bendito! ¡Era algo sobrenatural! ¡Espectral! ¡Allí junto a Bobby Clark, Fanny Brice y Billy Rose semejaba a una princesa vikinga surgiendo de entre un tropel de gnomos!

¡Y encima estaba llorando!

Vio al viejo César que le pasaba la ficha, observó cómo jugaba ella al rojo y ganaba tres veces seguidas. Luego, hacia atrás la cabeza, levantada insolentemente la barbilla, la chica pasó al bar, empequeñeciéndola a la multitud; ¡se paseaba lenta y pesadamente a través de la sala como Hippolyta la Amazona!

¡Tenía que conseguirla! ¡Sólo un sorbo! ¡Uno pequeño! ¡Unos gramos! Sus ojos se empañaban de sed... Don Giovanni resonaba impetuosamente en sus oídos:

*«¡Ya la mesa es preparada!  
¡Ah, qué sabroso plato!  
¡Qué tremendo apetito!  
¡Qué bocado de gigante!».*

¡Es como para desmayarse!

¿Pero le quedaba tiempo? Echó un vistazo al reloj. No..., sí..., estaba lloviendo, seguiría nublado durante unas horas aún...

La siguió cuando se fue. La chica entró en un edificio, justo al otro lado de la calle. ¡Fabuloso! ¡Perfecto! ¡Podría acabar con el asunto en un par de segundos!

Fue volando hasta el vestíbulo y pasó como un rayo por el hueco de la escalera tras ella. Pero iba demasiado rápida para él. Su puerta se estaba cerrando justo cuando él llegó al rellano del piso superior.

Continuó su persecución, subiendo el empinado tramo de escaleras del ático que conducían a la puerta del tejado. Estaba cerrada. La abrió de un tirón con un poderoso revés del puño, hasta casi sacarla de los goznes.

*¡Es mía!*, aullaba su mente. *¡Ni todos los ángeles del cielo podrán protegerla de mi necesidad!*

Se lanzó sobre la lluvia martilleante y bajó deslizándose por una mansarda hasta su tragaluz. Se apoyó en él, mirando con rapacidad, la boca hecha agua.

La chica se hallaba justamente bajo él, de pie en el centro de una habitación vacía, desvestiéndose; su carne desnuda brillaba trémula como el ámbar húmedo. Se sentó en un taburete, para quitarse las medias.

La contemplaba con una mirada extraviada, sus ojos sangraban de lujuria y aidez. Vio sus caderas y las largas piernas, sus pechos, hombros y la garganta reluciente a través de una ardiente bruma rojiza.

Ella se levantó, se puso un camisón, permaneció graciosamente por un instante sobre la punta de los pies, y luego se dirigió a un rincón donde se hallaba un gran bulto cubierto con un paño. Lo arrojó a un lado, haciendo visible un ataúd. Apagó la luz, y trepando a la caja cerró la tapa.

Él se arrodilló allí, en aquella lóbreguez, consumido por todo el frenesí, petrificado, con la mente en blanco. Paró de llover y el cielo se aclaró. Echó a reír lastimeramente. Había sido un error, un desafío a los ángeles celestiales. Brand le tenía advertido sobre ello. *Nunca blasfemes, Anthony. Tu más astuto enemigo no es el*

*poli, el pastor y el fanático blandiendo una cruz. Oh, no. ¡Es Dios armado de su ironía!*

Se incorporó indolentemente y bajó a la calle dando tropezones. Los dos Argolis, padre e hijo, acababan de salir de la puerta de entrada del Stuyvesant. Lo vieron y lo llamaron. Escapó de ellos, corriendo calle 59 Este abajo. Vivía lejos, en la calle 81 Oeste, así que no contempló la posibilidad de volver a casa. Encontró una vivienda vacía tres manzanas más arriba de la segunda avenida y pasó el día acurrucado bajo una pila de cascotes en el sótano, como una rata muerta.

## CAPITULO X

Cora lucía un traje de noche negro sin espalda de doscientos dólares («el vestido de Norma Shearer» como el viejo Cesare lo llamaba), un pañuelo de seda roja en torno a la cabeza para evitar que el cabello le cayera sobre los ojos, y un guante negro a fin de proteger sus dedos del pomo de la ruleta. Había pasado a ser, de la noche a la mañana, una sensación neoyorkina. La clientela del club se triplicó. Jugadores y turistas pululaban procedentes de toda la ciudad dispuestos a perder unos cuantos dólares y a quedarse boquiabiertos ante la bella croupier de Baden-Baden que oficiaba la misa del azar en un seductor francés. Un famoso actor de Broadway se enamoró de ella y le enviaba una docena de rosas blancas cada noche. Su mujer, aún más enamorada, le ofreció una pulsera de esmeraldas. Cierta cazatalentos de la Warner Brothers intentó que se interesase en una prueba para la pantalla. La columna de Winchell, la unía sentimentalmente a Charlie Chaplin, el duque de Windsor, Robert Montgomery y Fiorello La Guardia. F. Scott Fitzgerald se dejó caer una noche y la bautizó con el apodo de «La doncella de hielo». ¡Arrastró aquel nombre durante años! Cora aceptaba todos esos homenajes con indiferencia, satisfecha simplemente con darle a la rueda y acumular el salario y las propinas.

Al amanecer, cuando se cerraba el lugar, cruzaba la calle hasta su guarida, cerraba la puerta, tocaba el violoncelo durante una hora (dos o tres si la mañana estaba encapotada) y luego descansaba en la paz más profunda hasta el crepúsculo. Los domingos por la noche iba de caza y trago.

El cielo se tornó en algo plácido e invariable, tan reconstituyente como una droga sosegada. Y a las ocho, todas las noches, volvía a la mesa. Era entonces cuando Argoli el Viejo solía preguntar:

—*Ebbène, Altézza? Come sta?*

A lo que ella replicaba:

—*Sta bene.* —Y era cierto. Todo iba bien.

Pero no por mucho tiempo.

Al regresar del trabajo cierto amanecer, encontró un libro en su buzón:

*Drácula*, de Bram Stoker.

A la mañana siguiente un paquete cuidadosamente envuelto reposaba en el suelo del rellano ante la puerta del estudio. Contenía un espejo de una tienda del tipo más barato.

Tres noches más tarde, enroscado como un áspid en el bolsillo de su abrigo que colgaba en el guardarropa del club, había un rosario católico.

No se dejó invadir por el pánico. La revelación, cuando se produjese, probablemente resultaría tan brutal e inesperada como el incendio de Tunkhannock. Seguramente no habría aviso de su caída en el abismo. Los fanáticos no se andaban con bromas. Así que todo esto sólo era una diversión. Quienquiera que fuese el torturador no tenía intención de desenmascararla. Se dedicaba simplemente a jugar con ella.

Tenía razón.

La primera misiva anónima llegó una semana después del incidente del rosario.

*Mi querida señorita Nosferatu,  
No se preocupe. Su secreto está a salvo conmigo.  
¡Mis labios están sellados!*

La segunda vino unos días más tarde.

*¡Adorable demonio necrófago!  
Todo lo que quiero son 1.000 dólares.*

Rió aliviada. ¡De eso se trataba! ¡Chantaje!

Las instrucciones para pagar le fueron entregadas a la mañana siguiente.

Querida sanguijuela,

Apresúrate a aparecer por Central Park esta noche antes de ir a trabajar. En la puerta de la calle 12 Este deja caer el dinero debajo del banco marcado con una X. (Espero que no te importe que te eche el anzuelo de esta forma. ¡Ja, ja, ja!).

Al principio estaba casi segura de que el bromista era Argoli Junior, el gamberro y borracho que Cesare tenía por hijo. La había cortejado asiduamente durante meses y se estaba volviendo más plomo que aquel actor demente y su histérica mujer. Pero ahora no las tenía todas consigo. No, el estilo de las cartas no casaba con él, quien probablemente nunca había oído hablar de *Nosferatu* y además de eso no tenía sentido lo de los mil dólares. El viejo Cesare lo asfixiaba en dinero. ¡Tenía una paga de quinientos dólares a la semana! Sin embargo, su chantajista necesitaba realmente la suma.

De hecho podía sentir su desesperación. *Todo lo que quiero son 1.000 dólares.*

No era una burla. Se trataba de un grito de angustia.

Ahora bien, si no era Junior ¿quién entonces? Obviamente alguien del Stuyvesant. ¿Cesare el Viejo? No..., los macarrones del Viejo Mundo tomaban seriamente a sus amistades. Nunca se habría permitido salidas de tono con una «criatura». ¿Un empleado? ¿Uno de los encargados del *blackjack*?

Había tres, todos gentuza del mundo del crimen. ¿O Hal el batería? ¡Era un auténtico puerco! Un adicto a la cocaína y un pervertido sexual. (Tenía un asunto con un chico del coro en *La dama de la oscuridad*). Sí, era de esa clase de pájaro de cuenta. Lo aborrecía, siempre estaba sin blanca y era un depravado y un maquiavélico.

Puso diez billetes de a cien dólares en un sobre y emprendió el camino por la Quinta Avenida.

Al pasar ante el Museo Frick fue repentinamente consciente de unas vibraciones y unos ojos indagatorios. ¡Ah, la estaba vigilando! Para hacerle bajar la guardia, simuló estar aterrorizada, y apresurándose como un perro sarnoso que trata de pasar inadvertido, encorvada por la culpa, ojos acechantes, miraba por encima del hombro subrepticamente.

Dio un giro hacia el parque a la altura de la calle 72. Allí estaba el banco con una X escrita a tiza en el respaldo. Dejó caer el sobre bajo el mismo, y se alejó a todo correr hacia el Malí, como si escapara de un castigo merecido.

Se precipitó sobre los arbustos, y retrocedió dando vueltas hasta la valla. Se quedó detrás de un árbol, a la espera, temblando por la excitación.

Una figura alta, que se movía con viveza, llevaba un impermeable y fumaba un puro se dirigió hacia el banco. Se hallaba oculto entre las sombras y ella no podía distinguirlo, pero sabía que no era Hal, o Cesare el Joven. Ni ninguno de los encargados.

Se sentó, se agachó hasta el suelo y tomó bruscamente el sobre. Reincorporándose rápidamente, sacó el fajo de billetes de cien y los contó. En ese momento pasaba un coche que lo iluminó de pleno con los faros. Cora jadeó. Era el pianista. ¡Tony Logan!

Se puso a caminar, inopinadamente, recorriendo el sendero que se encontraba justo enfrente de ella. Ésta lo siguió, resguardándose en la espesura.

¡Era increíble! *Diable!* ¡Logan! ¿Cómo había dado con ella? Ni siquiera lo conocía. Habían hablado entre sí exactamente un par de veces, una cuando le preguntó, refiriéndose en tono de broma a su interpretación, si podía alcanzar un intervalo entre una octava y un quinto, y en otra ocasión, con mayor brevedad aún si cabe, cuando él se acercó a su mesa y perdió veinte dólares jugando al cero.

¿Debería morder a aquel hijo de perra? ¡Así aprendería! El fulano se detuvo para volver a encender su puro, y Cora se arrastró hacia él. ¡Sí, se lo merecía aquel sigiloso bastardo! Le sacaría un poco de sangre, justo lo suficiente para enseñarle a mantenerse alejado de los parques oscuros donde había «demonios adorables» rondando por las proximidades.

Dio un salto de retroceso al ver a una pareja. Se hallaban alejados de la senda, un chico y una chica, reclinados contra una, barandilla y acariciándose salvajemente.

Logan también los vio. Permaneció por un instante contemplándolos. Luego se les acercó, cerniéndose sobre ambos como un águila.

Levantó la mano y la bajó aporreando con un golpe seco la parte superior de la cabeza del muchacho, de forma que éste se derrumbó en el suelo. Antes de que la chica pudiera chillar, ya la había acorralado entre sus brazos y tenía los dientes en su garganta.

Cora observaba estupefacta cómo le pegaba unos tremendos sorbetones.

Aquella noche nevó y el Stuyvesant Club se hallaba desierto. Cesare cerró temprano. Tony, que se sentía agradablemente solvente por una vez, fue a Harlem para escuchar algo de *jazz* y pagar unas cuantas deudas; luego caminó a lo largo de Riverside Drive a fin de contemplar la amanecida. Regresaba a la calle 81 Oeste a las seis y media.

Su habitación consistía en un vivaque de 10 dólares al mes, con una pila de fregar, una ventana rota, paredes húmedas y un radiador que no funcionaba. La primera sospecha de que algo fallaba fue la puerta abierta. Estaba seguro, ¡del todo!, había echado la llave antes de marcharse la noche anterior..., siempre lo hacía, ¡una negligencia en lo concerniente a la seguridad de su guarida habría sido impensable! Inspeccionó el lugar rápidamente, para ver si faltaba algo. Su ropa estaba intacta, sus puros, libros y partituras no habían sido tocadas.

Olisqueó el ambiente, husmeando como un sabueso. El habitual olor a cerrado se había convertido en una fragancia, con un vago aroma a verde y flores, como si el moho estuviese rociado con lavanda. ¡Perfume!, ¡era perfume!, ¡un perfume femenino!

Corrió hacia el armario empotrado y lo abrió. Su ataúd estaba allí, sosteniéndose de pie. Lo sacó y, depositándolo en el suelo, intentó levantar la tapa. No era capaz de hacerlo. ¡Estaba sellado con docenas de clavos sólidamente incrustados!

Golpeó violentamente la caja hasta convertirla en astillas al intentar abrirla y, finalmente, tuvo que yacer sobre el suelo del armario aquel día, arrojado por el impermeable.

Por la noche, al bajar por las escaleras, encontró una carta en el buzón.

*Querido Voivoda,  
¡No temas! ¡Llevaré conmigo tu  
secreto a la tumba! Todo  
lo que quiero son mis mil dólares.*

Cora ya se encontraba en la mesa de la ruleta cuando él llegó al club. Se apercibió de su presencia antes de verlo realmente, sintiendo cómo sus vibraciones la bombardeaban con furia. Se dio la vuelta. Estaba allí en el bar, lanzándole una mirada, ella le sonrió.

Tony se acercó adonde estaba Cora y le pasó seis billetes de cien.

—He gastado el resto —manifestó.

—Ponlo en el rojo —sugirió ella.

—Eso está hecho.

Hizo girar la rueda. *Faites vos jeux!* Jugó al rojo y ganó mil doscientos dólares. La chica aceptó mil y le dejó que conservara los doscientos restantes.

Permanecieron en el Stuyvesant Club durante toda la década de los cuarenta y cincuenta, pasando por la segunda guerra mundial hasta los mandatos de tres

presidentes: Roosevelt, Harry Truman y Eisenhower.

En 1943 Cesare el Joven se enroló en los Marines. Antes de embarcarse para ultramar, le pidió a Cora que se casara con él. Ella se negó. Rechazado, se emborrachó románticamente y partió de Nueva York como un soldado al estilo Hollywood, de rostro torvo y sin afeitar, asiendo en la mano una de las fichas de cien dólares como recuerdo. (Pasó toda la guerra en Hawaii, viviendo en la *suite* de un hotel de Honolulu, mientras hacía una fortuna en el mercado negro de la penicilina). Tony, por supuesto, escapó al reclutamiento. Cora le prestó dinero para comprar documentos falsos. Nunca se lo devolvió. En agosto del año 45, tuvieron una experiencia escalofriante.

Hubo una redada en el club y el viejo Cesare, junto a todos los empleados, acabaron como una manada en la cárcel. Encerrados en la jaula, en la Comisaría de la calle Center, Tony y Cora esperaban, presas del pánico, a que amaneciera.

—¿Qué sucederá? —preguntó él, agarrándose frenéticamente a Cora.

—No lo sé —le replicó petrificada, incapaz de enfrentarse al hecho de que su hora había llegado y de que aquello era lo definitivo.

—¡Mierda! Supongo que nos pudriremos sencillamente o algo así.

—Dijeron que al clavarle la estaca a Sutton...

—Te hablé de Sutton el Glotón, ¿no es así?, en Baltimore... —Sí.

—Contaban que cuando la tuvo dentro, su cabeza permaneció viva durante horas, vociferando...

—¡Deténte, Dios mío!

—... sólo su cabeza, chillaba y daba alaridos, el resto se iba descomponiendo.

—¡Por favor, Tony!

—Únicamente la cabeza..., rodando por el suelo como una pelota de baloncesto..., finalmente tuvieron que quemarla para que se callara..., la echaron a la estufa.

Cesare la estaba observando.

—¿Qué os sucede a vosotros dos? —ladró—. ¡Dejad ya eso! ¡Estaremos todos fuera de aquí mañana al mediodía!

—¡Al mediodía! —rió Tony—. ¡Mañana!

Fueron salvados *in extremis* por la radio que anunciaba la rendición de Japón. ¡La guerra había terminado! Para celebrar el acontecimiento los «polis» soltaron a todo el mundo.

En el año 54 Cesare fue muerto a tiros en Jersey City por —según se decía— sus competidores de Los Angeles. El casino cerró.

Cora y Tony estaban preparados para semejante eventualidad. Durante los últimos meses habían estado preparando conjuntamente un número en un club nocturno. En menos de dos semanas estaban trabajando en una taberna del Village, La nota

musical, donde Cora tocaba la guitarra y Tony la cítara. Se anunciaban en los carteles como Antonius & Cori.

Tuvieron un éxito considerable y grabaron dos álbumes para la casa Decca. Una de sus canciones, *Medianoche*, entró en la lista de éxitos.

Luego se trasladaron a la parte elegante de la ciudad, a La Piedra Lugar, en la calle 49 Este, y de nuevo, cruzando el río East a El Colgador de Ropa, en el bulevar Vernon de Queens.

En el 59 compraron un Buick de segunda mano y un remolque para actuar fuera de la ciudad, llegando incluso hasta Nashville y Atlanta, haciendo bolos de una sola noche en clubs y bares.

De hecho nunca regresaron a Nueva York.

Se hicieron populares en las estaciones locales de televisión de varios estados, sobre todo en el sur, donde su especialidad era la música *country*. Grabaron otro álbum.

Pasó la década de los sesenta. Vivieron y murieron bajo los mandatos de otros tres presidentes más: Kennedy, Johnson y Nixon. Había guerra en Vietnam. Los astronautas americanos caminaron sobre la Luna.

Cierta tarde, en un *camping* de caravanas en Alabama, un ladrón irrumpió en su remolque y descubrió los ataúdes. Salió por pies, dando chillidos de terror, y se despertaron encontrándose sitiados por una tribu de fanáticos locales empeñados en lincharlos. Lograron escapar a las iras de la multitud desencadenada y largarse en el Buick, pero abandonaron el remolque tras de sí.

Claro que aquél fue el final de Antonius & Cori.

También estaban preparados para una cosa así. El retrato pintado por Whistler continuaba almacenado en un depósito de Columbia, en Carolina del Sur. Y además disponían de dinero en efectivo en una caja fuerte en un banco de Savannah. Compraron otro remolque, nuevos ataúdes y se mudaron a Florida.

Fue en esta época cuando Cora comenzó a experimentar con el sexo. Tras la batalla contra los fanáticos sureños, fue consciente por primera vez de su imponente destreza física —su condición de «criatura», como Tony lo llamaba—, y ello le despertó un repentino interés por su propio cuerpo, hasta entonces desconocido.

En una plaza en St. Augustine, cierta noche, ella permitió a un ligón que dispusiera de su virginidad. La tomó brutalmente, arrojándola al suelo, dejándose caer pesadamente encima y penetrándola como un ariete. Cora disfrutó a tope la cuestión.

Continuó las investigaciones con Tony y varias víctimas con las que tropezó. Desarrolló una preferencia por los acoplamientos rápidos y bruscos en posición erguida dentro de portales y callejones, y por la relación oral glotona con su presa hembra. Se asombró al descubrir que era enteramente bisexual.

—Asexual —precisaba Tony—. Un demonio hambriento no conoce la diferencia entre el hombre y la mujer.

Era cierto. Los seres humanos, en lo que a ella concernía, bien como amantes o como sustento, se hallaban por completo desprovistos de género; eran simplemente un cúmulo de esclavos cuya existencia tenía como único fin la satisfacción de sus femeninos apetitos.

Esta horrible constatación la condujo un paso más allá a lo largo de la eterna progresión hacia la soledad total.

En la década de los setenta conoció a un fantasma del pasado en el vestíbulo de un hotel abarrotado en Miami.

Cuando se quedó frente a ella, completamente boquiabierto, Cora hizo como si no lo conociese.

—¡Cora!

—¡Sí! —sonreía ella—. Así me llamo.

—¿No te acuerdas de mí?

—Me temo que no.

Pero claro que se acordaba. Era un hombre como de cincuenta y pico años, canoso, fofo, pero pulcro, con el rostro de un caimán enriquecido pagado de sí.

¡Se trataba de Cesare Argoli Junior!

Cuando le dijo quien era, ella gritó:

—¡Oh! —Y batió palmas como lo haría una niña—. ¡Me has tomado por mi madre! ¡Qué agradable!

—¿Tu... madre?

—Sí, soy la hija de Cora Dana.

La miró de hito en hito, desconcertado y sin respiración por el susto.

—¿Dónde está? —preguntó jadeando—. Tu madre, ¿qué ha sido de ella?

Suspiró e inclinó la cabeza.

—Murió al darme a luz.

El hombre quedó derrumbado. La invitó a cenar y oculto tras la carta del menú le mostró una ficha de ruleta de cien dólares, unida a una cadena de oro que colgaba de su grueso cuello.

—Ella me la dio —susurró—. Cuando me fui a la guerra. Estábamos muy enamorados los dos. Le pedí que se casara conmigo, pero... —Hizo rechinar sus dientes dramáticamente—. La doncella de hielo —musitó.

—Me contó que había un hombre en Nueva York que la bautizó así.

—¡No fui yo! —protestaba—. ¡No; se trataba de F. Scott Fitzgerald, el escritor! También la amaba. Todos la querían. Noel Coward, Colé Porter, Hemingway, Irving Berlin... Por cierto, ¿quién es tu padre?

—Su nombre era Logan. Anthony Logan.

—¡El pianista! No me sorprende. ¿Dónde está ahora?

—Ha muerto.

—Siento oír eso. Ambos trabajaban para mi padre en el viejo Casino Stuyvesant de la avenida Lexington.

—Sí, ya lo sé. Me lo contó todo respecto de Cesare Argoli, el viejo. Y también de ti.

—¿Te habló de mí? —dijo con una sonrisa afectada.

—A menudo se preguntaba qué habría sido de ti.

—Ahora soy propietario de cinco clubs —fanfarroneó, en otros tantos estados.

Cora inmediatamente se agarró a esto.

—Entonces quizá puedas darme un trabajo —rogaba—. Yo también soy *croupier*.

—¿De verdad?

—Sí, mamá me enseñó todos los secretos de la ruleta —dijo, mientras recordaba haber representado la misma escena con su padre, una mañana lluviosa en Nueva York, hacía casi cuarenta años—. ¡Benny Goodman! —exclamó entre risas.

—¿Cómo dices?

—Benny Goodman le consiguió el trabajo con tu padre. ¿No lo sabías?

—No.

*Tiempo*, reflexionó, *sal de mi mente*.

Y, naturalmente, él la contrató en aquel mismo lugar y momento.

## CAPITULO XI

Aquello había sucedido hace ocho años. Y aquí estaba ella, ahora, aburrida, asqueada y sin un céntimo, haciendo girar la jodida rueda, mientras pensaba en los murciélagos.

—¡Treinta y dos! —cantó—. ¡Rojo! *Trente-deux rouge. Pair et passe!* Los murciélagos.

Encendió otro cigarro y lo puso en la boquilla. A medianoche Eddie la reemplazó en la mesa y se tomó un descanso. Bebió un Bloody Mary en el bar y vagó por entre la multitud, contemplando el movimiento.

Había árabes por todas partes. Aquel lugar parecía la Casba. Vio seis millonarios iraníes, cuatro yemeníes y dos de Bahrain y sus serviles séquitos jugando al *Blackjack*, y a los más discretos palestinos, iraquíes y libios en la mesa de dados. Argoli *il Giovane* los llamaba «los jeques de tres al cuarto», porque sus pérdidas se limitaban como máximo a unos diez billetes de mil por noche.

Fue paseando hasta la ventanilla de caja y observó a Irving y a sus ayudantes contando fardos de dólares.

¡Dólares de color verde brillante! Los músculos de su estómago se contrajeron de rabiosa hambre y codicia. ¿Cuántos cientos de miles pasarían por sus sucias manos cada noche?

Irving la miró a hurtadillas, entrecerrando los ojos tras de los gruesos lentes.

—¿Puedo ayudarte en algo, Cora? —preguntó refunfuñando.

—No, gracias.

Continuó caminando. Pasó un árabe, con una calculadora de bolsillo que no paraba de manejar nerviosamente.

—Ocho mil, más dieciséis mil —murmuraba—. Más once mil, más tres mil...

—Treinta y ocho mil —le dijo Cora.

Calculó el total de la suma y la miró maravillado.

—Conectó —manifestó riendo.

A las doce y media regresó a la mesa y relevó a Eddie.

—¡Hagan sus apuestas, señoras y caballeros!

Cantaba. Brincaba sobre uno y otro pie, excesivamente inquieta como para sentarse. *Faites vos jeux!* ¡Ooooh! ¡Aleluya! Sus órbitas oculares se encendieron y sus nervios se estremecieron como si el Vaticano entero, con sus cardenales estuvieran agitando crucifijos ante ella.

¡Ridículo! ¡Completamente disparatado! ¡Uuuuh! Su cerebro había detenido finalmente el cálculo furibundo y llegó a una decisión. ¡Ahora sabía lo que iba a hacer!

Hizo girar la rueda. *Les jeux son faits!*

El casino cerró a las tres de la madrugada.

Cubrió la mesa y llevó las fichas a la ventanilla del cajero. Eddie estaba allí, con la pala, recogiendo todo el efectivo en dos grandes sacos.

Peg pasó a su lado corriendo.

—¡He vendido ochocientos puros esta noche! —gritaba—. ¡Es todo un récord!

—Felicidades.

—Me voy a una fiesta. ¿Quieres venir, Cora? Son... —bajó la voz— todos negros.

—No; gracias, Peg.

Eddie tomó los dos pesados sacos y los llevó hasta la parte trasera de la habitación. Cora lo siguió.

—¿Puedo ir contigo, Ed? ¡Quiero ver al señor Argoli!

—Claro que sí —dijo, sonriendo con una mueca—. ¿Vas a negociar otro préstamo, corazoncito?

—La verdad es que sí.

Entraron en el ascensor privado. Dos cajeros con armas que abultaban en sus bolsillos fueron con ambos. Subieron al piso superior.

—¿Cuánto ha sido esta noche? —preguntó ella.

—Como promedio —respondió, encogiéndose de hombros—, seis o setecientos mil.

—Esos árabes saben de verdad cómo perder a lo grande —comentó uno de los cajeros—. Aquel yemení pequeño sólo jugaba con fichas blancas.

—Lo recuperan todo —resopló el otro— cuando les compramos su gasolina.

El apartamento de Argoli era un ático que ocupaba una tercera parte del tejado de la Torre Titán, de cincuenta pisos de altura. En el horroroso vestíbulo de mármol rojo y *beige*, enfrente de la puerta del ascensor, dos gánsters de rostro pétreo, con revólveres del 45, en fundas sobaqueras, estaban sentados jugando a las damas. Otro, tumbado en un sofá, leía *Oui*, con una escopeta de cañones recortados reposando junto a él.

Eddie condujo a Cora hasta la entrada y le dio un empujón a la puerta. Se abrió una ranura y las gafas de búho de Irving los escrutaron.

—Somos yo y Cora. Quiere ver al jefe.

La puerta se abrió y caminaron por un vestíbulo oscuro que atemorizaba a Cora por los tres espejos que había en la pared.

—Espera aquí —le dijo Eddie. Descargó los dos sacos sobre Irving y se apartó hacia el salón.

Irving llevó las bolsas a una habitación adyacente y las vació sobre una mesa, una catarata de fardos verdes, el botín de montones de pozos petrolíferos islámicos. Cora

lo observó a través de la puerta abierta, tenía casi espasmos por la tensión. ¡Seis o setecientos mil dólares! ¡Allah sea alabado!

—*Sesame ouvre-toi!* —dijo, según la cita.

—¿Sí?

Se volvió hacia ella.

—Edmond Dantés —le explicó— encontró un tesoro en una cueva de cierta isla del mar Tirreno y se hizo tan fabulosamente rico que nadie se atrevía a preguntarle quién era o de dónde venía. ¿No has leído nunca *El conde de Montecristo*, Irving?

—Nanay.

—El dinero como tema en la literatura francesa constituye un estudio fascinante. Dumas, Balzac, Stendhal y Flaubert estaban absolutamente obsesionados por los ingresos, las cuentas bancarias, las inversiones, los dividendos y todo eso. Una de las mejores de Zola fue *El dinero*, y la obra mayor de Molière *El avaro*. Y hay otro autor de quien nadie ha oído hablar, llamado Ponson du Terrail, que escribió unos sesenta libros sobre el hurto, la estafa y cómo robar herencias. Y en la historia de los relatos detectivescos los ladrones maestros son todos franceses: Doctor Cornelius, Fantômas, Rocambole y Arsene Lupin...

—Vete fuera, Cora. Estoy contando.

—Por supuesto, a ese respecto, ¿qué literatura nacional no está dominada por el dinero? La tragedia americana, de Theodore Dreiser, *El cuento del bulero*, de Chaucer Mc Teague; *El gran dinero*, de Dos Passos; *La mujer de blanco*, *Crimen y castigo*, *La isla del tesoro*, *El pequeño camposanto*, *Las uvas de la ira*, *Cumbres borrascosas*.

—¡Cora! —llamó Eddie a la aludida.

Se resguardó los ojos, deslizándose más allá de los espejos hasta el salón. Era una estancia de tonos rosas y amarillos, enorme, e increíblemente fea, repleta de un mobiliario horrible y de estatuas bronceas de perros. Argoli, que vestía un enfermante pijama rosa adamascado, y Eddie, permanecían de pie junto a la ventana, mirando fijamente hacia afuera a la terraza.

—Eso no es un murciélago —afirmó Argoli—. Es una paloma.

—Es un murciélago —gritó Eddie—, ¡por allí va!

—Es una paloma o una gaviota.

Había otro espejo justamente a su lado. Se agachó bajo el mismo, inclinándose para cepillar una inexistente mota de polvo del borde de su vestido de noche.

—¿Y bien? —Argoli la miró frunciendo el ceño, con una falsa severidad de cocodrilo—. *Che cosa desidera, señorita Doncella de hielo II?*

Éste era otro juego que practicaban juntos con frecuencia papá mafioso y la ahijada WASP<sup>[4]</sup>.

—Necesito un adelanto, Cesare.

—¡Otra vez!

—Tengo un problema con el alquiler y algunas facturas, y esto y lo otro.

—Vivimos malos tiempos —suspiró Eddie.

—Tú lo has dicho —reconoció Cora.

—¿Qué tal ha ido tu mesa esta noche? —preguntó Argoli.

—Fabulosa.

—¡Es fantástica! —Eddie hacía lo que podía para sacarla adelante, aunque el tipo era básicamente una mierda—. He conseguido dejar esa rueda fija, o algo así. Es la responsable del cuarenta por ciento de la ganancia.

—Dile a Irving que te dé trescientos —indicó Argoli.

—Necesito novecientos.

—¿Novecientos? ¿Qué intentas hacer, Cora, llevarme a la bancarrota? —Se quedó allí por un instante frunciendo el entrecejo, luego se enterneció—. De acuerdo, ¡qué demonios! ¡Los novecientos son tuyos!

—Gracias —respondió humillándose vilmente.

—De nada. ¿No será para tu hermano, por casualidad, eh?

—¿Mi hermano? ¿Qué te hace pensar eso, Cesare?

—*Quale il padre, tale il figlio* —repuso Argoli.

—No; es para mí.

—¿Trabaja él?

—Sí, toca el piano en El Columpio.

—Dale recuerdos de mi parte —dijo desabridamente.

—Lo haré. Gracias de nuevo.

Se fue a toda prisa pasillo adelante, sintiendo cómo los espejos vacíos la atraían igual que remolinos, conforme iba pasando.

—Novecientos.

Se secó las manos sudorosas en las caderas.

—Argoli dice que vale.

Garabateó un recibo interno y lo empujó a través de la mesa.

—Firma esto.

Luego tomó uno de quinientos y cuatro de cien de las fanegas de verdes apiladas a su alrededor.

—*Hombre rico, hombre pobre* —sentenció.

—¿Qué?

—También me refiero al dinero.

—Sí, claro, sí.

—Y *Los cambistas*.

—*Exacto. Y también Tarzán y las joyas de Opar.*

Firmó la nota, recogió los billetes y salió hacia la puerta.

—Aprieta el botón de la pared de allí —le dijo a su espalda.

Encontró el botón y lo pulsó. La puerta se abrió.

Los tres gánsters que guardaban el vestíbulo la devoraban con la mirada al pasar. Se detuvo, movió las caderas, chasqueó los dedos y meneó el trasero hacia ellos lascivamente.

Se quedaron boquiabiertos.

—¡Buenas noches, chicos!

Se despidió con la mano y se introdujo en el ascensor.

## CAPITULO XII

Eran las cuatro de la madrugada. El Columpio cerraba a las dos, pero sabía dónde podría encontrar probablemente a Tony a esas horas.

Mientras caminaba por el bulevar Elliott, cuatro hombres llegaron corriendo procedentes de una bocacalle; todos llevaban grandes redes de pescar mariscos. Se detuvieron y quedaron embobados mirando al cielo.

—¡Allí! —señalaba uno de ellos.

—¡Parece como si se reunieran sobre la plaza! —dijo otro atropelladamente—. ¡Debe de ser algo así como un punto de encuentro!

Un coche pasó junto a ellos y un «poli» de ojos mongoloides echó una ojeada por la ventana.

—¿Qué diablos estáis haciendo, cretinos?

—¡Murciélagos! —chillaron, saliendo a todo correr hacia la plaza Lancing.

Más allá, en la misma manzana, un viejo de cabello largo, blanco y grasiento en una cola de caballo, permanecía de pie bajo una farola, con una gruesa cruz de madera sobre el hombro.

—¡Deteneos, amigos! —gritó—. ¡Alto! ¡No hay murciélagos! ¡Las autoridades mienten! Nuestra ciudad está bajo las garras de un feroz depredador. ¡Sí, eso es cierto! Pero un depredador mucho más implacable y despiadado que cualquier murciélago. Nuestro adversario es...

El coche patrulla se detuvo chirriándole los frenos junto a la acera y se plantó ante el susodicho.

—¿Qué es todo esto? —rugió—. ¿Quién es usted?

—¡Hinchado! —se quejaba amargamente el viejo.

—¡Hinchados con la sangre derramada de los inocentes! ¡Saciados y enrojecidos, nocturnos e inmortales! ¡Oh, no os durmáis! ¡No cerréis los ojos! ¡Se deslizan sigilosamente como las sombras sobre los que yacen dormidos y les chupan las almas! ¡Estad alertas! ¡Estad alertas!

Levantó hacia lo alto su cruz y la hizo oscilar. La maldición sagrada abrumó a Cora, abrasando sus mejillas y llenándole la boca de ácido. Se apartó del hombre, horrorizada, y escapó cruzando la calle.

Tony era una «criatura» de costumbres. Cada sábado noche jugaba al billar en el local de la Legión Americana; el domingo le tocaba hacerlo al *scopone* en la Pequeña Italia; el martes al *Fantan* en Chinatown, y el jueves era la noche del póquer con los macarras negros en un hotel de la calle Cooper. Era la madrugada del jueves.

El jorobado mejicano del vestíbulo conocía a Cora, pero siempre organizaba un jaleo antes de dejarla entrar.

—A los negrazos no les gusta que las tías de tu gremio anden saliendo de aquí como Pedro por su casa —gimoteó—, le da mala reputación al lugar.

—Venga, Pedro, tengo prisa.

—¿Por qué me tratas siempre como si fuera basura? —Abrió la puerta y le dio paso—. ¿Quién te crees que eres, en definitiva? No eres nada especial, ¿sabes? ¡No me impresionas con ese aire de presunción, so perra!

—Deja de jorobarme,apestoso bastardo, o te romperé los dientes.

La amenaza iba en serio. Ya lo había abofeteado una noche por su insolencia y estuvo a punto de romperle la mandíbula.

—¿Te das cuenta? —mugió—. ¡Me gusta volverte loca! Eso saca la golfilla que llevas dentro, ¿no es así?

—¡Cállate la boca!

La condujo por un largo y mohoso pasillo y abrió una puerta. Una humareda densa salió a su encuentro, lo suficientemente espesa como para ahogar a un alce. Tony estaba sentado en una mesa, haciéndose el macho con cuatro o cinco simiescos Amin Dadas, y a juzgar por su aspecto iba perdiendo hasta la camisa como de costumbre.

—¿Cómo tú por aquí, Cora? —voceó uno de ellos—. ¡Entra aquí, chica, y frótame mi peluda pata de conejo!

Todos se echaron a reír estruendosamente, de forma que aquello sonaba como una jaula llena de orangutanes. Cora hizo unas señas a Tony, el cual se levantó y salió de la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Quiero enseñarte algo.

—¿No puedes esperar?

—No.

Arrugó el entrecejo, absorbiendo las frenéticas vibraciones de la chica.

—¿Hay algún problema?

—¡Para nada! ¡Son buenas noticias!

Dejó la partida, salieron y pararon un taxi.

—¿Buenas noticias para ti o para mí?

—¡Para los dos! —dijo ella entre carcajadas—. Argoli te manda recuerdos.

—A la mierda con Argoli.

Cora había presentado Tony a Argoli, cuando se encontraron en Miami, haciéndolo pasar como su hermano, el hijo de la Doncella de hielo y del difunto Anthony Logan. Argoli le había ofrecido también un trabajo a él y durante un año Tony fue camarero en el Casino. Eddie lo despidió por tratar «demasiado bien» a la clientela y por haberse metido en una sucia pelea con un palestino.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

—Cualquier cosa relativa a Argoli no puede ser ninguna buena noticia.

—¡Ah! Espera y verás.

El taxista paró en la avenida Greenlawn, a una manzana del apartamento de Cora. Le pagó y ambos subieron por la calle Woodlawn hasta la casa vacía.

—Ya estamos —dijo la chica.

Permanecieron sobre la acera ante el letrero SE VENDE que había en la valla.

—Así pues, ¿qué sucede, Cora?

—Fíjate en esta casucha.

—La estoy mirando.

Saltó ágilmente sobre la parte alta de la valla, se columpió en la misma y dejándose caer en el lado contrario, dijo:

—¡Venga! —lo llamó.

Tony trepó tras ella y saltó a su lado.

Atravesaron el césped iluminado por la luna hasta llegar a unos árboles.

—¡Robles! —exclamó Tony—. ¡Y olmos americanos! ¡Son más viejos que nosotros!

—¡Por supuesto que lo son! Éste es el bosque original.

Inhalaban profundamente llenando sus pulmones con aromas de la floresta. Se trasladaron a lo largo del lateral de la casa, hasta la parte trasera de los terrenos. Allí había enramadas y espalderas, más árboles, otro trecho de césped, follaje salvaje, un porche para tomar el sol, una piscina y una pista de tenis invadida de vegetación salvaje.

—¿Alguien quiere jugar al tenis? —gorjeó Tony—. ¿Antes del funeral? ¡Eh, una piscina! ¿Quién vivía aquí? En cualquier caso, ¿Kublaikhan?

—¿No es espléndido?

—Fenomenal.

—Y la intimidad, Tony. ¡Una intimidad total!

—Sí, lejos del mundanal ruido, no hay duda.

—Estaríamos a salvo aquí para siempre. ¡Nunca nos encontrarían! ¡Jamás, jamás!

La luna flotaba introduciéndose en una nube que los envolvía en la oscuridad. Por un instante sólo vio el destello zafiro de los ojos de Cora.

—¡Estaríamos a salvo durante décadas y décadas!

Luego brilló de nuevo la luna, tiñendo a la chica de un tono plata líquida. Cora contempló los muros estrellados de la casa que asomaban por encima de la pareja como una ciudadela.

—Hogar —trinó con unción—. ¡Un reino del retiro total! —Se volvió hacia él—. Voy a comprarla, Tony.

En algún lugar en el corazón del jardín aulló el lobo.

Tony dio un brinco.

—¡Qué coño es eso!

—El zoo está justamente allí, al fondo, detrás del parque.

—¡Santo cielo! Suena como si... ¿Qué has dicho? ¿*Comprarla*?

—Sí. —Cruzó la galería obstruida por la vegetación salvaje y miró a través de los polvorientos cristales de un ventanal—. Ése debe de ser el salón. Colgaremos cortinas en todas las ventanas delanteras. Eso hará que tenga un aspecto de casa habitada por decirlo de algún modo, durante el día.

—Sí.

—Necesitaremos un jardinero también que corte la hierba y pode todos esos arbustos.

—Sí, sí. ¿Cuándo nos mudaremos?

—Pronto.

—¿Cuánto cuesta?

—Noventa de los grandes.

—¡Apenas toda una bagatela!

—Pero necesitaremos más. ¡Los gastos domésticos para el mantenimiento de un monumento como éste deben ser fabulosos!

—¿Cuánto necesitaremos? Todo incluido.

—Seis o setecientos mil dólares. Ochocientos mil. Quizá un millón.

—De acuerdo, ¿cuál es la «pega»?

—No la hay. —Se sentó en un pretil y encendió un cigarrillo—. Ven aquí, muchacho.

Subió a la galería y se aposentó junto a ella. Se miraron mutuamente con gran intensidad, ambos latían, formando parte de la noche, igual que el viento, las nubes y los fríos árboles entre las sombras.

—Vamos a atracar el casino de Argoli —dijo ella.

## CAPITULO XIII

Regresaron a sus ataúdes hacia las siete y media. Mientras abría su apartamento, los dos anticuarios homosexuales del 9F salieron del ascensor, ambos estaban borrachos. Se dirigieron vacilantes a su nido de amor, mofándose de ella como un par de viejos sisontes. Normalmente esto le habría puesto furiosa, pero aquella mañana no les hizo caso. Seguía excitada, con la mente hecha un torbellino, sus vertiginosos pensamientos volaban a través de lo más elevado de los tejados sobre alas de murciélago. *No se puede hacer*, decidió, *¡pero lo haremos de todas formas!*

Echó el cerrojo a la puerta del dormitorio, cerró las cortinas, se desnudó, vistió el camisón, se cepilló los dientes y trepó hasta la caja mortuoria. Permaneció allí un momento, con las manos sobre los pechos, y el raso cosquilleándole sus piernas desnudas. Pero no solos, pensó. *Necesitaremos ayuda*. Y expiró en cuanto hubo bajado la tapa.

Tony, en su húmedo garaje del callejón de Downing Lane, iba falleciendo de una forma más agradable y despaciosa, tomándose tiempo para dar cuerda y poner en hora el reloj despertador, fumarse un último cigarro y leer dos capítulos de *Los colmillos del Leopardo Celeste*, de Robert J. Hogan.

Luego se obligó a sí mismo a pensar acerca del trabajo con Argoli, rechazándolo de inmediato. No..., toda la idea era sencillamente un gran disparate. Tendría de todas formas que hablar con Cora de aquello. Y aun así... ¡Vive Dios! ¡Semejante regalo caído del cielo constituiría un jodido alivio tras aquella larga sequía! ¡Una casa en la ciudad! ¡Noventa de los grandes! ¿Por qué no? ¿De qué servía ser alguien en el mundo? Después de todo, no se estaba volviendo, ja, ja, más joven. Dinero, dinero, dinero..., allí estaba, ¡todo lo que tenían que hacer era agarrarlo! ¿Podrían? ¿Serían capaces realmente de maquinarse algún plan que funcionara para un gran golpe como éste? ¿Por qué no? ¡Mierda! ¿Estaba pidiendo demasiado? Una casa propia..., un jardín..., una pista de tenis..., una piscina..., paz... ¡Se podría comprar un traje nuevo también! ¡Una docena de ellos! ¡Y una moto!..., una Suzuki GS-1000 E, con un motor BOHC de cuatro tiempos..., ¡rrruummm...! ¡O un coche! ¡Dios mío! ¡No había tenido un coche durante años! ¿Qué tal un Datsun 280 ZX? Seis cilindros..., cuatro neumáticos radiales..., aire acondicionado..., retrovisores de control remoto... ¿Podrían llevarlo a cabo?

¿Podrían? ¿Era posible que lo hicieran? ¿Podrían...?

La muerte lo golpeó como un martillo pilón.

Se encontraron en la calle Woodlawn de nuevo aquella noche después del trabajo.

Tony forzó la cerradura de la puerta de la cocina y exploraron la casa.

Era el triple del tamaño de la mansión de Cora en Boston. Había seis grandes habitaciones cuadradas de techos altos en la planta baja, incluyendo un inmenso salón con cuatro ventanales. En la planta de arriba había ocho dormitorios y tres baños.

Cora escogió su dormitorio desde el momento en que lo vio, una amplia estancia en forma de L en una esquina de la fachada, con dos filas de ventanas dominando, respectivamente, la calle y el jardín lateral. *La pintaré de azul, pensó, y pondré mi ataúd en un estrado, bajo un baldaquino.*

Tomó el interfono y llamó a Tony, quien respondió abajo, en la despensa.

—¿Eres tú, Logan, mi fiel secuaz?

—Lo soy, señora.

—¿Ha sido preparada la piscina para mi baño nocturno?

—Lo ha sido, su excelencia, la llené de sangre de vírgenes, como se me ordenó.

—Sangre otra vez. ¿Logan? ¡Puah! ¡Qué aburrido! Esta noche me siento con ánimos para algo más caprichoso. ¡Vacíala y vuélvela a llenar con Coca-Cola y nenúfares!

—Hablando de tedio, alteza, los «vigilantes» están invadiéndonos de nuevo, armados con martillos y estacas, al tiempo que hacen fastidiosas indagaciones relativas a nuestra inmortalidad.

—El procedimiento de costumbre, *mon ami*. Dales un cheque y despídelos con arrogancia.

—Como la señora desee.

—¡Mira esa chimenea! —gritó ella al visitar el salón.

—¡Magnífica!

—Ahí va mi piano. —Tony permaneció entre dos de los ventanales—. Dando al jardín, de forma que pueda sentarme a tocar cadencias, mientras contemplo pensativamente los imperecederos robles de ahí afuera.

—Pondremos un largo canapé contra todo este muro —Cora cruzó la habitación haciendo gestos frenéticos—, o varios, uno junto a otro, y mesitas para el café, y al menos tres grandes sillones de orejas aquí...

—¡Libros! —apuntó Tony—. Estanterías de obra del suelo al techo en esta parte..., y un equipo de alta fidelidad allí detrás...

Cora se mostraba en desacuerdo.

—No; pondremos la biblioteca en una de las habitaciones delanteras y el equipo de música en ese huequecito detrás de la despensa...

Tony protestó pacientemente.

—Mira, Cora, hagamos un trato. Sólo me quedaré con esta habitación para hacer lo que quiera con ella y tú puedes tener el resto del lugar...

—¿El salón? ¿Quieres convertir el salón en tu propia selva privada de vagabundo? ¡Jamás! ¡Olvídate de eso!

—Quiero un piano aquí —dijo él, enfurecido—, entre esas dos malditas ventanas.

—¡Puedes hacer lo que quieras con tu jodido piano! —le respondió en idéntico tono—. ¡Pero eso es todo! ¡No vas a poner patas arriba esta espléndida habitación con toda tu basura de soltero! ¡No te lo permitiré! ¡Todos tus desechos irán arriba, incluyendo tu mohoso ataúd!

Tony se negó en redondo a seguir así.

—¡Escúchame tú, ahora! ¡Me opongo categóricamente a ser tratado como un huésped gorrón! ¡O compartimos ambos esta guarida juntos, en igualdad de condiciones, o me voy ahora mismo!

—Conforme —concedió ella—. Pero recuerda sólo una cosa: ¡esto es una casa, no un remolque, ni un motel, ni un garaje! ¡Y el salón será de uso común! ¡Aunque eso no quiere decir que tengas derecho a usar las alfombras como cenicero, o dejar las botellas vacías apiladas por todas partes!

—¡Eh, echemos uno rápido!

Cora consideró la proposición, y no la encontró desagradable del todo.

—¡Claro!

Se desvistieron deprisa e hicieron el amor de pie, contra la repisa de la chimenea. En el lejano zoo el lobo aullaba una y otra vez.

Caminaron por la avenida Holland adelante y luego cruzaron la ventosa explanada y el recinto de la Civic Plaza y se sentaron en un banco de piedra contemplando los flancos de cristal de la Torre Titán.

—Allí arriba —indicó Cora.

—¿Dónde? ¿Qué quieres decir? ¿El apartamento de Argoli?

—No podemos hacer nada en el mismo casino, está todo rodeado de matones. Pero cada noche, cuando cierran, llevan el dinero allí arriba, al ático.

—Sí, ya me acuerdo.

—Así que allí es donde los sacudiremos.

—Espera un segundo. ¿No hay guardias allí también?

—No; en el ático no. Están todos en el vestíbulo, vigilando el ascensor.

—¿Cómo pasaremos entre ellos?

—Los burlaremos.

—Entonces no podemos usar el ascensor.

—Eso no entra en nuestros planes.

—¿Hay una escalera?

—Creo que sí. Una privada, del piso 49 al 50. Pero también estará vigilada. Y cerrada con llave. Así que tampoco podemos usarla.

—¿Cómo lo haremos, pues?

—Ése es el problema.

Sabía que estaba atrapada. Dejó que él reflexionara sobre aquello un rato. Tony encendió un cigarro y permanecieron en silencio, contemplando la cumbre brumosa

de la Torre.

—Uhh... —prorrumpió él, y luego cambio de opinión— No.

—¿Qué?

—¿Qué hay en el piso 49?

—No lo sé. Supongo que oficinas.

—Estaba pensando... que quizá pudiéramos trepar a la terraza del tejado a través de una ventana del piso 49..., pero ¡mierda!, ¿cómo? Necesitaría más cuerdas y garfios y..., ¡ugh! ¡Mira ese jodido edificio! ¡Es como una montaña!

—No creo que pudiéramos hacerlo con cuerdas. Sería demasiado laborioso.

—Entonces será mejor que lo dejemos.

—No.

—Venga, Cora, es imposible.

—No; no lo es. Hay una solución.

—La pobreza nos obsesiona y todo esto...

—Podemos volar hasta allí arriba.

—... Todas estas estupideces no son más que un síntoma típico de la desesperación. No estamos pensando con claridad y nuestro juicio..., ¿qué?, ¿volar?

—Murciélagos.

—¿Murciélagos?

—Nos convertimos en murciélagos y volamos hasta allí.

## CAPITULO XIV

—¡Tengo ganas de bailar!

No era así, en realidad, pero quería que él siguiera activo, dando tiempo al veneno para que amortiguase su repugnancia.

Fueron a San Benito, una estruendosa discoteca que parecía un manicomio, en la calle Poe, en la Pequeña Italia.

Estaba repleta de parejas que giraban bajo las luces verdes y naranjas, batían palmas y daban patadas en el suelo.

Cora vio a Peg entre la multitud, bailando con un negro juerguista, que vestía un traje de piel de leopardo.

Tony estaba completamente derrumbado, podía darse cuenta de cómo se escapaba el proyecto de sus manos, deslizándose cuesta abajo como en un tobogán de feria, cada vez más rápido, llevándolo a él hacia algún tipo de precipicio. Debía saltar ahora en marcha, antes de que fuera demasiado tarde.

—Bien —movió la mano en un gesto de indiferencia hacia aquel asunto—, decidas lo que decidas, buena suerte. No me interesa.

Ella simplemente sonreía.

—¿Me oyes?

—Allí está Peg —dijo Cora.

Se sentaron en un lugar con luces parpadeantes y pidieron *whiskies* dobles.

—Es como nosotros —dijo entre risas— un habitante de la oscuridad.

—¿Quién es?

—Peg. Duerme durante el día y revive por la noche.

—¿Quién es Peg?

—Vende cigarrillos en el casino. Estoy segura de que si la succionase nunca sabría la diferencia.

—No podemos hacerlo, Cora, lo del atraco...

—Haría una *Nosferatu* perfecta. Le encanta quedarse levantada hasta el amanecer.

—Escúchame...

—No; óyeme tú. Todas las mañanas Eddie lleva el dinero arriba en dos grandes sacos. Los ingresos promedio son de seis o setecientos billetes de mil.

Sus ojos se agrandaron.

—¡Seis o siete...! ¡Debes estar...! ¡Ja, ja! ¡Vamos!

—Y eso es sólo entre semana. Los sábados, cabe que asciendan hasta al menos ocho o novecientos mil.

—¿Alguna vez...? —La camarera les trajo sus bebidas. Él se la tragó babeando y derramó la mitad sobre su corbata—. ¿Has intentado alguna vez transformarte en un

murciélago?

—No.

—Yo tampoco.

—Se puede hacer. Harriet lo logró.

—Cora, amor, por favor...

—Y nosotros también podemos hacerlo. —Golpeó la mesa furiosamente con el puño—. ¡Leches! ¿Somos criaturas sobrenaturales, no? Se supone que podemos hacer toda clase de cosas excepcionales..., transformamos en murciélagos y lobos..., volar, flotar, desaparecer y reaparecer, disolvernó y...

—¡Pareces un anuncio de la Televisión de Transilvania! Toda esa rutina de los fenómenos ocultos... ¡Dios mío! ¡Eso requiere siglos y siglos de práctica! Los veteranos pueden hacerlo, claro, antiguas «criaturas» medievales de los Cárpatos... ¡Pero no nosotros! ¡Somos unos novatos! ¡Ni siquiera podemos pagar el alquiler!

—¡Hola, Cora!

Levantaron la vista. Peg estaba de pie junto a su mesa, jadeante, lanzando espirales de humo, mientras se fumaba un porro, con un vestido que se volvía transparente por el sudor.

Cora se la presentó a Tony y se unió a ellos para tomar algo.

—Hay una orgía salvaje allá arriba, en la calle Manx —dijo malhumorada y jadeante—. ¿Queréis venir con nosotros?

—¿De qué va esta noche? —sonreía Cora—. ¿Enanos? ¿Lamas tibetanos? ¿Zulúes de pies zompos? ¿Acróbatas chinos?

—¿De qué estás hablando? ¡Sólo gente normal y corriente!

—Parece como si hubieras visto suficiente acción durante algún tiempo —comentó Tony.

—¡Para nada, tío! ¡Apenas estoy empezando! Vive mientras puedas, ésa es mi filosofía.

—La mía también —admitió él.

—¡Entonces, vámonos!

Peg los condujo atravesando la ciudad en su MG hasta una casa de apartamentos, en Manx, y pasaron la hora siguiente retorciéndose a través de un atolladero de cuerpos desnudos sobre el suelo del cuarto de estar de alguien. Cora lo hizo con Peg, con una chica que sólo llevaba un par de cascos estereofónicos en los oídos («Son Pro/4 Triple A —explicaba la susodicha—. Los acabo de comprar esta noche y me da miedo que alguien pueda mangármelos si los dejo por ahí tirados») y con dos chicos que mientras se acoplaban mutuamente con ella, continuaban discutiendo sobre baloncesto. Por una u otra razón, ella recordó repentinamente un poema de Rossetti:

*«En torno a ella, los amantes,  
Recién encontrados,  
Entre aclamaciones de amor eterno  
Hablaban siempre uno con otro  
Pronunciando los nombres que recordaba su corazón;  
y las almas que subían hasta Dios,  
Pasaron junto a ella como delgadas llamas».*

*Estaré aquí cuando todos hayan muerto, pensó. La revelación explotó en su vientre como una carga de profundidad al llegar al clímax. ¡Nunca moriré! ¡Qué extraño! ¡Qué extraño! ¡Qué extraordinariamente extraño!*

Tony, se percató, ignoraba la carne completamente y se dedicaba sigilosamente a saquear bolsas y carteras.

Más tarde se encontraron en la cocina y se vistieron.

—Nada interesante —informó él—. Sólo tarjetas de crédito y monedas.

—Nadie trae dinero en efectivo a una orgía, Antonius.

—En realidad, estaba buscando un nuevo par de zapatos. Pero no pude encontrar ninguno de mi número.

—Salgamos de aquí.

Salieron discretamente y tomaron algo más de *whisky* en un bar, al otro lado de la calle, que abría fuera de horas.

—Tienes razón —bostezaba ella—. Sobre la mutación a murciélago. En tiempos pasados sabían hacerlo, pero no nosotros.

—Por supuesto que no.

—Un desastre.

—Sí.

—Cuando te das cuenta de eso —se quejó ella—, ¿ves que hemos sido engañados, no?

—¿Cómo es eso?

—Somos tan incompetentes y restringidos como cualquiera de esos cretinos normales. ¿De qué sirve ser una «criatura», si no podemos hacer nada?

—Podemos ver en la oscuridad.

—Vaya cosa.

—Y somos más fuertes que ellos.

—Eso sería fantástico si fuéramos levantadores de pesos.

—Ya te estás poniendo picajosa.

—No. Estoy simplemente meditando. Y bueno... —Se encogió de hombros—. ¿Sólo hay una solución, no es así? Necesitamos un veterano, ¿no?

Aquello realmente lo impresionó. La miró boquiabierto.

—¿Qué quieres decir?

—¡Señor! —suspiró—. Juré que dejaría la bebida y aquí estoy «chupando» como una loca.

—¿Para qué necesitamos un veterano?

—Para que nos enseñe cómo hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Convertirnos en murciélagos.

Levantó las manos.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí. Nunca hemos podido aprovecharnos al máximo de nuestra situación. Hemos permanecido en el estadio de los neófitos durante todo este tiempo. Estamos retrasados. Así que tenemos que encontrar a alguien que nos instruya. — Bostezó de nuevo, como un cañón—. Ya sabes, enseñarnos el intrínquis. ¡Estoy agotada! ¿Qué hora es?

—¿Quién, por ejemplo?

—Alguien como Harriet. O Sutton el Glotón.

—Ya no están en esto. —Y pensó en el pobre Dick Sutton, merodeando por Baltimore como un hada agorera, aullando a la luna—. Gracias a Dios —añadió.

—Sí, es una lástima. —Terminó su bebida—. ¿Y qué me dices de tu amigo Brand?

## CAPITULO XV

*¡Brand!*

Se dio la vuelta, incómodo, de mala gana, a punto de vomitar, deseando apartar de sí la muerte, mientras sentía el sol matutino que se filtraba a través de los agujeros de la puerta del garaje y acariciaba la tapa cerrada de su ataúd.

—¡Dónde estás, Brand!

—¡Ponte en contacto con él! —le había insistido Cora—. ¡Averigua dónde está!  
¡Ahora mismo! ¡Hoy!

¡Aquello era fácil de decir! ¡Mierda! ¡Era horripilante!

La mitad de su cuerpo ya estaba muerto, el resto de él agonizaba enfermizamente, petrificándose, sus pulmones se convertían en cemento y su corazón crujía y rechinaba en señal de protesta.

¿Estás allí, Brand? Cambio.

Se hallaba seguro de que el viejo monstruo se encontraba en algún lugar por los alrededores, nadando como una barracuda a través del profundo lodo de sus pensamientos, mirando maliciosamente, malhumorado, cauto, perezoso, negándose petulantemente a responder.

*¡Brand! ¡Hijo de perra!*

No había eco..., nada..., sólo una confusión de motos y coches... y equipos estéreos..., una Yamaha XS650 Especial..., un Ferrari 8GTS..., un Sharp SC8000..., 0,60 por 100 de fluctuación y trémulo..., 40-14.00 Hz (63 dB) de respuesta de frecuencia..., 62 dB de relación señal-ruido..., ¿y qué tal un Rolls-Royce?

*¡Brand!*

Luego vio Hyde Park en Londres, la bahía de Nápoles, Capri y las verdes llanuras de Picardía en Francia, y...

Tooo... dooo... daaa...

Ahora coches, bicicletas y embarcaciones de recreo, de nuevo... una Honda CB 750F..., 749 cc., cuatro cilindros, doble árbol de levas en culata..., una Suzuki GS-850..., una 3BX medidor de banda dinámico..., una BMW R65..., 650 cc..., SG-9500 de autocompensador gráfico..., otro Ferrari..., los Mohawks..., nieve..., el bosque..., un Bentley.

Le dio un vuelco el estómago; boqueaba en busca de aire, negándose a morir.

Dooooo...toooo...dadadade...dooo...

¿Qué coño era aquello? ¡Re mayor! ¡Un violín! ¡Beethoven! ¿Me recibes Brand? Luego vio los túneles, las ratas y las ciénagas de limo..., las paredes goteantes y ratas..., una botella de Clos Vougeot..., ratas..., más ratas..., el laberinto y el Minotauro... Suciedad, escoria y heces..., el viejo, viejísimo, severo y rancio

Minotauro vadeando por entre una acumulación de entrañas..., ratas..., ratas..., ratas...

*Qu'est-ce qu'il ya? Qui est là? Hola! ¡No tan rápido!*  
*¿Brand?*  
*¿Anthony?*  
*¿Eres tú Brand? ¿Puedes oírme?*  
*¡Deja de gritar!*  
*¡Brand!*  
*¡Te das cuenta de que son casi las nueve, patán!*  
*¿Qué quieres?*  
*¿Dónde estás?*  
*Bien, escucha. No vas a repetir esto. Simplemente por la calle Highsmith cerca de la esquina de Hamlyn..., ¡hola!*  
*¡Sí, te recibo!, ¡adelante!*  
*Hay un aparcamiento allí, tras el Garrett Building. Nada más cruzar la calle tienes un bar llamado El gordo..., hola..., ¿se ha cortado?*  
*¡Hola!*  
*¡Hola!*  
*¡Hola!*

¡14 HERIDOS MIENTRAS LOS CAZADORES DE MURCIÉLAGOS ACTÚAN COMO UNOS LOCOS!, clamaban los titulares vespertinos. ¡La policía aplasta a la chusma embravecida!

El fanático de la trenza en la nuca arrastraba su pesada cruz por la Civic Plaza, seguido de una horda de hombres, mujeres y niños que portaban hachas, bates de béisbol, rifles, faroles y linternas eléctricas.

—¡Serán perseguidos hasta el fin! —graznaba, ronco de vociferar.

—¡Perseguidos y sacrificados! ¡Haremos una carnicería! ¡Los exterminaremos! ¡Los quemaremos hasta reducirlos a cenizas! ¡Los descubriremos y los inmolaremos! ¡Sí, sí!

—¡Sí, sí! —bramaban sus discípulos.

Tony retrocedió hasta un portal desde donde los vio pasar. Proseguían la marcha Holland Avenue arriba y desaparecieron tras un paso elevado, mugiendo igual que una manada de novillos furiosos. A las tres y diez Cora apareció por la entrada de empleados del casino.

—¡Sí, sí! —le dijo él, llamándola—. ¿Has visto eso?

—¿El qué?

—¡Ese puñado de ratas soplona! ¡Es increíble! ¡Llegados justo desde la puñetera Edad Media!

—¿Qué hay de Brand?

—Creo que lo he localizado.

Le habló acerca de la esotérica sesión con el viejo monstruo mientras caminaban juntos hacia Highsmith, cinco manzanas al sur.

Era una noche ártica cubierta por estrellas congeladas. El cortante viento que soplaba por la ciudad tenía un sabor a azufre y hielo acuático. Encontraron la calle Hamlyn y el aparcamiento del Garrett Building, un patio negro y vacío encerrado por

una valla de alambre destrozado. Y allí, cruzando la calle, estaba El Gordo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Cora.

—No lo sé.

—¿Qué dijo él exactamente?

—No «dijo» nada, Cora. Era todo un absurdo galimatías en mi cabeza, antes de que yo dejara de funcionar. Esperemos y ya veremos lo que sucede.

Encendió un cigarro y caminaron de un lado a otro. Se movían rápidamente entre las sombras cuando pasó un coche patrulla. Luego un Greyhound cruzó a toda velocidad, repleto de rostros borrosos.

—Peg estaba muy presuntuosa al respecto anoche —dijo Cora riendo—. Ella cree que ha seducido. Va contando que todo el mundo en este lugar se muere por —tal y como ella lo dice— meterse dentro de mis calzones, incluyendo a Argoli el Joven, Eddie, Irving y todos los árabes, pero que ella era la única capaz de conseguir, según sus palabras otra vez, «despertarme». Lo hicimos juntas esta noche, abajo en el camerino. Estoy sedienta. El sexo siempre me da un hambre extraordinaria.

—A mí también. ¿Quieres que vayamos de caza?

—No, dediquémonos al asunto.

—Empiezo a notar frío. Es una señal indudable de que necesito una dosis.

—¡Bah! Eso es todo sugestión. La que concede acaba tripuda —citó ella—, quien ayuna durará. Adagios de Nueva Inglaterra.

Se oyó el sonido de unos pasos enérgicos sobre la acera. Se deslizaban suavemente cada vez más entre las sombras. Un hombre con un sobretodo pasó trotando con sus codos bamboleantes. Era Eddie.

—¡Es Eddie! —siseó Tony.

Ella le apretó el brazo para que se callara.

—Vive justo allí abajo —susurró—, en la Tercera. Siempre va corriendo a casa después del trabajo.

—¡Vamos a morder a ese cabrón!

Y empezó a andar tras la figura en movimiento.

—¡No seas estúpido! —le dijo ella, reteniéndolo—. Lleva un arma —manifestó con una risilla tonta—. Además sabe probablemente a ajo...

—Hablando del ajo... —husmeó el ambiente—. ¿No lo hueles?

—Es tu puro de mala muerte.

—No, no lo es. —Hizo una mueca—. ¡Alguien debe de estar cocinando viejos suspensorios!

Ella miró al suelo.

—Tony...

—¿Qué?

—En aquella sesión con Brand o lo que fuera... ¿dijiste que habías visto túneles y ratas?

—Sí. Era una guarida subterránea, como una mina o un metro. —¡Mira!

Se dio la vuelta. Justo a su lado, en la acera del aparcamiento, había una tapadera de cloaca. Se puso de rodillas junto a la misma, la agarró y la abrió.

Un olor de vieja acidez surgió en una bocanada.

—Está en las alcantarillas —gritó Cora.

## CAPITULO XVI

Se negó a acompañarla, así que ella bajó sola, encaramándose por el boquete y descendiendo a aquella fetidez por los peldaños de una escalerilla metálica fijada a la pared.

—¡Ten cuidado! —le gritó Tony desde arriba.

—Sí.

Se encontró en el fondo sin salida de un estrecho pasadizo que se inclinaba hacia abajo, hacia una oscuridad cada vez mayor. Lo siguió, con sus ojos incandescentes iluminando el camino. Se detuvo, sobresaltada. Su pulso había perdido el monótono ritmo de bolero y se apresuraba como un esquizofrénico; las palmas de las manos estaban húmedas y sentía picazón tanto en su cráneo como en la nuca.

¿Qué era aquello? A continuación le temblaron las piernas y notó náuseas en el estómago. *Diable!* Se rió a carcajadas, tomando repentinamente conciencia de una emoción que no había experimentado hacía mucho tiempo.

Estaba aterrorizada.

Siguió caminando, con una mezcla de repulsión y delicia. ¡Así que tras todos aquellos años aún era susceptible a la fragilidad de los mortales! ¡Sublime! ¡Quizá fuera humana después de todo, o mejor aún, una mujer!

En cualquier caso, aquello era mejor que la sangre o que un orgasmo. ¡Fabuloso! ¡Ah!

Saltó sobre una pila de desechos y comenzó a dar brincos. Y en un abrir y cerrar de ojos mágico era de nuevo una muchachita ¡apresurándose por una acera de Boston bajo el sol brillante!

*Cuando camines por la calles  
Ten cuidado dónde pones el pie  
No pises las grietas  
Porque todas las grietas son espaldas de duendes  
No andes sobre los agujeros  
¡Porque todos los agujeros son entrañas de brujas!*

Llegó a una intersección de varias galerías y penetró en una cualquiera al azar. Serpenteaba como una C sin fin, sin parar, hasta que finalmente la condujo a un ancho, redondo y viscoso túnel que pulsaba con vagos sonidos. Miró a derecha e izquierda, preguntándose qué camino tomar, ya que sólo se observaban concavidades húmedas. Sus ojos entonces iluminaron a dos ratas gigantes, sentadas sobre sus cuartos traseros, una junto a la otra en una tubería, observándola desvergonzadamente.

—Llévame hasta vuestro amo —les ordenó.

Para su sorpresa, ambas saltaron al suelo y marcharon con una lenta majestuosidad.

Las siguió.

Se detuvieron en un recodo del túnel y se acariciaron los bigotes. Cora se les adelantó.

El ataúd estaba ahí, vacío, reposando sobre un saliente, en una brecha de la pared. A su lado había un candelabro. Más allá, sobre una caja, había dos botellas de vino. Encima de un montón de periódicos reposaban un violín y su arco. Y arriba, en un borde más estrecho, había una fila de libros mugrientos.

Leyó los títulos. *El rey Juan*, de W. L. Warren; la *Psychopathia Sexualis*, de Krafft-Ebing; *La naturaleza del universo*, de Lucrecio; *Hitler e Mussolini: lettere e documenti*, *Tess D'ubervilles*, de Thomas Hardy; *Los viajes de Gulliver*, de Swift; *El concierto*, de Ralph Hill; *La vida y obras de Beethoven*, de Burk; *Hacia el desierto*, de Dale Van Every; *El condenado Mohawk*, de Clark; *La conspiración de Pontiac*, de Parkman, Shakespeare, Karl Marx, Freud.

¡Qué basura! ¡Señor! Dio un resoplido provocado por la repugnancia, encendió un fósforo y prendió un cigarrillo y también el candelabro.

Tomó el violín y el arco.

¡Rayos, no era Anthony!

El viejo monstruo se dejó caer pesadamente a través de los desperdicios empapados en una negra madriguera, lo bastante grande para su tamaño. Escuchaba las pisadas que repicaban audazmente a lo largo de la galería. ¡No, seguro que no lo era! ¡Tampoco se trataba de un hombre! ¡Maldición!

Envió su antena oscilante hacia el laberinto para captar los impulsos y los ecos. Arranques de terror y vibraciones de melodioso gozo le bombardeaban. ¡Alto ahí! ¡Se trataba de una *mujer*! ¡Maldita sea tres veces! ¡Una *mujer*! Estaba dando brincos..., saltando..., cantando... ¿Qué locura era ésa? ¿Quién era ella? ¿Qué estaba haciendo a esa hora allí? ¡Rayos y truenos!

Ahora se encontraba en el túnel, moviéndose violentamente ¡como si fuera la dueña del puñetero lugar! ¡Las ratas la atraparían sin remisión! ¡Se la comerían viva! ¡Vaya! ¡La perra! ¡La roerían hasta hacerla trizas! ¡La muy zorra! ¿Eb? ¿Qué, qué, qué? Aguzó el oído, intentando escuchar. ¿Qué era eso? Una larga y límpida serpiente en Mi Menor se deslizaba a través de la cloaca. ¡Estaba tocando su violín! ¡Por el rey Jorge! Salió a duras penas de la madriguera y se puso en pie. ¡Su violín! ¡Qué impudicia! ¡Fiu! Tchaikovsky, ¿no es así? ¡No, no! ¡Mendelssohn! Aquel insípido Opus 64, *Allegro molto appassionato*..., insufrible..., un romanticismo chillón..., fue interpretado por primera vez en la Gewandhaus de Leipzig, el 13 de marzo de 1844... David era el solista. Nails Gade dirigía... ¡Alto ahí! Aquella representación no estuvo mal del todo... bastante lograda de hecho. Se desplazó entre el barro involuntariamente seducido, ¡sí, excelente! ¡Un bonito control! ¡Aquella sostenido de Sol abierto era de primera clase!, ¡realmente distinguido! ¡Bien, jódete y baila!

¡Aquella marrana era un músico!

Tendría que echarle un vistazo. *À nous deux* mi orgullosa belleza.

Cora sintió vértigo.

Unos sonidos gorgoteantes rebotaron en las paredes a su alrededor, como si un leviatán estuviera lanzando un escupitajo en algún lugar del laberinto. Dejó el arco y el violín en el borde del ataúd y bajó caminando por el túnel, dispuesta a todo.

Se detuvo en la parte superior de un conducto que descendía en pendiente hasta una charca de aguas cenagosas. Grandes burbujas se formaban en la superficie, para después estallar como globos.

Él estaba allí abajo. Lo sabía..., allí abajo con la porquería..., podía percibir su presencia en cada uno de sus poros... ¡Yupi! ¡Allí estaba!

Su cabeza surgió de entre las aguas, era una pesada esfera cubierta de pelo y cieno, semejando un búfalo, únicamente sus enormes ojos zorrunos amarillos eran visibles.

¡Jesús! ¡No estaba preparada para aquello! ¡Era una bestia! ¡Un Calibán! ¡Dios todopoderoso! ¡Un enorme bruto!

Retrocedió alejándose del canal a medida que los hombros y torso del monstruo surgían en la superficie... imponentes, corpulentos, inmundos, aterradoros...

El monstruo fue vadeando hacia ella, mientras farfullaba, extendiendo un brazo para atraparla. Su otra mano sujetaba una pesada porra entre sus piernas, una rama de leña retorcida y nudosa...

Ella se quedó boquiabierta. ¡Oh no, señor! ¡Era su gargantuesca polla! Intentó escapar. No pudo. Estaba helada y con carne de gallina.

El monstruo se dirigió, moviéndose pesadamente hacia ella, con el órgano elefantíaco apuntándola como un torpe obelisco rezumante.

La muchacha sonrió estúpidamente.

—Llevas la bragueta abierta —le indicó.

Tony encendió su quinto puro y vio cómo el cielo se tornaba violeta. Eran casi las seis, ¿qué coño estaba haciendo aquella mujer? Llevaba abajo tres horas.

El tráfico de la calle Highsmith se estabilizaba. De la acera de enfrente vino una luz a la ventana delantera de El Gordo.

Caminó hasta la esquina de la calle Hamlyn y luego regresó rápidamente, temeroso de vagar demasiado lejos. Le concedería diez minutos y se iba a largar. ¿Dónde demonios estaba?

Pasaron dos arpías y por un momento jugueteó con la idea de golpear sus cabezas entre sí y morder luego a ambas. Pero eran demasiado escamosas y secas, probablemente se trataba de mujeres de la limpieza, ¡agh! Sería mejor que las dejase.

No era Sutton el Glotón, siempre dispuesto al ataque de lo que fuese. «Si ellos sangran —solía decir el viejo Dick babeando— ¡yo me alimento!». ¡Y así lo hizo en realidad el podrido monstruo! Una vez atacó a...

La tapa de la alcantarilla oscilaba.

Tony fue corriendo hacia allí, se agachó y tiró violentamente de la misma. Cora trepó hasta la acera.

—El sol está saliendo —le advertía él.

La chica echó una ojeada a su reloj.

—Queda mucho tiempo aún. ¿No me ves demasiado asquerosa?

Parecía algo mugrienta y desarreglada, pero por lo demás estaba tan *chic* como siempre. Nadie sospecharía que había pasado la noche en una cloaca.

—No, estás perfectamente. ¿Lo encontraste?

—Claro.

—¿Qué dijo?

—Que está con nosotros.

—¿Llegaste a hablar con él?

—Sí, mantuvimos una larga charla. Bebimos una botella de Clos Vougeot.

—¿Qué piensas sobre él?

—Que está tan entusiasmado como King-Kong. Me encargó que te diera esto.

Le pasó un pedazo de papel. Tony lo tomó y lo leyó. Había una nota garabateada con la escritura desgarrada de Brand.

*«¡Oye, querido muchacho!  
¿Por qué no acudiste a nuestra cita,  
pedazo de bestia? Espero que no guardes rencor.  
Te veré esta noche al aire libre.*

B»

—¿Qué quiere decir con eso de que me verá esta noche? —Tenemos que encontrarnos con él en casa a las tres treinta. ¡Hasta luego! Voy a coger un taxi.

—Yo también. Pásame algo de «pasta».

Ella le dio diez dólares y tomaron los taxis de regreso a sus criptas.

## CAPITULO XVII

—Nací en 1148 —le dijo Brand a Cora, la noche que ella visitó su cloaca mortuoria — en Lent-on-Trent, Nottinghamshire, Inglaterra, durante el reinado de uno de los tiranos británicos menos conocidos, Stephen de Blois. Era el sobrino sifilítico de Enrique I y el hijo de la princesa Adela, la hija más joven demente de Guillermo el Conquistador. Lució la diadema durante sólo dieciocho años (1135-1154) y murió echando espuma por la boca y sin ser llorado ni recordado.

»Mi padre estaba empleado como torturador en la cámara de los suplicios del castillo de Long Eaton y era conocido como Oswald el Marcador. Siendo yo su único hijo, heredé ese apodo.

»Por cierto, ¿sabía que los moteles prácticamente no existían en aquellos tiempos? Todo el mundo era designado simplemente por el epíteto de su oficio: Bill-el-Tejedor, Hal-el-panadero, Nedel-Molinerero, Bruce-el-Cervecerero (esto es, el fabricante de cerveza), Tom-el-Carpintero, Duncan-el-Agrimensor (o sea, un topógrafo, un “ell”<sup>[5]</sup> es una medida equivalente a aproximadamente un metro), Cedric-el-Sastre (esto es un sastre así llamado, no porque confeccionara ropa, como a menudo se sobreentiende erróneamente, sino porque era el que tocaba la campana de la iglesia o “tañedor”<sup>[6]</sup>, el responsable de tocar a muerto en los funerales). La familia de mi madre, por ejemplo, se llamaba Carbonero, porque todos eran carboneros de oficio y el apelativo de la familia de mi padre era Marcador, porque él y sus antepasados marcaban a los criminales con hierros ardiendo.

»Bien, por supuesto, yo seguí el oficio de papá, y a los quince años o así, subí al castillo para convertirme en un humilde torturador a cargo de los castigos menores, tales como marcar a los ladronzuelos, azotar a los cazadores furtivos y atormentar a los pobres cazadores acusados de matar los cérvidos reales.

»Stephen murió por entonces y un Plantagenet, Enrique II (1154-1189) ocupó el trono. Era hijo del epiléptico conde de Anjou y Maud la loca, hija de Enrique I. Durante su reinado la criminalidad aumentó enormemente y pronto fui el tercer auxiliar de las empulgueras, luego segundo asistente de verdugo, y finalmente, primer ayudante de decapitador. En una ocasión estuve encargado de cercenar las nobles testas de los lores que asesinaron a Thomas Becket, quien dicho sea de paso, era homosexual; él y Harry Plantagenet estaban locamente enamorados el uno del otro.

»Pero Harry era un gran monarca, aunque un poquitín histérico, y durante su reinado, una buena parte de la estupidez feudal desapareció, cosas como el juicio de Dios y similares. Y se les permitió al fin a los plebeyos tener nombres auténticos. Yo me convertí en Oswald Brand, y no sólo eso, sino que cuando mi padre murió se me

designó para ser el ejecutor jefe. El Sr. Don Oswald Brand, ¡si es tan amable!

»Bien, Enrique II pasó también y fue sucedido por su hijo, Ricardo I (1189-1199), llamado *Coeur-de-Lion* (o sea, «Corazón de León»), un matón y un frenético sodomita. Se largó a Tierra Santa por una cruzada y fue reemplazado por su hermano medio bobo, el príncipe Juan (1199-1216), un canalla y un déspota, tan depravado que el Papa hubo de excomulgarlo.

»Fue durante aquellos reinados cuando alcancé el ocaso de mi existencia, llegando a la madura y anciana edad de cincuenta años. Me preparaba a retirarme con una exigua pensión para pasar los pocos últimos años de mi miserable vida pescando en el Trent o haciendo cualquier otra cosa, ¡cuando ocurrió un acontecimiento que lo cambió TODO!

—Deja que te cuente sobre la viuda de Enrique II, la madre de *Coeur-de-Lion* y del abominable Juan. Se llamaba Eleanor de Aquitania y era la mujer más bella de Inglaterra, o de Francia también, dicho sea de paso; una alta, ágil, atractiva mujerzuela de la realeza con unos ojos como diamantes y labios que volvían a los hombres locos. Pasó varios veranos en el castillo de Long Eaton y una mañana cuando emergía yo de mi mazmorra, tras una noche de haber estado quebrando huesos y arrancando uñas, me la encontré en las almenas de las murallas del oeste. «¡Vaya! —me dijo—. ¿Eres el verdugo?, ¿no es así? ¡Qué guapo!». Y después, en inglés, con su glorioso acento de la Bahía de Vizcaya, dijo: «Enséñame el látigo con el que azotas a tus víctimas». Tras de lo cual retiró mi ensangrentado mandilón de cuero, y, riendo impudicamente, tomó mi lamprea en su mano.

»¡Ooooh! ¡Rayos y truenos! ¡Qué experiencia! ¡No podía creerlo! ¡Allí estaba yo, el humilde Sr. Don Oswald Brand, siendo magreado por una reina! ¡Resultaba divino! ¡De holocausto!

»Si cuento esto, no es para excitarse, sino porque guardaba relación con mi inmediata caída, ya que aquel mismo día ella hizo que me arrestasen por su causa, por una falsa acusación de obscenidad. ¡Es cierto, lo juro! ¡Arrestado! ¡Culpable de haber cometido un acto altamente raro decía el mandato de detención, siendo el cual de lo más repulsivo y contrario a la naturaleza! ¡Qué te parece! Culpable de haber cometido un acto contra natura; ¡extraño donde los haya y enfermizo! ¡Maldición! Fui relevado de mis funciones, privado de mis funciones, privado de mi pensión ¡y sentenciado a una semana de humillación pública!

»¡Esa infame perra! ¡Ja! Cómo debió de reírse aquella noche, ¡acostada y coqueteando con uno de sus cerdiles hijos! ¡Oh, sí! Mantenía relaciones incestuosas con toda su progenie de sabandijas: ¡Richard, John, Geoffrey y Henry Junior!

»Así que el *sheriff* me hizo caminar encadenado hasta la ciudad de Nottingham, donde mi cabeza y manos fueron encerradas en los agujeros de una picota en la plaza del mercado. Y allí permanecí expuesto a la mofa de los campesinos, durante tres

noches y cuatro días.

»Ahora bien, Nottingham, como probablemente desconozcas, se encuentra en la margen sudeste del bosque Sherwood. Durante muchos años esta vasta y salvaje foresta había sido *térria incognita*, el dominio privado de un barón proscrito conocido como Robin Goodfellow, o *Robin-des-Bois*, o, más recientemente, Robin Hood, así llamado por la capucha que se supone había llevado sobre la cabeza para ocultar lo horrible de sus rasgos faciales. Vivía en pleno corazón del bosque, en medio de una ciénaga y, a causa de esto, él y sus seguidores, una chusma de bribones y ladrones, se auto denominaron “Los Hombres del Lodo”. Eruditos modernos del folklore han deformado esto en los “Hombres Alegres”. Dios sabrá por qué, ¡ya que no había absolutamente nada de “alegre” en aquellos picaros! ¡Eran despiadados asesinos, demonios bajo forma humana, capaces de las barbaridades más sucias y perversas!

»No es necesario decir que ningún viajero osaba aventurarse cerca de Sherwood por temor a caer en sus garras, así es que periódicamente hacían incursiones fuera de su boscoso escondite para irrumpir en las aldeas vecinas, donde saqueaban, violaban y ponían patas arriba toda la campiña igual que si se tratara de animales salvajes.

»Bueno, como digo, allí estaba yo, Oswald Brand, ex hidalgo, de pie y sujeto a la picota en el cuarto día de cautividad, cuando de repente, hacia el anochecer, repicaron las campanas con estrépito, sonaron las trompetas, ladraron los perros y toda la población de Nottingham emprendió la huida aterrorizada y dando alaridos. “¡Que vienen! *Crédieu!* ¡Que vienen!”. En cuestión de segundos la plaza del mercado quedó desierta de ciudadanía y yo me quedé solo.

»Siguió una calma, tan ominosa como la quietud del cementerio. A continuación oí un descontrol de ladridos y rebuznos.

»Luego los vi..., una muchedumbre de Hombres del Lodo, corriendo a pasos largos como los ciervos a través de los prados adyacentes, acercándose cada vez más a la ciudad.

»Vinieron a la carrera hasta la plaza del mercado y cuando me vieron se detuvieron tentados por la curiosidad. Su jefe, un tipo grande vestido de verde hoja, que llevaba un arco y un carcaj de flechas, avanzó y se quedó frente a mí. Su capucha estaba echada hacia atrás, y el rostro se hallaba descubierto. ¡Ah!, una mirada a aquel semblante astuto, y supe quién era.

»“¡Robin! ¡Conque sí!”, dijo inesperadamente mientras su lengua de áspid chasqueaba por fuera de la barba. “¡He aquí mi cena!”. Saltó a mi cabeza que sobresalía del hueco de la picota, se inclinó hacia adelante y... y... ¡me mordió en la garganta!

—Así es como fenecí.

## CAPITULO XVIII

—Cuando hube revivido —proseguía contando—, me encontré en plena foresta, yaciendo en el suelo, envuelto en una sábana que se enroscaba, y) depositado sobre un islote en la ciénaga, rodeado por los Hombres del Lodo. Éstos le abrieron las venas a una vaca para alimentarme, y con su rica sangre cené por vez primera, satisfaciéndome hasta el hartazgo de ella.

»Mediante todo aquello pasé a convertirme en miembro iniciado del aquelarre, “criaturita” entre las “criaturas”.

»Así es como subsistíamos entre incursiones; consumiendo la sangre del ganado, los cérvidos, y los caballos. Más tarde, por supuesto, hice una prueba en lo de zamparme la sangre de los seres humanos, y la verdad es que acabé convirtiéndome ahí en todo un *gourmet*. De hecho, solía cenar con mayor regularidad que cualquiera de mis compañeros, debido a que, al ser más inteligente que todos aquellos pobres rústicos, pronto desarrollé una técnica de cacería que demostró resultar infalible.

»Disfrazado de monje, acostumbrada a vagar por los senderos y caminos que bordeaban nuestro bosque, y abordaba a los viajeros, calmando sus temores al pedir limosna, puesto que, ¿acaso iba nadie a sospechar, en un santo fraile, de intentos demoníacos? Eso sí, una vez habían perdido todo recelo, me lanzaba sobre ellos, y “¡zas!”.

»En poquísimo tiempo me había vuelto un ser tan legendario como el propio Robin Hood; era yo conocido en todo Nottinghamshire como “Fray Remetido”, siendo tal apodo algo originado en mi costumbre de “encajar una servilleta”, muy elegantemente, alrededor de mi cuello y antes de morder a mis víctimas, con objeto de protegerme los santos hábitos del derrame de flujo sanguíneo.

»¡Oh, Cora! ¡Qué espléndido resultaba ser una “criatura” en aquellos tiempos! Esa fue nuestra Edad de Oro, y el Bosque de Sherwood en verdad resultaba un paraíso para los Que No Mueren.

»Solíamos dormir durante toda la jornada y, una vez caída la noche, nos levantábamos de un salto, gozosamente, e íbamos a retozar por cañadas y claros del bosque, cual maliciosos espíritus fantasmas, de jarana hasta hartarnos de toda juerga. Había meriendas campestres, y combates de habilidad en lucha sin armas, y concursos de tiro con arco, y ráfagas de borrachera colectiva, y bailes en torno al “mayo” florido y demás postes, y natación a la luz de la luna en charcas y lagunas, y...

»Si bien se piensa, el mote de “Hombres Alegres” no estaba muy alejado de la realidad en fin de cuentas... Claro que era aquélla una época propia de gentes gozosas, alegres, y nosotros unos seres felices, no personajes del lodo, sino del Edén.

»¿Por cuánto tiempo pudimos triscar en ese hiato pastoral? Bueno, pues a todo lo largo de los años que duró la dinastía Plantagenet, y luego, cuando el pobre y desequilibrado Ricardo II (1377-1399) fue estrangulado, a través de los reinados de los sarnosos Lancaster, y más tarde de los York, tan homicidas y maniaco-depresivos, para continuar durante los de los decadentes Tudor y los Estuardos de cabeza hueca.

»Claro que las cosas empezaron a ponerse arriesgadas hacia 1559, cuando la frívola Reina Bess (1558-1603) estaba, recomida por la represión sexual, sentada en el trono. La perra aquella, tres veces maldita, invadida por la vaginitis, envió varias expediciones de castigo contra nosotros; una de éstas, mandada por el chiflado del Conde de Leicester, otra bajo el gonorreico Sir Walter Raleigh. En esa postrera campaña fue muerto Robin Hood, por una flecha que le traspasó el corazón. Su trágico fallecimiento, dicho sea de paso, constituyó el origen de aquella celeberrima cancioncilla infantil, que decía así:

*“¿Quién mató al gallito de Robin?  
Yo dije, el gorrión  
con mi arco y mi flecha”.*

»Por supuesto que el “Gorrión” era el propio Sir Walter Raleigh, indudable referencia, en el mote, al hecho de mostrar un perfil de barbilla escasa, una faz pajaril en suma.

»Luego Maid Marion y Will Scarlet fueron capturados por un pelotón de celosos dominicanos, y les clavaron otras tantas estacas. Más tarde, en el año de gracia de 1559, el caraculo del Conde de Essex, atacó el Bosque de Sherwood con tres mil hombres de la guardia real y perdimos alrededor de dos tercios de nuestra partida.

»En consecuencia, para la época en que aquel beodo y marica de Jaime I (1603-1625) fue coronado, estábamos, por decirlo con suavidad, en muy seria situación ya.

»Después empezamos a oír maravillosos rumores sobre una tierra recientemente colonizada, más allá del océano occidental, que se denominaba Roca de Plymouth. Se suponía era cien veces del tamaño de toda Inglaterra, estando además cubierta de forestas vírgenes, en las cuales los árboles crecían a mayor altura que las propias nubes, y el arroyo más chico superaba a seis ríos Trent juntos. Era una posesión británica, y los colonos de nuestro país vivían allá bajo leyes inglesas; pero no existían ejércitos, leyes, alguaciles, lores, arzobispos, ni monjes, que los acosaran para nada. El sitio resultaba de tal infinitud que cualquier incursión o exceso de las autoridades, sencillamente, se lo tragaba la clase de distancias de amplitud inimaginable.

»En resumen, se trataba allí de un nuevo Sherwood multiplicado por cuatro.

»Así es que decidimos trasladarnos a esos lugares.

»Dirigidos por Al Dale, y yo mismo, noventa “criaturas”, sesenta varones y treinta hembras, nos deslizamos fuera de la foresta la noche de Navidad de 1623, y nos dirigimos a Cheshire. Íbamos disfrazados cual caravanas de zíngaros,

ocultándonos durante el día en nuestros carromatos y viajando de noche, siempre con cuidado de racionar nuestros mordiscos, de manera que no incurriésemos en ningún exceso de vigilancia de las comunidades humanas a través de las cuales íbamos circulando.

»Sólo tuvimos un tropiezo. Cerca de Congleton, una compañía de los arqueros reales nos detuvo, ordenándonos que nos identificáramos. Hubo que aplicarles a todos ellos el tratamiento, y, tras habérselos chupado, los matamos, enterrando sus fragmentos en un terreno de pastos. Y ya saciados, reemprendimos la marcha.

»Llegamos con toda seguridad a la Bahía de Liverpool, donde robamos tres veleros dedicados a la pesca, los más grandes de que pudimos echar allí mano, uno concretamente en Flint y dos en Prestatyn. Los cargamos con cosas y vacas —para nuestro mantenimiento estas últimas— y zarpamos con la marea nocturna la víspera de Santa Inés, enero de 1624. ¡Diablos y condenación, qué viajecito aquél!

»Una semana después de haber dejado atrás la costa de Irlanda desapareció la nave de Al Dale. ¡Como si se hubiese desvanecido! Esta noche navegaba ahí, al día siguiente ya no estaba por parte alguna; no dejó como rastro más que la carcasa de una vaca muerta flotando en nuestra estela.

»Luego, una docena de “criaturas”, de las dos embarcaciones restantes, se volvió rematada, absolutamente loca, saltó por la borda y fue devorada por serpientes marinas. Lo que los acabó trastornando fue lo inmenso, la vastedad del mar; la horrible falta de limitación oceánica, del agua y el cielo. Ninguno de nosotros había visto hasta entonces tal extensión abierta, sin circunscribir por nada, sin delimitar por nada. ¡Voto a Dios! La experiencia resultaba alucinante y hórrida. Nos acurrucábamos en cubierta, tapándonos los ojos con nuestras capas, temerosos siquiera de contemplar el horizonte y las estrellas, seguros de que acabaríamos, inevitablemente, aplastados y atomizados por su misma vastedad implacable y pura. Algunos de nosotros seguíamos dentro de nuestros sudarios y ataúdes durante semanas, incapaces de toda resurrección. Otros, convirtiéndose en murciélagos, trataron de regresar volando a Inglaterra. ¡Dios sabe lo que habrá sido de ellos! Quedarían, simplemente, borrados por el viento, supongo...

»Por fortuna algunos de nosotros resultamos lo suficientemente adaptables como para mantener el timón en su rumbo, manejar el velamen, y, en general, seguir más o menos la ruta, pues de otro modo habríamos acabado “en la lista de desaparecidos en naufragio”, que es exactamente lo acontecido a nuestra segunda nave; ésta giró de costado, acabó quilla arriba, y se hundió como una piedra. Todos los marineros se perdieron ahí.

»Después, murieron las vacas. ¡Una catástrofe! ¡No teníamos nada en lo que confiar, como reservas, excepto la perspectiva de ir muriendo lentamente de sed y anemia!

»Ahora bien, acabamos ahorrándonos tan triste suerte porque en algún día de marzo, que no recuerdo bien, una galerna se abatió sobre nosotros, y deshizo nuestro

barco hasta reducirlo a pedacitos. Por la banda de babor dimos en algunos esquifes de salvamento, frágiles como ellos solos, uno de los cuales se hundió de inmediato bajo el oleaje, verticalmente, llevándose consigo ocho “criaturas” hechas puro grito de espanto. Yo me puse al mando del otro bote de salvamento, y sus siete supervivientes. “¡Remad, mis robustos marineros! —gritaba, en un chirriante dar órdenes—. ¡Al remo, al remo!”. Sólo que no podían hacerlo, pues carecíamos hasta de remos o similares. Una ola grande nos llevó encima de ella —¡arriba, arriba, arriba!— y a continuación dimos la vuelta de campana, entrando en un vórtice de torbellinos perpendiculares. Lo último que yo recuerdo era el bote de salvamento haciéndose trizas, y yéndose al fondo, como una ramita que se quiebra, y mis siete compañeros derramándose fuera de la embarcación, para ir a dar en el piélago infinito...

## CAPITULO XIX

—No sé qué ocurrió a continuación. Debí de nadar, o flotar, o quizá me arrastré con dificultades, eso sí, al menos durante la mitad de la noche, y zarandeado sin parar por obra de la furibunda tormenta; después, las aguas se calmaron y apareció la luna.

»Y yo estaba hundido hasta el pecho en la suave resaca de una playa. Averigüé más tarde que me encontraba en la bahía de Massachusetts, en una cueva dando frente a la actual ciudad de Swampscott. ¡Qué te parece la cosa, como tema de navegación! Había ido dando tumbos a través de toda la jodida amplitud del océano, desde Liverpool al Nuevo Mundo, sin mapas ni brújulas, guiándome tan sólo por las estrellas, y ahí estaba, a tiro de piedra de Plymouth Rock, nuestro destino originario. ¿Era, o no era, aquello una hazaña marinera digna de un Magallanes? ¿Eh?

»Sólo que, ¡ay!, había dado fin a mi viaje en solitario; era el único superviviente.

»Después pude ver, allá en los bosques que rodeaban la orilla, algo que casi me hace desmayarme de gozo. ¡Una manada de venados pastando!

»Me acerqué a ellos cautelosamente, agarré a uno, una gama muy bonita, y le acaricié las orejas como un amante; la mordí sin violencia y bebí hasta saciarme.

»Al alba me alojé en un pino muerto, y a la noche siguiente emprendí un recorrido de mis dominios.

»Ahora bien, puede que cuanto voy a decirte ahora no llegues a creerlo, y puede que exagere yo románticamente..., pero sabía desde el primer instante que puse el pie en aquella playa que estaba en un mundo libre. ¡Podía sentirlo así! ¡Honradamente te lo digo! ¡De hecho era capaz de saborearlo con mi lengua, y de olerlo con las ventanas de mi nariz! ¡Libertad! Las copas de los árboles, las dunas, los arroyos, las colinas, los espesos matorrales y la odorífera tierra, todos me gritaban: ¡Libertad! ¡Ven hacia acá, Oswald Brand! ¡Eres libre!

»¡Lo juro!

»Entonces, ¡oh maravilla de las maravillas!, mi lindísima gama reapareció, siguiéndome como una tierna enamorada. Volví a beber de ella, y, dado que me encontraba en semejante estado de euforia, trepé a su maravillosa grupa y la forcé con potencia, ¡saludando de esa manera a aquella magnífica tierra!

»Durante meses, a partir de entonces, vagamos por las espesuras ambos en compañía, el novio con su prometida, en luna de miel, contemplando toda clase de paisajes y panoramas.

»Llegó un momento en que ella me abandonó para fugarse con uno de su misma especie, pero para entonces ya había descubierto yo mi primera tribu de pieles rojas. Eran una rama del pueblo que obedecía al monarca Massasoit, a partir de cuyo nombre se bautizaría más tarde el estado de Massachusetts. Aquella gente me acogió

con elegancia, sin darle importancia al caso, y viví entre ellos durante muchos, muchísimos años, ostentando el nombre tribal de “*Shauchíin-nasha-contoocook*”, que significa “Aquel-que-no-está-durante-el-día”, o cosa parecida. No, no tuve la menor dificultad para explicarles mi... condición a ellos. No les importaba. Para ellos yo no constituía mayor rareza que, digamos, el oso en hibernación, o el búho nocturno. Era, sencillamente, apenas otro ejemplo, del modo que tiene la Madre Naturaleza de hacer las cosas. ¡Ja! ¡Compara esta actitud con el fariseísmo, recomido de fanatismo religioso y superstición, de los palurdos del Nottinghamshire! De veras que había ido a dar en otro mundo...

»Y por si todo eso no constituyera ya suficientes bendiciones, el destino aún habría de bendecirme con algo más: ¡un violín!

—En los años 1670-1680 la colonia abundaba en pobladores. Mis hermanos los indios se trasladaron más hacia el oeste. Yo estaba ansioso por no apartarme de la civilización demasiado drásticamente, así que me quedé en la zona próxima a la costa.

»Hasta entonces no había tenido el menor contacto con los blancos; antes al contrario, los estuve evitando. Ahora, en cambio, buscaba su trato. Me establecí en una ruda cabaña de los bosques próximos a Salem, y, aunque manteniendo mi identidad bajo nombre indio, pretendía ser un hechicero, un curandero. Andando el tiempo había organizado un pequeño, pero próspero, negocio como hombre-medicina, a base de venderles hierbas a las criadas locales y demás ralea; les ofrecía pociones amorosas, curas para las diarreas, píldoras abortivas y multitud de otras cosas. Además, en vez de exigirles que me pagasen en metálico siempre insistía en el trueque: ropa y calzado que ya no les era de utilidad a ellos, pólvora, trabucos naranjeros y armas así, quesos, galletas, ese tipo de cosas, pero, especialmente, ilícitos y espirituosos libros.

»¡Oh, aquellos peregrinos! ¡Qué gente tan tristorra resultaban! Habíanse fugado de Europa, decían, a fin de asegurar su libertad de culto, pero una vez allí establecieron un totalitarismo religioso mucho, muchísimo más extremado que el de Nerón, o Ricardo III, o María la Sangrienta y sus autocracias. *Todo* estaba prohibido y era punible con azotes múltiples: comercio carnal, beso, canto, danza, risa, bebida, lectura. Ahora bien, la mayoría de las chavalas que tenían trato conmigo andaban achispadas, y todos poseían allí vino y *brandy* ilegales, y literatura oculta en sus granjas. Así que nunca me faltó algún tomo que leer, y una botella para roncar a gusto.

»¿Qué? ¡Por supuesto que sabía leer! ¡Condenación! ¿Acaso crees que era un analfabeto? Durante mi permanencia en el bosque de Sherwood estudié letras: latín, aritmética, astronomía, metafísica, heráldica, botánica, ¡y montones de otras ciencias! ¿Es que no te lo había contado aún? ¡Bueno, pues así fue! ¡Poseía una vasta cultura!

De hecho mi entera existencia constituía una incesante búsqueda del conocimiento. Y todavía es así, en realidad y si te interesa saberlo..., aunque no ofrezca la apariencia de que las cosas sean tal y como te las cuento...

»¡Espera, y no me interrumpas!

»Cierta noche estaba matando el tiempo en mi cabaña con un *bock* de cerveza y el *Satyricon*, de Petronio, cuando escuché el sonido más exquisito del entero universo... ¡MÚSICA!

»Era un arco, rascando las cuerdas de un violín tosco, barato, e interpretando alguna tonada estridentemente alegre..., la cosa resultaba ¡deslumbrante!, ¡embujadora!, *foudroyante!*

»Estuve oyendo aquello, totalmente cautivado.

»Luego, en un momento de silencio, una voz en mi dirección: “¿Cómo puedes leer en la oscuridad?”. Di un salto, poniéndome de pie muy alterado. Ante mí tenía a un individuo patilargo, con pinta de cigüeña, vestido con atuendo negro como la tinta y sujetando un violín bajo el brazo. ¡Rayos y truenos! ¡Era el pastor de la comunidad! Sí, en verdad que lo era: el Reverendo George Burroughs, el psicópata esposo de tu amiga Harriet.

»“¡Uh, mí no leer!”, respondí imitando el idiota inglés de los indios. “Mí pensar bajo la luz de luna”.

»Bueno, el tipo se mostró inmediatamente suspicaz, como les acontece a todos los clérigos al hallarse frente a frente con los de nuestra misma especie. ¡Estaba metido yo en dificultades, no había duda acerca de ello! Y tenía que devolverle el golpe aprisa, antes de que tuviese él tiempo de llamar a la vigilancia nocturna: Tocas una mala música, en tu cajita con el palo, farfullé. Te ahogarán en el estanque, si los ancianos lo saben.

»¡La cosa era más que cierta, por Dios que lo era! Rascar el violín, como todo lo demás, estaba prohibido en Salem. Esa era la razón de que aquel fulano se hubiese internado en el bosque, pasada la medianoche, para practicar, de manera que nadie lograra escucharlo ni por casualidad. Así que, tras haberle proporcionado una pausa para reflexionar, se tomó en alguien más amistoso. Empezamos a charlar de esto y aquello. Le ofrecí un sorbito de mi *brandy* y lo aceptó por su parte sin demasiada hipocresía. Tomó a tocar alguna otra giga para mí. ¡Ah, y cómo rascaba el instrumento! ¡Nunca oyera yo nada semejante! Déjame decirte esto: el pobre bastardo de marras, si llega a nacer en Alemania, o en Italia, ¡habría llegado a convertirse en otro Bach! ¡Te lo juro! ¡Era todo un genio musical!

»Cuando le pedí que me enseñará cómo tocar aquel divino instrumento quedó encantado. Mis lecciones empezaron allí, en ese preciso momento.

»Volvió, pues, a la noche siguiente, y a la otra, y la otra; cada noche, en realidad, durante el verano completo. Era un bien dotado profesor, y yo un alumno ansioso, de forma que, andando el tiempo, resulté capaz de rascar yo una tonada movida, casi tan suelto como él. Luego empezó a traer consigo montones de partituras: cancioncillas

francesas o italianas, allí prohibidas, y algunas baladas debidas a Enrique VIII. Me enseñó a leer aquellas músicas y..., bueno, ése fue el inicio de una pasión que ha seguido en mí, a través de los tiempos, basta este mismísimo día, es decir, noche.

»Y luego, un atardecer, el bobo cabeza hueca vino a verme demasiado temprano, y, al penetrar en mi cabaña, me encontró aún en la caja, más muerto que el clavo de una puerta...

»Así que al volver a la vida, allí lo tenía, de pie sobre mí como un arcángel babeante, y me dijo, muriéndose de gusto: “¡Luego entonces era verdad!... ¡Eres capaz de ver en la oscuridad!”.

»Naturalmente —le repliqué en el acto, con mi voz habitual, dejando ya de intentar hacerme pasar por indio—, o, más bien, debería decir quizá “no tan naturalmente...”.

»Bueno, tirando a abreviar en mi relato, te diré que en vez de clavarme una estaca en el corazón, me llevó a su casa, me presentó a Harriet y me ocultó en su sótano.

»Durante los años siguientes me constituí en su huésped de honor, tan confortable y contento en su domicilio como no te puedes ni imaginar.

»George no quedaba negativamente afectado por mi presencia; ni hablar. Muy al contrario. Se encontraba fascinado por mi anormalidad, hechizado hasta el punto de la idiocia. Incluso quería que lo mordiese, tan sólo para ver a qué se parecía eso. ¡Sí, lo creas o no! El pobre tonto enloquecía con eso.

»Por tanto, y en intercambio por la continuación de las lecciones de música, tuve que hacer como si le enseñaba los secretos de la magia negra, la hechicería y todo eso. Y, de paso, le estaba sacudiendo como tú sabes a la querida Harriet, quien resultaba de lo más placentera. ¿Qué? ¿Que nunca te lo había mencionado? No me sorprende. ¡La astuta zorra! Se tomó sumamente a pecho el ocultar el hecho de que era tan cachonda como las gallinas. ¡Fue mi servil esclava amorosa durante toda la década de esos ochenta!...

»Finalmente, los zelotas entre los Peregrinos atraparon al tal George. Fue ahorcado, como ya sabes. Yo escapé. Antes de huir me vi obligado a aplicarle los colmillos a Harriet, porque se empeñaba en venirse conmigo, y ése era el único modo de impedir que me montase el numerito, que se dejara de escenas. En vez de llevármela a ella, tomé el violín conmigo.

»Escapé rumbo oeste, hacia la región del lago Ontario, y me tropecé con los Iroqueses. Luego, en mil setecientos setenta y tantos conocí a Anthony, y... Bueno, supongo que ya estarás familiarizado con el resto de mi historia. ¿Sabías que fui yo quien le enseñó a tocar el clavecín? Pues sí, lo hice mientras ambos permanecíamos escondidos durante la contienda; o sea, la Guerra Revolucionaria.

»¿Y por acá? ¡Oh, he ido a la deriva, errante, desde hace seis o siete años! Un “poli” me atrapó cuando entraba por la noche en una tienda de licores, y me persiguió hasta el estacionamiento este. Encontré la tapa de ese acceso a las alcantarillas por casualidad, y me bajé hasta las cloacas para escapar del indino. Y por aquí he vagado

desde entonces, emergiendo a la superficie únicamente cuando resulta absolutamente necesario.

—Claro que no paro de hablar de mí mismo; ¡qué tipo tan aburrido resulto!... ¿Algo más de vino? ¿Puedo tomar otro de tus cigarrillos?

»Y ahora, anda, dime, ¿acerca de qué te mostrabas tan ansiosa por verme?

## CAPITULO XX

Para las dos y media Tony había explorado dos nuevas posibilidades en cuanto a su cripta. Una consistía en un cine cerrado, en la calle Frederick, que no funcionaba desde 1978 y cuyas ventanas, etc., estaban tapadas. Un cartel en el vestíbulo anunciaba la última película allí exhibida: *Fiebre del sábado noche*, interpretada por John Travolta. La otra posibilidad se situaba en la avenida Dunlop, y era una antigua zapatería. Cualquiera de las dos podía servirle de escondite para un caso de emergencia.

Una vez resuelta esa gestión, pasó media hora cazando arriba y abajo del bulevar Roosevelt. No pudo encontrar ningún blanco fácil. La gente caminaba en grupo por la calle, en muchedumbre incluso, en aquellas noches. Un solar de la calle Fagan había sido convertido en un campamento para los «vigilantes». Cien hombres armados se concentraban allí, sentados en torno a una fogata y cantando himnos religiosos.

Vio a una muchacha que permanecía de pie, solitaria, en una esquina, pero se mantuvo apartado de la misma porque le olía demasiado a añagaza, a un puro señuelo.

En Baltimore, durante los alegres años noventa del pasado siglo, la «bofia» había recurrido a toda clase de torpones trucos para atrapar a las «criaturas»: oficiales de policía luciendo trajes femeninos, francotiradores que se ocultaban en tejados y árboles, ciegos falsos, enanos disfrazados de niños inocentes. Sutton el Glotón y Tony acabaron viéndose forzados a irse nada menos que hasta Washington capital para tomar un trago. La cosa en verdad resultó como para ponerle a uno los nervios de punta, eso de conducir con rumbo sur por las autopistas en el Hansom, y galopar después para retornar a casa antes de la aurora. Dick, el loco, trató de penetrar cierta noche en la Casa Blanca, para mordisquear al mismísimo Grover Cleveland ¡Cristo! ¡Imagínense haciendo algo por ese estilo en nuestros días!...

—¿De qué te andas riendo tú, culo-memo? —dijo sarcásticamente una voz transmitida por un megáfono junto a él.

Giró en el acto sobre sí mismo. Un patrullero aparecía estacionado junto a la acera, y el mismo «poli» mongoloide con quien hablara la noche anterior estaba acurrucado al volante, mirándolo fijamente.

—¡Ejem!, nada, estaba pensando en mis cosas. —Tony emitió una risita—. Cuando mi vieja me dice que por qué llego a casa tan tarde, simplemente le digo ¡eh!, si es que los murciélagos me persiguieron hasta un bar, y tuve luego que quedarme allí mientras el tabernucho estuvo abierto, ¡je, je!...

—¿No nos hemos visto antes en alguna parte, cabeza de polla?

—¡Claro que me ha visto, agente! —Y se apoyaba, al hablarle, sobre el propio

coche policial—. En el Canal 6, ¿no es así? Gané un refrigerador en el concurso de Moe Sweeney.

—No te apoyes en el coche.

—Lo siento. La última semana, eso es. Ése era yo. Primer premio. Va Moe y me dice: «¿Quieres concursar por el premio gordo?», y yo voy y le respondo: «¡Ahora mismo!», y él me pregunta: «Está bien; ¿cuál es la capital de Dakota del Norte?», y yo le digo, sin pensármelo siquiera: «¡Bismarck!», y él admite, «¡Correcto!». ¡Casi me cago de gusto! ¡No sabía yo que la jodida capital de Dakota del Norte era ésta o aquella! Respondí lo de «Bismarck» sin llegar a pensarlo, de veras...

—OK. Circula.

—¿Me reconoció, verdad, agente? ¿Quiere comprar un refrigerador, oficial? Porque ahora tenemos dos y...

—Lárgate.

—Sí, señor.

Y es lo que hizo; desaparecer, con el estómago dándole saltos dentro del cuerpo.

A las tres trepaba por la vega de la casa vacía en la calle Woodlawn. Al cruzar el césped pisó los dientes de un rastrillo que yacía oculto entre la espesa hierba. El mango del instrumento en cuestión se irguió de pronto y le asestó un golpe notable en la frente. Gritó de dolor, con una sensación de que le explotaban cohetes en los ojos, y por espacio sólo de un instante pensó que lo estaban asaltando; en consecuencia, se hizo a un lado, pataleando y lanzando directos con el puño, amén de golpes de kárate, todo ello desde luego al aire. Pronto se le aclaró la visión, sin embargo, ahí fue cuando pudo ver al lobo.

Estaba agazapado en el borde de la pista de tenis, sonriéndole en una mueca.

Se quedó inmóvil en el acto.

El animal vínose hacia él silenciosamente, con sus enormes fauces babeantes de algo similar a la espuma; con un ardiente halo de luz de estrellas colgando sobre sus orejotas.

La espina dorsal de Tony se convirtió en agüilla helada.

El lobo se alzó ante él como un géiser, poniéndole las zarpas sobre ambos hombros y con su horrible morro rozándole el rostro, mientras respiraba, tan afanosa como fétidamente, en la indicada postura. En seguida el bicho se disolvió en un haz de centelleos, ¡y allí lo tenía!...

—¡Brand!

—Si los iroqueses te atrapan —reía el aludido—, ¡diles que eres inglés!

—¡Cacho de bastardo!

—¿Cómo te va, Anthony?

—¡Hideputa medieval!

Se abrazaron profusa y mutuamente, ahogándose a la par en sollozos. Cora se les

acercaba, paseando negligentemente.

—Nos va a enseñar cómo lograrlo —dijo—. O sea, lo de volvernos lobos y esas cosas...

—La cosa carece de importancia, de veras. —Brand se echó un tanto hacia atrás, enjugándose ambos ojos en la manga de su chaqueta más que inmunda—. Es una metamorfosis simple.

—Pero... ¿estás llorando de verdad?

—¡Bueno, que me aspen! —Sacó un pañuelo—. ¡Estoy conmovido, coño!

Y se sonó la nariz.

—¡Y yo otro tanto! —eructaba Brand—. El continuum temporal se ha curvado en un vasto bicentenario. ¡Oh, Cora!, trasladándonos a los dos al mismísimo inicio de nuestro temeroso encuentro... ¿Eh, Tony, te acuerdas? ¿El lobo?...

—¡Mierda, pues claro que sí!

—¡La frontera y la nieve! ¡La incursión y los Mohawks!

—¡Sííí!

—¡Las cabañas ardiendo, los cadáveres asándose!

—¡Sin, sííí!

Volvieron a propinarse otro abrazo de tipo oso.

—¿Y he cambiado yo mucho, chaval?

—¡Claro! ¡Te has vuelto moderno! —Y, al decírselo, Tony observaba su barba, su cabello y chaqueta, sus arrugados pantalones y sus zapatos usados. ¡Si hasta pareces un *teleñeco*!

—Bueno, ¿qué esperabas? ¡No te joroba! ¡Si he estado viviendo en las alcantarillas! ¡Vaya sitio para disponer de ayuda de cámara, y para mantener un guardarropa de figurín y petimetre, eh!

—Te pondremos como nuevo... —le aseguraba Cora—, tan sólo estás necesitando un corte de pelo, y algo de...

Más allá del jardín, el auténtico lobo aullaba como un alma perdida.

—¡Óyele! —La peluda y desarreglada cabeza de Brand casi se erizaba—. El mismísimo *canis lupus* nos saluda con hurras...

Colocó ambas manos formando un tornavoz, junto a la boca, y devolvía el aullido. El lobo repuso con un desolado chillido, mientras Brand le remitía un «¡Hola!» al estilo animalesco, gimiendo con toda la fuerza de que eran capaces sus pulmones. Aquellos rugidos y clamores se mezclaron, colmando la noche con disonantes berridos que despertaron por fin a todo el zoológico. Brand se echó a reír, afirmando:

—Quiere venir acá, para retozar con nosotros. ¡Ha recogido nuestro olor y cree que somos unos licántropos!

—Habrás recogido tu aroma, quieres decir —quejábese Tony— porque hueles como toda una manada de hombres-lobo...

—¡Santo cielo, Brand! —Cora no podía creer todo aquello que sucedía—. ¿Te

puedes comunicar realmente con ese bicho?

—¡Ah, sí! Conozco su lenguaje.

—¡Uauuu! —Y elevó la interesada ambos brazos al gritar—. ¡Cuánto nos queda por aprender!...

## CAPITULO XXI

—La casa es una joya —manifestó Brand—, me recuerda aquel sitio rococó que alquilamos en Capri, Anthony, ¿te acuerdas tú? Con los siniestros claustros, las gárgolas y los frescos eróticos. Fue entre 1790 y 1800. Dame fuego, Cora. ¿O acaso sería en La Rochelle? ¿O en Livorno?...

Habían encendido fuego en el salón y Brand estaba sentado en el hogar, ante las llamas, desnudo, envuelto en una sábana, y mascando un puro. Había tomado un baño con agua fría en una de las bañeras del piso superior; Tony lo afeitó y en aquellos momentos desbrozaba y recortaba su espesa cabellera con una navaja de afilado filo.

Cora estaba vaciando una bolsa de la compra repleta de calcetines y ropa interior, amén de una camisa de franela, un jersey, pantalones de pana, un par de zapatos de ante, deportivos, y un impermeable tres cuartos de hombre. Brand le facilitó sus medidas la noche anterior y ella lo adquirió todo, a primeras horas de esa misma tarde, en un almacén que practicaba masivamente el descuento, ubicado en la calle Broadway. Todo ese material vestimentario le había salido por veinticinco dólares.

Tomó una ardiente ramita de la chimenea y prendió el cigarro puro de su amigo.

—¿Frescos? —Tony pensaba por algunos momentos al respecto—. ¡Ah, sí! Eso fue en La Rochelle.

—¡La Rochelle, claro está! Pasamos allí todo un año, estudiando esas partituras de Scarlatti y Glück. Y yo me compré un nuevo violín, y...

—No; eso fue en Marsella.

—¡Tonterías! Era en La Rochelle, lo recuerdo perfectamente. Dejaste mi violín en el jardín durante todo el día y el sol lo alabeó y tuve que comprarme otro instrumento...

—¿Que lo dejé yo en el jardín?...

—¡Naturalmente! Siempre estabas haciendo cosas exasperantes, irresponsables; cosas de ese estilo.

—Fuiste tú quien dejó caer el condenado violín en el estanque de los peces, ¡cuando andabas borracho!

—... derramando el vino sobre el mantel, rompiendo objetos, olvidándote de echar la llave a las cerraduras, mordiendo a cuantos se te acercaban...

—Y compramos uno nuevo en Marsella —Tony pegó buenos tajos a otra mata de cabellos—, y allí es donde adquirí mi pianoforte también. Y tú organizaste un enorme jaleo, como de costumbre, acerca de si costaba tanto o cuanto.

—¡Eso es mentira! ¡Una mentira poco amable, además!

—Permanece quieto, o te voy a amputar alguna oreja.

—Te regalé ese pianoforte para tu cumpleaños, ingrato hijo de puta, ¡y lo pagué de mi propio bolsillo! Y no sucedió en Marsella, sino en Hamburgo. ¡En la Alemania de 1801! Lo recuerdo porque ése fue el año en que Napoleón Bonaparte se convirtió en primer cónsul de Francia, y Thomas Jefferson era elegido presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, amén de que, también en 1801, Beethoven publicara su sonata para piano, número doce, en *la bemol mayor*, Opus 26.

—¿Y qué hay de Mozart? —preguntaba Cora.

—¿Mozart?

—¿Llegasteis a conocerlo personalmente?

—No, por desgracia.

—Ciertamente, sí —rechazó, en tono despectivo, Tony, semejante afirmación, precisando—: No le preguntes a él; su memoria está fallándole...

—Sea como fuere. —Brand movía el puro en su mano, mostrando en amplio gesto el salón—. Ésta será mi pieza para interpretar música.

—¿Qué? —dijo Tony, pegando un salto.

—Vosotros dos, cariños, podéis dividir el resto del edificio entre ambos. La antigüedad me otorga el privilegio de elegir primero, así que en este mismo lugar tendré mis aposentos.

—Estás... —Tony estaba abrumado por la desilusión—, estás pensando en mudarte, ¿eh, Oswald?...

—¡Pues claro! —Cora hizo un fardo con la ropa manchada por las cloacas y la metió en una bolsa de plástico para la basura—. Constituye una parte de nuestro trato. Lo dividimos todo en tres partes.

—¿Casa incluida?

—Naturalmente.

—Pero dijiste —trataba de poner freno a su furia interna—, dijiste que el salón pertenecería a la comunidad, Cora.

—¡Comunitario, comunitario! —Se encogía de hombros la susodicha—. Las comunidades se fundamentan sobre la base de unos compromisos...

Dicho lo cual se quedó mirando a la pareja de amigos, pensando que sería ella misma la que tuviese que realizar la mayor parte del compromiso. Bueno, los domesticaría a ambos. Se trataba simplemente de una cuestión de tiempo..., y el tiempo no le suponía ningún problema.

Bañado, afeitado y, ahora, con el pelo recién cortado, vistiendo prendas limpias, camisa, jersey y pantalones, Brand continuaba, aún así, resultando un ser horripilante. ¿Qué tal?, había dicho, plantado ante sus amigos, en pura pose y sin dejar de sonreír afectada y malignamente.

—De maravilla, amigo —dijo Tony, aunque su tonillo sonaba a duda—. Esto..., vamos, en definitiva, mucho mejor.

—Encantador —se pronunció Cora. ¡Cielos! ¡Repelía el tipo! ¡Semejaba un canguro venenoso!, insistió, sin embargo, y dijo—: Presentable, por lo menos.

Tomó un atomizador de la maleta y lo roció de perfume.

—¡Alto! —retrocedía el indino, fingiendo terror—. ¿No será ajo, supongo?

—Solamente agua de colonia. Y ahora, veamos... ¡murciélagos!

—¿Cómo dices?

—La metamorfosis. ¿Cómo la realizamos?

—Bien, salgamos al exterior y os lo mostraré. Quitaos la ropa.

Cora y Tony permanecían de pie en la pista de tenis, desnudo él, desnuda ella.

—¡Condenación! —Brand paseó alrededor de ambos alumnos, comiéndose con los ojos el trasero de Cora, que relucía bajo la luz lunar—. ¡Espero que no se me haya olvidado el conjuro! El esquema del ritmo es tan complicado..., *sube...*, *cielo...*, *vuela*. ¿Cómo sigue?..., *vuelo...*, *noche...*, *altura...* ¡Qué posaderas tan voluptuosas tienes, Cora! —Empezó a acariciarla en las caderas—. Me distraen... ¿Te importa si te sodomizo? No me tomará más de unos segundos y me relajará cantidad...

—No, gracias, Brand. —La aludida se apartó del pegajoso roce indicado—. No me apetece ahora. Además, esa cosa tuya, de semejante tamaño monstruoso, nunca encajaría dentro de mí.

—¡Anda, no seas tan remilgada!

—Vamos, venga —quejábase Tony—. ¡Vamos a dejar de hacer bobaditas! ¡Me siento como un idiota!

—¡Pues aún te vas a sentir más bobalicón en un minuto! ¡Espera hasta que te veas colgando cabeza abajo de cualquier árbol! —le provocaba Brand.

Tony chilló como un poseído, y dio un salto atrás, a la vez que decía:

—¡Cállate con esas cosas!

—¿Vamos a ello, Brand? —sugería la chica.

—Muy bien —suspiró él—. Pero no os acompañaré esta vez. Nunca podría echarme a volar con esta tremenda erección... Extended vuestros brazos y quedaos de puntillas. —Lo obedecieron—. Concentraos ahora; sencillamente, dejaos ir..., flotar... ceded ante la noche... —entonaba la salmodia—, pensad en saltos, rizos aéreos, vuelos y alturas..., bajadas en picado, giros y sustentación en vuelo... Pensad en cóndores, levitación, meteoros y elevación... Pensad en cosas que vuelan y dan vueltas sobre sí mismas. En las cúspides de las montañas, crestas, espiras, verticalidad..., así, así..., picos de águilas y nidos de cuervos, en aeroplanos Spitfire y en la perpendicularidad..., en vuelo, en vuelo..., sentid el viento entre vuestros cabellos, imaginad unas cigüeñas, una agachadiza; pensad en cometas y en las salas y recintos aéreos sin una sola columna..., en la luna y el planeta Marte..., ascended, ascended..., hacia el cielo, al firmamento..., *volad, volad, volad...*

Allá arriba, en el parque zoológico, el lobo aulló como pastor tirolés, mientras Cora y Tony se desvanecían, y un par de enormes murciélagos partían volanderos hacia la noche.

## CAPITULO XXII

Lo minúsculo de su cerebro no podía ya contener sus pensamientos, los cuales estallaban, saliéndose fuera de su chica y fea cabecita de roedora, y se le escapaban en cascada, alejándose arrastrados por una corriente cual si fuesen estrellas fugaces, multiplicándose en galaxias y expandiéndose, cada vez más y más allá, en la oscuridad exterior; hasta que la gran cúpula de la noche misma se convirtió en su cerebro... ¡Resultaba exaltante! ¡Era un genio, con un titánico cerebelo que soportaba, en arco, al mundo entero, y que estaba repleto hasta el borde de inteligencia! ¡No parecía, por tanto, extraño que fuese capaz de emprender el vuelo! ¡Podía hacer cualquier cosa!

Excepto gozar del sentido de la vista.

¡Estaba tan ciega como cualquier murciélago!

Sus ojos resultaban ser pizarrones escolares cubiertos de puntos parpadeantes, de ceros y guiones, de letras cuneiformes y babilónicas, que no parecían tener el menor sentido, se consideraran como se considerasen.

Sólo que sí lo tenían... Estudiaba las marcas con intensidad, y pronto pudo, su prodigiosa mentalidad, leerlas cual si de un mapa se tratase. ¡Eran advertencias!: muros..., ramas..., tejados..., una chimenea..., un alambre..., una cúpula..., un poste... Todo lo que tenía ella que hacer era lanzarse en picado entre unos y otros, girar por encima y por debajo de los mismos, en su derredor, tomando siempre el rumbo final hacia los espacios plenamente abiertos.

Una vez hubo comprendido la simplicidad del sistema en sí, el resto ya le fue fácil.

Con una inclinación de su ala derecha podía virar hacia estribor, y si en vez de ello utilizaba el ala izquierda, la guiñada era entonces a babor.

Ganaba altitud echando hacia atrás su cuerpo peludo de ratón, y apoyándose casi hasta la vertical en contra del viento. El descenso era apenas cuestión de doblarse hacia adelante agudamente. Se elevó dejando atrás la casa, y luego deslizándose hacia abajo, junto a la piscina, y navegó en torno al césped, rozando las copas de los árboles.

—¡No tan alto! —oyó que gritaba Brand.

Chillando de placer, flotó a lo largo del acceso hasta llegar a la calle.

*En una ocasión seguí al viento todo el camino hasta Terranova. ¡Ahora sabía cómo lo hizo Harriet!*

—¡Basta, chicos! —llamaba Brand—. ¡Bajad ahora mismo!

¿Dónde estaría Tony? ¡Allí! La adelantó, un relampagueante zig-zag en su pizarra. Viró de ala en su seguimiento, y se puso a su altura, dándole juguetonamente

golpecitos con la punta. Él le chillaba agriamente.

—¡Estáis en disposición de aterrizar! —gritó sonoramente Brand a los dos—. Dejaos caer y aletead, volad y abrid las alas pensando en cosas terrestres..., en bichejos y masas forestales, en sabanas y caracoles, y flores, y setos, y casitas rústicas, césped, cuevas, tierra y terrones, tumbas, malecones, hierbajos y agujeros, y semillas, plantas, rápidos de ríos, hormigas y raíces.<sup>[7]</sup> ¡Ahora, deteneos, id abajo, y brincad al suelo mientras el murciélago se transmuta...!

Cora y Tony se materializaron, dando saltitos a través del prado como saltavallas en una carrera campo a través. Practicaron los saltos mortales acrobáticos sobre la hierba, relinchando entre carcajadas.

Allá arriba, en el parque zoológico, también el lobo aulló acompañándolos.

—¡Bravo! —vociferó Brand—, pero no debéis transformaros en pleno vuelo, como habéis hecho, u os romperéis el cuello...

Los aprendices abrazaban el puro suelo, mareados de vértigo y regocijo.

—¡Fenomenal! —jadeaba Tony—. ¡Droga de la más exquisita y con alas!

—¡Increíble! —convino Cora, alzándose—. ¡Vamos a probar otra vez!

—¡Alto ahí! —la detuvo Brand—, o consumiréis toda vuestra vitalidad. ¿Os ha gustado?

—¡Fue espectacular! —gritó ella.

—Pues todavía no has visto nada. —Y le pellizcaba el muslo—. Una de estas noches te enseñaré cómo el viejo *Desmodus rufas* es capaz de copular mientras ejecuta un rizo tipo *Immelmann*...

—¡Imagínate lo que nos hemos estado perdiendo! —Tony se incorporó con trabajoso esfuerzo—. El dinero que nos hemos gastado en taxis, cuando todo lo que debíamos hacer era salir volando, ¡y gratis, además!...

—El gran problema lo constituye la ropa —los avisaba Brand—. No podemos volar vestidos, ni tampoco aterrizar en cualquier parte con el trasero al aire. Una «criatura» que yo conocí en Chicago estaba haciendo de murciélago por encima del lago Michigan, y el viento le hizo tomar cierta deriva, apartándola del rumbo en una tormenta. Cayó a tierra, tan desnuda como un gusano, en mitad del mismísimo estadio Wrigley, durante la séptima entrada en un partido nocturno entre el White Sox y el Detroit Tigers, y entonces...

—¿Qué hora tenemos? —lo interrumpió Cora—. Vístete, Tony. Aún debemos hacer muchas cosas esta noche.

Brand volaba subiendo por el lado occidental de la Torre Titán, aleteando laboriosamente contra el gran empuje de una turbulencia: piso 46..., 47..., 48..., 49... Con un empujón final ascendió hasta el piso 50, revoloteando al abrigo del ático. Aferró el alero de su tejado y quedó colgado allí, su minúsculo corazoncito tintineando como una campanilla.

¡Condenación! ¡Qué subida! Resultaría una prueba asesina para Anthony y Cora. Claro que si él había podido superarla, otro tanto podrían lograr ambos, mediando un poquito de práctica. Los dos eran más jóvenes, y menos desgastados que él; sus cualidades de murciélagos resultarían robustas y vigorosas, tal cual estaba la pareja, en particular por lo relativo a las alas. Las propias, pensó, estaban hechas un harapo, pero las de ellos eran casi nuevas. ¡Claro que semejante descenso! ¡Ahhh! ¡Ahí estaba el quid de la cuestión! ¡Jódete y baila! ¿Cómo se suponía, por todos los diablos del infierno, que iban a retornar a la calle, llevándose consigo tal jodida carga de dinero? ¡Tremendo! Bueno, lo primero era lo primero...

La metamorfosis, tan dolorosa como un calambre, lo devolvió rápidamente a su ser como Brand, y, al mismo tiempo, soltó su agarre a la techumbre y lo dejó caer sobre el tejado, sin ropa alguna.

Estaba de pie en un recinto con macetas donde había docenas de plantas, un perfecto bosquecillo de ocultación. Atisbo en su derredor. Ante él, más allá de la pantalla vegetal, aparecía el amplio y ventoso tramo de la terraza, tan plano y rectangular como un terreno de fútbol. Tras de sí se hallaba el apartamento del ático, dotado de dos ventanas que rasgaban de arriba abajo la persiana y estaban protegidas por rejas y persianas de acero.

Sujetando su gran bastón, protectoramente, en un puño, caminó de puntillas a lo largo del muro, pasando ante una espesa puerta de roble, tan pesada como cualquier portalada catedralicia. La tocó, rascando con la punta de los dedos para comprobar su solidez. ¡Rayos y truenos! ¡Aquel sitio era un completo fortín! Pasó ante otras tres bien protegidas ventanas, y una puerta de hierro forjado, cerrada mediante una cadena y conducente a un patinillo. Más adelante venía otro seto de plantas, matorrales, arbustos y macetas, y luego un claro, rodeado de una rústica cerca de maderos acabando en punta y lleno de mobiliario de jardín: mesas, sillas, un columpio, un banco propio de un parque. Apilados sobre una de aquellas mesas aparecían varios costosos libros de arte. Se acercó, ardiendo los zorrunos ojos de ira. ¡Cómo se atrevía nadie a dejar libros en el exterior, con un tiempcito semejante! ¡Qué barbarie! Especialmente unas ediciones de lujo como ésas, que valdrían no menos de veinte dólares el ejemplar. Leyó los títulos: Modigliani, Chagall, Vlaminck, Van Gogh, Cézanne... ¡Era imperdonable! Ese sinvergüenza de Argoli no solamente era un bandido mafioso, ¡además era un vándalo! ¡Qué asco! ¡Un nazi!...

Se abrió una persiana y una muchacha, que vestía medias negras —y nada más encima de su persona—, apareció a toda prisa, enérgica, procedente del interior del ático.

—¡Te estoy viendo! —chilló agudamente.

No era cierto. Miraba en la dirección equivocada. Él se aplastó y encogió tras del banco del parque.

Un hombre tirando a ancianete, cara de cocodrilo, en pijama, apareció detrás de la chica..., diciéndole a ésta:

—No hay nadie ahí, Peg...

—¡He oído a alguien que caminaba por aquí!

—Sería el ruido del viento.

—¡Mira! ¡Aquí! —Se precipitó hacia las plantas y rebuscaba entre el follaje—. ¡Vamos, sal fuera, mamarracho!

Brand la observaba, pasándose la lengua por los labios. ¡Condenación! ¡Qué pieza tan exquisita! Una *fulana*, ello resultaba obvio. Canalla, indecente, descarada, y tan bien dotada de piernamenta como una bailarina del can-can en el Moulin Rouge. Probablemente, una experta en *fellatio* y una enloquecida devota del *anilingus*. Miró hacia abajo. Su porra propia se iba endureciendo. Tiró de ella alegremente. ¡Vaya, vaya!...

—Ven dentro, Peg, o te enfriarás.

—¡Hay alguien por estos andurriales, lo sé! ¡Alguien feo, sucio, mala persona!

¡Puedes apostarte el trasero que sí, *nenita*! Riéndose entre dientes y silenciosamente, frotó la punta de su verga arriba y abajo en el respaldo del banco público, a la busca de algún orificio. ¡Uyyy! ¡Eso era soberbio! ¡Podía verla, sin ser visto! ¡Ja, ja, ja! ¡Le iba a atizar gracias a la telequinesis!...

—¿Un merodeador? —se reía el cocodrilo—. ¡Bobadas! ¡Pero si estamos a cincuenta pisos de altura!

—¡Eso no significa nada!

La aludida iba de acá para allá por el patio, rebuscando entre la oscuridad.

¡Aquí me tienes, *ricura*! ¡Ningún lugar queda demasiado alto, o demasiado bajo, para un demonio coronado!

—¡Peg, estás como una cabra de loca!

—¡Vamos a atizarle al cabeza-mierda material para que se le alegre el ojillo. — Con lo cual corrió hacia su pareja, le saltó a la espalda, se encaramó allí a gusto enroscándole ambas piernas sobre el estómago, y gritaba, al tiempo que lo espoleaba con los talones—: *Avanti*! ¡Vaquero jodedor, condúceme al rodeo!

Y empezó a retozar por aquella terraza, relinchando y bamboleándose.

—¡Eh! —La chica desmontó de un salto, mirando con temor hacia el cielo—. ¡Se me olvidaban los murciélagos! ¡Vamos!

Huyó de regreso al dormitorio. El otro la siguió, cerrando a cal y canto tras de sí cualquier abertura.

Brand, suspirando, trató de levantarse..., pero no pudo lograrlo... Su miembro viril estaba atrapado en aquel banco, sujeto firmemente entre dos ranuras. Esperó a que se le encogiera. Ni hablar de ello. ¡Infierno y condenación! Tiró hacia atrás, arrastrando consigo al mismo banco, dolorosísimamente, claro es. ¡Había quedado atorado allí! Retorció las caderas en una especie de torpe danza del vientre. Todo en vano. ¡Por todos los diablos, aquello resultaba absurdo! Se quedó mirando fijamente la tenaz presa, esperando dominarla mediante la sola fuerza de voluntad. La cosa lo ignoró. Se cambió a un lado, entrechocando con la mesa y derribando la pila de libros

hasta el suelo. ¡Mala suerte!...

¡*Aviación y alturas!* —la mente de Brand era un clamor en el conjuro—.  
¡*Levitación y vuelo!*

Peg reapareció, gimoteando:

—¡Qué te había dicho! ¡Lo sabía! ¡Ten cuidado, anda por estos pagos!...

¡*Cometas y veleros!* —Brand se tensaba, tiraba, pero, aun con todo, el hinchado miembro viril rehusaba salir de la trampa—. ¡*Epiras y Spitferes!*

—¡Fíjate en eso! —chilló Peg como una loca—. ¡El banco se mueve!

Se hicieron a un lado, de un salto, mientras el murciélago pasaba justito a su vera, dejándolos perdidos con su peculiar y pegajosa secreción.

## CAPITULO XXIII

Cora y Tony lo estaban esperando en una galería comercial detrás de la Civic Plaza. Aleteó junto a ambos, transfigurándose en el momento de posarse.

—¡Fuego y azufre! —Se derrumbó sobre el pavimento, agachado, a cuatro patas—. ¡Me parece oler el aire mañanero!

—¡Jesús, sí! —chilló Tony—. ¡Son las seis menos cuarto!

Le arrojaron su ropa y el aludido empezó a vestirse, apresuradamente, allí.

—¿Entonces? —preguntaba, ansiosa, Cora—. ¿Qué opinas?

—Puede hacerse. —Se metió los pantalones—. Estoy seguro de ello.

—Pero no pareces demasiado convencido.

—Lo estoy, lo estoy. ¡De veras que sí! Claro que tenéis que permitirme que reflexione muy seriamente sobre el asunto, Cora, antes de comprometerme...

—¿Quieres decir que todavía te lo estás pensando?

—Prácticamente estoy a favor; ahora bien, aún existen una serie de pequeños detalles que hay que trabajar, y...

—¡Ojo! —Tony les aplicó un codazo—. ¡Aquí viene el castigo divino!

Cora y Brand giraron sobre sus talones. Un «poli» cruzaba la explanada, dirigiéndose hacia ellos.

—¡Oh, mierda! —Ella se torcía las manos—. Brand, ¿llevas... encima algún documento de identidad?

—Ninguno en absoluto, por desgracia. —Se metió el impermeable tres cuartos debidamente—. Pero no tiene importancia. —Miraba hacia el firmamento y rezongó—: ¡Que predomine el mal tiempo! Trueno, rayo, lluvia y granizo...

Restallaron los truenos y los relámpagos tiñeron de luz el cielo. Una tremenda lluvia, y piedra que rebotaba en el suelo, del tamaño de huevos, aquel granizo, se derrumbaron sobre el Civic Plaza y su entorno.

El «poli» se detuvo, dudó por espacio de un segundo, y apretó a correr en busca del adecuado refugio.

—¿Ves? —reía Brand por lo bajinis—. Tiene miedo de mojarse el uniforme.

—¡Brand! —Cora permanecía mirándolo de hito en hito, boquiabierta—. ¿Tú lo hiciste?...

—¡Oh, sí! Mi poder sobre los elementos es bastante considerable. Puedo originar convulsiones de calor ecuatorial, con el trueno precipitándose violentamente desde el cielo, y también puedo generar la repentina aparición de una aguanieve boreal, con rayos y centellas, tan fácilmente como si hiciese un pastel. Puedo, asimismo, conjurar el granizo y el monzón, y lograr que nieve. O convocar una galerna, un tifón, y mandar que aparezca cualquier género de ventarrones. O evocar una brisa, o un

huracán, o conseguir que sea luna llena; hacer, en fin, que llueva o hiele... Es justo una cuestión de servirse de la rima apropiada...

—¡Dios mío! —susurraba Cora.

—¡Muchacho! —Tony le daba amistosos golpecitos en la espalda—. ¡Fúmate este puro!...

El domingo era el día en que Cora tenía la noche libre en su empleo. Tony había ido a algún garaje del lado sur para contemplar una exhibición de Hispano-Suiza y Lagonda, y Brand, por su parte, hallábase incomunicado, pensando, así es que la chica se fue sola a un concierto; allí dejó pasar tres horas escuchando *Die Harmonie der Welt*, de Hindemith, además de *Carmina Burana*, de Karl Orff, y la octava sinfonía en do menor de Brückner.

Luego partió de cacería.

Encontró una muchacha dormida en la sala de espera de la terminal de autobuses, en Circle Square, amén de un mariposón jovencísimo en una calleja detrás de la central de correos. A ambos atacó, y les extrajo unos cuantos gramos a cada cual.

Después de todo lo cual visitó de nuevo la casa, *su hogar*.

Circuló aprisa por la calle Woodlawn y, tras trepar sin dificultades por la verja, quedóse de pie en el jardín, sonriendo al contemplar la oscura fachada.

¡Mía!

Allá arriba, en el parque zoológico, el lobo de marras le envió su bienvenida.

Tony y Brand podrían habitar allí, desde luego, pero siempre iban a ser meros invitados, nada más. Serían *sus* huéspedes, en habitaciones propias de ella, jugando al tenis en *su* pista y nadando en *su* piscina.

—¡Eh, el de allá! —llamó al lobo—. ¡Ya estoy en mi casa!

Se quitó la ropa y, despojada de cualquier limitación, permanecía de pie bajo la luz de la luna, pensando en «ideas volanderas» y murmurando las rimas que le enseñara Brand, levantando ambos brazos hacia la luna misma.

La metamorfosis resultó instantánea.

El murciélago se elevó en el cielo, y un momento más tarde volaba por encima de las farolas, bulevar Greenlawn adelante. Una patrulla de «vigilantes» lo vio y disparó un salva de postas para cazarlo.

Cora se reía en sus narices, sarcásticamente, tratando de entonar lo de:

«*La vida es real, la vida es cosa seria,  
¡Y la tumba no es su objetivo!*».

Claro que, en vez de ello, lo único que logró fue la emisión de una cadena de chillidos y pitidos.

Cuando llegó a la avenida Cárter, bajó en picado y derribó el sombrero de un hombre que salía de su coche.

Dio media vuelta y tornó a volar por encima del bulevar, pasando ante su casa de apartamentos. Describió un amplio círculo a su alrededor, trepando sin esfuerzo al piso noveno. Una ventana permanecía abierta. La atravesó, sin dejar de volar, y, plegando cuidadosamente los brazos, aterrizó sobre el brazo de un sillón.

Quedó detenida allí, con una mueca, ardiendo en ganas de hacer travesuras. Los rojos asteriscos y puntos del pizarrón de sus ojos se mezclaban, bailoteando, y le ofrecían la representación de un papel en la pared, una puerta, una alfombra, una lámpara y su pantalla, flores en un jarrón, un reloj de pared, una cama, un rostro sobre una almohada... ¿Dónde estaría, en el piso 9F, en el 9B, o en el 9G?...

Se abrieron las alas, moviéndose despacio, y se alzó el murciélago, revoloteando por encima de aquella cama. Tomó la manta entre sus diminutas mandíbulas, y la echó a un lado.

Era el 9G, vivienda de Miss Bitch, ¡la que odiaba tanto el cello!... Y allí estaba la dama en persona, tendida ante Cora, como una ofrenda, desnuda, estremeciéndose, a la par que roncaba a más y mejor. ¡Vaya, vaya!...

Descendió el quiróptero, posándose en su pecho, y, tras encontrar el pulso de la garganta, mordió allí y fue mordisqueando, chupando, dando sorbetones, tragando siempre bocanadas pequeñas, pero exquisitas, del jugo supremo. Aquella cálida miel escarlata le quemaba el gáznate, volviéndola loca; vibraba y se retorció, aleteando sin cesar, con garras que se abrían y se cerraban sobre la cálida carne femenina. Luego, en el colmo del frenesí, el bicho alado se forzó a sí mismo a detenerse. Cora se encrespaba allí, comiéndose los dos succulentos pechos que tenía debajo, propinándoles lengüetadas, apretujándolos, rascando sus puntitas.

La señorita Bitch se despertó con un grito, y se sentó en la cama. El murciélago aleteó rumbo a sus muslos, masticando el espeso vello, chillando, investigando con la cabecita minúscula la oscura «V», arraigando casi, devorando las deliciosas trufas y hongos allí ocultos. La señorita Bitch se tumbó hacia atrás, gimoteando, abriéndose de piernas, lanzándose a sí misma hacia los ansiosos dientecillos. Y luego explotó, con el cuerpo levantado, jadeante, violentamente sacudido como un arco a punto de derrumbarse. Y ya con un prolongado gemido, se desvaneció al cabo.

El murciélago escapó volando por la ventana.

Encontró a Brand en el jardín, arriba y abajo por el césped. Cuando se dejó caer sobre la hierba, delante de él, éste la contempló sin especial sorpresa, casi sin interés, y preguntó a Cora:

—¿A qué te has estado dedicando?

—A una acción —reía ella—, sin nombre.

—Creo..., uh... —tomó un puro medio consumido ya, que sacó del bolsillo, y lo masticaba casi—, creo que he hallado la solución para nuestro problema.

—¡Espléndido! —repuso la chica, quien, recogiendo su ropa, la llevó a la terraza

—. Ya sabía que lo harías.

—¿Dónde está Tony?

—Jodiendo por alguna parte.

—Mira. —La siguió, sin dejar de hablarle—. Dices que el único modo de subir hasta el ático, desde el interior del edificio, es vía ese ascensor privado, ¿verdad?

—Correcto.

Y así, Cora se sentó en las escaleras, empezando a quitarse las medias.

—Y, por supuesto, hay ascensores hasta los otros pisos también, ¿no?

—Claro. Los elevadores públicos que arrancan del vestíbulo principal. Pero esos únicamente llegan hasta el piso 49.

—Escúchame, Cora —y fue a sentarse a su lado—, ¿puedes introducirte en el vestíbulo a partir del casino?

—Sí. Hay una puerta que conduce a la caja de escaleras, partiendo desde el sótano, inmediata a nuestro cuarto de guardarropa y demás.

Cora enganchó el broche de su sujetador estudiando a su colega. Mostrábase éste sombrío y despreciativo, sin dejar de mordisquear nervioso su cigarro, frotándose las flácidas mejillas, absorto en sus pensamientos. Nada de ligereza aquella noche, nada de la afabilidad gozosa de la vieja y alegre Inglaterra. ¡Bien! Estaba, parecía, tomándose el tema absolutamente en serio. Así es como debía ser.

—¿Por qué lo dices, Brand?

—Porque vas a tener que utilizar uno de esos ascensores para el público —y le puso la mano en la rodilla, dándole amistosos golpecitos distraídamente— en la noche de nuestra actuación especial y aventurera; te quiero en el piso cuarenta y nueve.

—Puedo conseguirlo.

—¡Buena chica! Así es como nos llevaremos el botín hasta abajo, en el ascensor...

Ella lo apartaba ahí, ordenándole:

—¡Déjame tranquila!

—Pues entonces, todo arreglado. —Echó a un lado su puro—. ¡Qué alivio! Lo de bajar los sacos me tenía verdaderamente anulado. —Se desciñó el cinturón y se bajó los pantalones—. ¡No te acabes de vestir! ¡Vamos a celebrarlo!

Sacó bruscamente su desgarrada verga y se inclinó sobre la chica, todo sonrisas ahora el indino.

—¡Ni hablar!

Cora trató de escapar. Él rodó sobre la joven, sujetándole por completo los brazos. La chica continuaba todavía un tanto excitada, luego de su reciente sesión en el piso 9B, y estaba un tanto dispuesta a seguir adelante con aquel fulano, por enorme y repelente que le resultase, hasta que se dio cuenta de que aquello nunca sería positivo. ¡Oh, no! Carecía en absoluto de toda intención de convertirse en el dócil juguetito del tal Brand, ahora o en el futuro. Sus relaciones tenían que continuar siendo puramente

de negocios, ya que de otro modo los planes de Cora para dominarlo descarrilaban. Se relajó, sucumbiendo a su abrazo de oso, y luego, al dejarla él ir, moviéndose hacia atrás para extraerse, despacio, de entre las femeninas piernas, la interesada le propinó un buen golpe en los testículos, con tanta fuerza como fue capaz de concentrar.

El interesado aullaba.

El lobo le devolvía los aullidos.

Y otro tanto hizo Tony, quien justamente se acercaba, paseando despacio por el acceso de vehículos a la casa.

Sus tres quejas ascendieron en la noche —¡Uuuuuuuuu!— como un trío de sirenas de buque en plena acción sonora.

—¿Cómo anda todo el mundo? —Tony hizo un ademán con la mano, mientras Brand pasaba ante él a trompicones, doblado sobre sí mismo, jadeante y saltarín a la pata coja—. ¿Por qué está Brand bailando en torno a su palo de mayo? ¿Quizá interrumpí algún festejo rústico?...

—Brand —informaba Cora, vistiendo el suéter y falda oportunos— es un picarón...

—He visto un coche esta noche —Tony se acercó hasta la terraza, y tomó asiento en la balaustrada misma— que tengo que poseer. ¡Quiero decir que debo absolutamente tener en mi propiedad! ¡Es un Hispano-Suiza del 37'! ¡Qué sueño de coche! Modelo K6. ¡No cabe ni imaginarlo! ¡Es toda una obra maestra!

—¿Y cuánto cuesta?

—Treinta de los grandes.

—¡Bah!, eso son cuatro perras...

—Bien, entonces, ¿cuándo vamos a practicar nuestro jueguito asaltante?

—Eso dependerá de nuestro amigo, ese de ahí. ¿Qué me dices, Brand?

—¡Ayyyyy!

El aludido no cesaba de resoplar, respirando con dificultad, de retorcerse y similares.

—Cuanto antes, mejor. —Cora se calzó los zapatos—. Algo así como el sábado constituiría el mejor momento, porque es entonces cuando los ingresos resultan máximos.

—¿Este sábado?

Tony encendió un puro nuevo.

—Claro. ¿Qué opinas tú, Brand?

Éste asintió, sin hablar, jadeando siempre.

—Pues de acuerdo todos. —Cora se puso definitivamente en pie—. Será este sábado por la noche.

# SEGUNDA PARTE

## CAPITULO XXIV

*«Y consumado el asesinato  
alertado por su centinela, el lobo...  
Hacia su destino  
muévase cual fantasma».*

MACBETH

—Así es como lo haremos —manifestó Brand. Abrió un cuadernillo de notas, chupó un lapicero y empezó a dibujar un primer esbozo de la escena de su delito—. Aquí está el edificio, el ático y la terraza encima, el vestíbulo debajo.

Estaban sentados en el suelo del salón, con sus cabezas casi tocándose. Llovía y un trueno, en lejano murmullo, despertaba ecos por las habitaciones. El jardín aparecía inundado, y toda la casa constituía una cueva de humedades. Tony había intentado encender una fogata, pero toda la leña se encontraba empapada, así es que lo dejó estar.

—Aproximadamente hacia las tres en punto, Cora —proseguía Brand—, cuando el casino cierre..., aquí está el casino —y trazó un cuadrado en la parte inferior del edificio—, no tiene que preocuparnos ya más. A las tres en punto, cuando cierre, irás hasta el vestíbulo y tomarás uno de los ascensores públicos, subiendo hasta el piso cuarenta y nueve. ¿Puedes hacerlo subrepticamente, sin llamar la atención?

—Pues claro. Eso está hecho.

—Reviste suma importancia.

—No hay problema —le aseguró ella—. Continúa.

—Una vez allí, abrirás una ventana... aquí, en el lado este de la torre. —Trazó una flecha y garabateó la palabra *ventana*—. Lo entiendes, ¿verdad? El lado oriental del piso cuarenta y nueve.

—Abrir una ventana en el lado este del piso cuarenta y nueve, bien.

—Allí te desvestirás, te transformarás en un murciélago y volarás hacia la noche. Anthony y yo esperaremos allá abajo, en la calle —y trazó una «X»—; tan pronto como estés en el aire también nosotros nos transfiguraremos y le daremos a las alas para subir a tu encuentro.

Dibujaba una línea de puntos desde la calle al tejado del edificio.

—¿Y también nosotros hemos de desnudarnos? —se quejaba Tony—. ¡Vamos a tener que estar allá en la calle con el culo al aire, eh!

—Sólo durante un segundo; justo el tiempo suficiente para darle al interruptor. Aterrizaremos todos —proseguía— juntos sobre la techumbre, nos retransfiguraremos y, tan furtivos como sombríos espíritus macabros, asediaremos ese ático.

—¿Y cómo nos meteremos dentro, Brand? —preguntó Cora.

—Yo entraré el primero.

—¿De qué modo?

—Me evaporaré, simplemente, convirtiéndome en una insubstancial bocanada de humo, un ectoplasma de mí mismo, como si dijésemos, y me deslizaré apretadamente a través de cualquier fisura de una puerta o de una persiana.

—Tendrás que conseguir... —lo miró—. ¿Puedes hacer eso?

—Bastante descansadamente.

—¡Fiuuu! ¡Qué trucos te guardas en la manga!

—Una vez dentro me materializaré, andando de puntillas como un tenebroso fantasma hasta uno de los portales, descorreré el cerrojo y lo abriré, dándoos paso a vosotros.

—¡Genial!

—Bueno, eso en cuanto al tema en cuestión. Veamos, ahora..., Cora, ¿qué adversarios hemos de tener previsto que nos vamos a tropezar ahí? Quiero decir, aparte de nuestro bandolero con cara de cocodrilo. Y, a propósito —hizo una mueca demoníaca—, ¿puede considerárselo comestible, a ese tal...?

—¿Argoli? ¿Comestible? —Ella rompió a reír—. Seguro, si te gustan las basuras.

—Bueno, no soy remilgado. Quizá le atice unos colmillazos para divertirme. A modo de último trago de la noche, ya sabes.

—¡Puah! ¡A tu gusto! —Torció el gesto—. Te lo cedo.

—Bueno, dejad esa historia —se impacientaba Tony—. Vamos a aternos a la jodida travesura en sí.

—¿Y qué hay de su novia? —quiso saber Brand.

—¿Qué novia?

—¡Ah, sí!, olvidé mencionar ese tema. Había una chavala allí arriba con él, cuando reconocí el lugar. Una muñeca encantadora, por nombre Peg.

—¿Peg? —Cora dio un salto—. ¿Peg estaba en el ático?

—A buen seguro que sí. Y los dos andaban haciendo el tonto de acá para allá, como quien pasa la luna de miel en esas tórridas «suites» de noches de bodas y demás.

—¿Peg y Argoli? —Lo inesperado de la revelación la dejaba turulata—. ¡No! ¿Estás seguro de que era Peg?

—Seguro del todo.

—¿Y qué diferencia supone? —Tony mordió la punta de un cigarro puro—. Si está allí, uno de nosotros tendrá que atizarle, para quitarla de en medio.

—Yo; le pegaré y la dejaré sin sentido —se prestaba, voluntario, Brand—. La roeré, y luego la voy a sodomizar. ¡Resultará de éxtasis!

—¡Oh, mierda! —Cora levantó los brazos—. ¡Esto se está convirtiendo en un lío!

—¿Quién más?

—Sólo Irving, el contable. Estará en la otra habitación contando el dinero..., un cuartito justo al lado del *fover*.

—Pues también a ése habrá que atizarle de firme —decidió Tony.

—No será preciso —se mostraba Brand en desacuerdo—, bastará darle un susto de muerte.

—Que tú le vas a... ¿a qué?

—Apareceré ante él como salido de la nada, farfullando, babeante, dando resoplidos, poniendo caras raras, y le diré: «Irving», con voz de ultratumba, «tu tiempo se ha cumplido», o alguna otra bobada por el estilo. Me sorprendería sobremanera que no caiga difunto del pavor —rió entre dientes—, eso es algo que nunca falla. Y es tan enormemente divertido verlos cómo se derrumban en un colapso. ¿Nadie más, Cora?

—No —la aludida encendió un cigarrillo—, justo los rufianes esos, pero están todos en el *foyer*, protegiendo el ascensor. Y la puerta se cierra desde dentro. ¡Eh, un momento! —De repente se acordó de la madre de Peg. Era una cocinera de comidas rápidas en algún *drive-in* de apertura incluso nocturna<sup>[8]</sup> en Evansville; Peg acostumbraba recogerla, una vez finalizado su trabajo cocinero, el sábado, para pasar juntas el fin de semana—. No, pero Peg no estará allí —dijo, con un manantial de alivio interior que la inundaba toda por dentro—. Los sábados se va a visitar a mamáita...

—¡Qué lástima! —suspiró Brand.

—Siempre puedes sodomizar a Irving —sugería Tony.

Brand lo ignoró, y proseguía:

—Y ahora llegamos a la parte delicada de la operación —retornó al diagrama—. Llevaremos las bolsas del botín afuera, a la terraza..., notad aquí esta protuberancia fuera del piso cuarenta y nueve —trazó otra flecha indicadora y escribió la palabra «cornisa»—, es un saliente estrecho, una cornisa como de algo menos de noventa centímetros de ancha que corre a todo lo largo del flanco del edificio. Tú y yo, Antonius, nos tornaremos en murciélagos y volaremos hasta ella. Luego, nos rematerializaremos de nosotros mismos, nos quedaremos allí de pie, y tú, Cora, dejarás caer las bolsas encima de donde estemos, que ya las atraparemos. Luego, Tony, las arrojaremos por la ventana abierta; ¿está claro? A continuación treparemos por esa misma ventana y tú, Cora, nos seguirás allá, primero como murciélagos y luego con tu personalidad actual. Cargaremos las bolsas en el ascensor y bajaremos a toda prisa, tan ricamente, hasta la planta de la calle. Los accesos al vestíbulo estarán clausurados, naturalmente, de forma que habremos de llegar hasta la calle vía alguna otra salida..., una ventana de las oficinas, o algo así. Ese es un punto de menor cuantía... y... *voilà!*

—¡Tan simple como todo eso! —Tony estaba resplandeciente, colmado de admiración—. ¡Fabuloso!

—Es un gran plan —estuvo de acuerdo Cora—, verdaderamente un amor.

—Sí. Pero todavía hay más. Aparcado fuera, en algún sitio a lo largo de esa manzana de edificios, en la avenida Holland, o en el Plaza, o en una calle lateral, nos

esperará nuestro vehículo para la perfecta escapatoria: un camión de la perrera...

—Yo conduciré —seguía explicando—, el dinero se meterá atrás, protegido por dos lobos salvajes.

—¿Lobos?

Tony estaba anonadado, más que estupefacto.

Cora lo había entendido en el acto, y preguntó:

—¿Te refieres a nosotros?

—Precisamente.

Tony seguía sin enterarse; preguntaba:

—¿Cora y yo?

—Sí. Vosotros dos os convertiréis en lobos.

—¿Qué jodienda es ésta?

—Debido a la policía, cabeza de chorlito. Si el robo es descubierto antes de que podamos salir pitando, habrá controles en todo el puñetero vecindario. Ahora bien, ningún poli soñaría siquiera con rebuscar dentro de una furgoneta de la perrera..., especialmente si la misma contuviera dos feroces come-hombres con ojos enrojecidos y llameantes y mandíbulas que babeen espuma...

—¡Maravilloso! —Cora aplaudía con ganas—. ¡Ingenioso! ¡Espléndido! —Se puso en pie de un salto—. ¡Condenación, rayos y truenos! ¡No hay manera de que fallemos ésta!

## CAPITULO XXV

Decidieron pasar el resto de la noche en la ciudad. Fueron al establecimiento de Joe el Chino para comer *chop-suey*, y luego a The Benito, en la Pequeña Italia, para la cosa alcohólica, el copeo y tal.

Sentados en una mesa lateral, apartándose de los bichos raros que allí bailaban, se tomaron *whiskies* dobles y fumaron algo de marihuana, aunque lo cierto es que Cora no necesitaba nada parecido. Se encontraba ya volando, de pura anticipación.

—¡Brand! —pronunció en alta voz, definitiva y tajante—. ¡Tienes una mente sin par igual!

—¡Oh, bueno!...

—Secundo esta moción —dijo Tony, tomando a renglón seguido la mano del viejo monstruo y cubriéndosela de besos serviles—. ¡Maestro, soy vuestro esclavo por la eternidad! ¡Mándame!

—Chicos, me dais coba sin necesidad —sonreía Brand, rebosante de dicha y con cabeza de calabacín bajo las pulsantes luces anaranjadas—. Sólo soy un tipo habilidoso, nada más. Un astuto y hábil desgraciado y anciano.

—Secundo esa moción también —emitió Tony.

—Pero qué es eso del lobo, ¿eh? —quería saber Cora—. ¿Cómo lo ponemos en funcionamiento?

—No resulta más difícil que la cuestión de volverse murciélago —le aseguraba Brand—. La rima es... —eructó, envenenando el ya contaminado y maloliente aire del lugar—, la rima es mucho más sencilla: «Aúlla», «merodea», «piel», «gruñe», «perro sin raza definida», etc. Todo lo que debes hacer es ponerte en el lugar del bicho, pensar en cosas caninas...

—¿Pensamientos caninos? —Tony daba chupadas a un porro—. ¿Por ejemplo?...

—Pues piensa en la luna, verbigracia —le recomendaba Brand— o en cómo corres por un sendero del bosque, gruñendo y meneando la cola, con las zarpas, los incisivos que se vislumbran apenas cuando abres las mandíbulas por un segundo, tus mandíbulas, rajando como unas tijeras y, en general, ladrando como un rufián con cola.

—Eso suena fácil..., *g-r-r-r*—...

Tony se evaporó en un centelleante torbellino de mareantes espirales, y en su sitio, sentado a la misma mesa, apareció un lobo delgadurrio y de pelo costroso y desigual, con un cigarrillo de papel color fresa colgándole del morro.

—¡Ahora no, imbécil! —le reconvino ásperamente Brand—. ¡Basta virar!

La transformación duró apenas unos segundos, ya que el susodicho regresó nuevamente, a través de la oportuna espiral acelerada, a la normal presencia propia, al

«yo» propio de Tony.

—¡Sí! —emitió, entre una nubecilla de humo—. Ya veo lo que quieres decir.

—¡Santo cielo! —susurró, apenas, Cora.

Un camarero llegó a toda prisa, y les chilló, histérico: «¡No se admiten perros aquí!». Luego se detuvo en seco, y los miraba de hito en hito.

—¿Perros dice, seeeñooor? —le lanzó Brand, con una sonrisa tan fingida como insolente—. Si desea usted entrar en conversación con nosotros, le ruego trate de mostrarse un tanto más explícito...

—Pensé que tenían un bicho con ustedes.

Con lo que, inclinándose, empezó a investigar por debajo de la mesa.

—Deje de miruquear por debajo del vestido de la señora. —Y Tony lo apartó de un empujón—. ¿Qué demonios es usted, un fetichista de pantaloncitos?

—Pensé que llevaban un perro consigo —insistía el otro, quien, sin embargo, se alejó rezongando.

—¡¡Tony!! —Y señalaba Cora hacia la mano del aludido—. ¡¡Fíjate!!...

Sobresaliendo del puño izquierdo de su camisa observábase una enorme *zarpa*.

—Acaba tu... —volvió a eructar Brand—, acaba tu transfiguración, ¡melón!

—¿Qué... —a Tony le entró el pánico— puedo hacer? ¿Cómo hacerlo? —Hizo ondear la cosa hacia ellos; parecía un guante peludo—. ¿Qué hago?...

—Piensa en ti mismo.

—¿Uhhh? ¿En mí mismo? ¿En mí?

—No tendría que resultarte tan difícil —se mofaba Cora.

—Piensa en rimas de Logan —lo instruía, impaciente, Brand—. Piensa en notas del piano y en jugar a los dados, venga, y en chaquetas de mezclilla tipo Harris, ¡y en patinar, siempre al alba, sobre una delgada capa de hielo! Y piensa en gargantas, en coches deportivos, en bares y copeo, en la riqueza que estás a punto de conseguir, en billetes de banco y en cigarros puros, en un nuevo par de zapatos, y en tu «yo» eterno.

Contemplaron cómo Tony se concentraba férreamente, aguantando incluso la respiración, mientras mantenía la zarpa oculta a su espalda. Finalmente, el interesado puso el brazo en el borde de la mesa. Allí estaba su mano, fijada con normalidad en el extremo de la muñeca.

—U-u-u-u-hhh —jadeó Tony—. ¿Os habéis fijado en eso? ¡La jodida zarpa! ¡Una zarpa, tío! ¡Fiuuu!

Un tipo fornido que vestía traje blanco, salido repentinamente nadie sabía de dónde, agarró a Cora, mientras le decía:

—Vamos, Miss Goobard, ¡menearemos el esqueleto!

La puso en pie de un solo gesto y la sacó hasta la pista de baile del local.

A continuación una sílfide que vestía una toga en piel de tigre se puso delante de Tony, y mientras le pellizcaba la nariz, adujo:

—¿Qué pasa contigo, majete? ¿Te apetece que nos frotemos un poquito?

—¡Como las balas! —fue la respuesta, y el susodicho se puso en pie de un salto.

—¡Y yo, y yo! —Brand salió como mejor pudo de su asiento—. ¡No tenéis que abandonar al mísero y viejo Brand, el último de los pobres diablos! —Se pegó como una lapa, en abrazo de oso, a una rubia que acertó a pasar por allí—. ¡Hola! —Y la miraba, lascivamente, de soslayo—. Una funda dorada para mi cinturón y alrededores...

—No me apetece bailar, zarpas largas.

—Tampoco a mí. Vamos a limitarnos a desaparecer y *darnos el lote*.

Y la arrastró consigo hacia un rincón.

Las luces en continuo destello cambiaron del naranja al púrpura. Cora bailó tres estruendosas piezas seguidas con su pareja vestido de blanco, y luego también ellos dos se esfumaron entre las sombras. Lo besó en la garganta.

—¡Ju-júuu! —chillaba el infeliz—. ¡Me encanta! ¡Me derrite! ¡No pares!

Cora lo obedeció, desde luego, y en unos instantes más el susodicho perdía totalmente el sentido.

Las luces púrpuras cambiaron a amarillo y verde, siempre centelleantes. Tony se llevó, bailando, a su sílfide a otro receso en penumbra total, y allí la mordió lascivamente. Ella emitía entrecortadas risitas, y luego intentó gritar. Sólo que ya resultaba demasiado tarde.

El camarero llegó, presuroso y autoritario, hasta Brand y la rubia, estrechamente enlazados en el suelo. Aullaba:

—¡Eh, vosotros dos! ¿Qué andáis haciendo por ahí? ¡Ni hablar del asunto aquí! ¡Hala, cada uno por su lado!

—Únete a nosotros —le lanzó Brand, acorralándolo contra un rincón, donde lo apretó contra el muro convenientemente.

Aquello fue el domingo. El lunes por la noche Tony encontró una auténtica furgoneta de laceros, abandonada en un solar repleto de viejos coches usados, vendidos a bajísimo precio; era un modelo Ford de 1971 y le costó 600 dólares. Brand facilitó esos fondos. Tenía un pequeño tesoro, compuesto por *luisas de oro*, oculto en su alcantarilla. Cada una de aquellas monedas valía alrededor de cien dólares, así que le vendió siete piezas a una tienda de numismática en la calle Market y luego, acompañado de Tony, se fueron a comprar el vehículo el martes por la noche.

Lo condujeron al garaje de Downing Lane, y mientras Tony se afanaba con el motor, Cora y Brand se dedicaron a pintarlo, pasando después a inscribir limpiamente en sus flancos el letrero identificativo: «PERRERA MUNICIPAL (CGS)».

—¿Qué significan esas iniciales «CGS»? —quería saber Tony.

—*Cum grano salis*<sup>[9]</sup> —respondió Brand, guiñándole el ojo.

A todo lo largo del miércoles y el jueves practicaron con sus metamorfosis respectivas en murciélago y lobo.

El viernes, ya en el umbral del gran acontecimiento, su tensión resultaba tan aguda que eran incapaces de verse unos a otros.

Cora fue directamente desde su trabajo a la estación del ferrocarril, y permaneció allí sentada, en una sala de espera, hasta las cinco de la mañana, leyendo una obra de Barbara W. Tuchman titulada *Un espejo distante*; luego regresó a su apartamento y tocó el violoncelo un par de horas. (La señorita Smartass no estaba ya por ahí para quejarse del ruido; se encontraba en el hospital).

Cuando cerró El Columpio, Tony, a falta de otra cosa mejor que hacer, se unió a una patrulla de «vigilantes», sección tropas de asalto, y pasaron toda la noche merodeando por el West Side, arriba y abajo en la calle. En la avenida Gordon capturaron a un drogadicto intentando penetrar en un *drugstore*; le metieron una estaca por el corazón y lo dejaron colgando, cabeza abajo, de la farola más próxima.

Finalmente, hacia las seis y media se deshizo, subrepticamente, de su compañía, y retomó al garaje. Trepó a su féretro, se fumó un buen puro y estuvo leyendo la revista *Time*.

Brand se paseó nada menos que por tres cines, y vio cinco aburridas películas: *Voces y Quinteto*, en el Boulevard; *El cazador de venados*, en el Plaza; y *Juego sucio* y *Muerte en el Nilo*, en el Art; todos los filmes le parecieron algo soporífero.

Más tarde, inquieto cual gato, tomó un taxi hasta el aeropuerto y se pasó una hora allí contemplando los reactores. A continuación, ya de regreso en la ciudad, se metió en un tabernucho de la calle Joseph y dejó pasar cuatro horas bebiendo tequila marca Sunshine y contemplando, sin verlas, a un pelotón de desanimadas y aburridas chicas que se desvestían cansinamente.

Bajó a la alcantarilla como a las cinco, se afeitó (Cora le había hecho prometer que se rasuraría cada noche), tocó el Adagio del tercer concierto de violín, en sol mayor, de Mozart, leyó su escena favorita de «Romeo y Julieta», esa donde dice:

*«Las velas nocturnas se han consumido ya, y  
el jocundo día  
aparece, de puntillas, sobre las neblinosas  
cúspides de las montañas.  
Debo irme, y vivir, o quedarme, y...  
Efectivamente, morir».*

Otro tanto aconteció a Cora y a Tony; los tres pasaron al otro barrio conjuntamente, petrificados de *rigor mortis* y miedo a actuar escénicamente.

## CAPITULO XXVI

Y, claro está, llegó el sábado.

Cuando Cora se presentó en el guardarropa Peg ya se encontraba allí, retorciéndose para entrar en sus atrevidos «*panties*»; era la primera vez, en meses, que llegaba temprano al trabajo. (¿Era ello otro presagio? Y si lo era, ¿propicio o lo contrario?).

—Hola, Cora.

—Hola, Peg.

—¡Mierda! ¡Estoy hecha puré! —Bostezó como un desfiladero completo—. La semana ha sido dura, no te lo digo en broma...

—¿Con Argoli, quieres decir? —Se le escapó aquello antes de pensarlo siquiera. ¡Cristo! ¡Vaya espantosa metedura de pata!

—¿Qué? —Peg la miró con un total enarcamiento de cejas, estupefacta—. ¿Y tú cómo estás enterada de eso? ¡Eh! ¿No eras tú la que andaba allá arriba, en el tejado, espiándonos, verdad?...

—No..., yo..., bueno. —Se estiró el plateado traje de noche. Necesitaba llevarlo a la tintorería. ¡Cielos, apestaba como una vieja toalla usada!—. En realidad —mintió—, Peg, todo el mundo conoce vuestro asunto...

—¿Ah, sí? Eddie debe de haber estado largando, ese bocazas... O ese otro esquirolo gordo como un tocino, el tal Irving. Y no es que me importe un bledo. Ojo, amorcito, te lo estás poniendo del revés.

—¿Cómo? ¡Oh!

Cora se quitó el vestido no sin dificultades, y volvió a ponérselo correctamente, ya con mayor calma. ¡Jesús! Los augurios aparecían en motrollón, y rápido; *si te metes el traje del revés, mala suerte todo el día es lo que ves*. ¡Leches!

—Únicamente lo hago por pura necesidad —explicaba Peg—. Me echa uno de a cien de vez en cuando, si lloriqueo haciéndome la pobretona. Y la verdad, hermana, me lo gano, ya lo creo que sí. ¡Qué tipo tan lamentable en la cama! Atenderlo es como..., como si...

—¿Vas a ver a mamáita esta noche?

—... como hacerlo con un camello. ¿A mamá? Sí, ¿por qué?

—Por nada. Dale recuerdos míos.

—Desde luego que lo haré.

Antes de subir al piso de arriba comprobó la puerta que comunicaba el vestíbulo con las escaleras, conforme venía haciendo cada noche a contar desde el lunes, siempre esperando casi verla convertida en algún muro de ladrillo o cosa por el estilo. Pero allí continuaba, polvorienta por el desuso, el cerrojo corrido de este lado. Ya

había probado a moverlo; el martes, incluso lo aceitó. Se abría y cerraba tan suave como una cremallera en buen uso.

En el casino, la mesa de la ruleta estaba sin fundas, y Eddie abría cartones de fichas.

—Una gran noche —anunció—, hay un montón de emires nuevos en esta ciudad...

—Todos esos árabes pecan contra el Corán —observó ella, un tanto futilmente—. El Profeta no está de acuerdo con el juego de azar. —Echó una mirada de soslayo al reloj. *Diable!*, qué larga iba a ser aquella noche. Las horas se le venían encima como los peldaños hacia el cadalso.

—El único beneficio en que estamos interesados lo constituyen los ingresos globales. El jefe estima que quizá entren de uno a dos millones.

Cora dejó caer la boquilla con el cigarrillo. ¡Uno o dos millones! La codicia la calmaba igual que una inyección a tiempo. De acuerdo, por toda aquella *pasta* se hallaba dispuesta a aguantar cuanto le tuviese reservado el sábado, pasara lo que pasase.

—*Inshallah!* —dijo para sus adentros.

Quedaron abiertas las puertas del casino, y la multitud empezó a entrar.

En El Columpio, Tony interpretaba *Mi corazón pertenece a papáito*, dando una nota falsa tras otra, hasta lograr que Cole Porter semejara música atonal. Louie y la clientela, imaginando que se dedicaba a hacer payasadas, aún le aplaudían.

Un bufón dejó caer un cuarto de dólar en el caballito de cristal que había sobre el piano, y se mofaba diciendo:

—Mi contribución a la Fundación en Memoria de los Doce Tonos «Arnold Schönberg».

Luego, se sentó en una mesa junto al ejecutante.

Un habitual, por nombre Oscar, sentado justo frente al aludido, sonreía:

—¡Vaya pianista en fino! —manifestó, exhibiendo una sonrisa bobalicona.

—Prefiero a Rubinstein —replicó el burlón de marras—. Sus trémolos adquieren mayor vibración.

—Pienso lo mismo por mi parte.

Y ambos compartieron una contenida risita entre dientes.

Tony probó a ejecutar su popurrí, usualmente ligero y elegante, sobre el tema de *En la ciudad*, dándole lo que llamaba el «toque a lo Stanley Donen», pero la realidad es que sus dedos eran auténticas bananas, y todo el recital le salió la mar de zompo.

—Mejora sobremanera —afirmaba Oscar— cuando se quita los mitones.

Finalmente, Tony lo dejó estar; se retrepó en el asiento y encendió un puro. ¡Aquello estaba volviéndose algo cómico! ¡Condenación! Tendría que aprender a dominarse o estaría convertido en una ruina babosa antes de sonar la hora del cierre

en aquel establecimiento. Empezó a hacerle señas a la camarera para que le trajese otro coñac, pero luego cambió de idea. No..., nada de copas. Ya había tomado tres o cuatro. Incluso quizá cinco. Trató algo de yoga elemental, cerrando los ojos, inspirando y exhalando profundamente, desanudando los músculos del vientre, pretendiendo imaginar que estaban a viernes, y no a sábado... Viernes, sí, tómatelo con calma, chico..., aún te quedan veinticuatro horas antes de meterte en semejantes honduras... Tranquilo, chico.

—¡Se ha desmayado! —gritaba el bufón.

—¡Ponte a trabajar, Tony! —le chilló Louie.

*Toca un nocturno, chaval*, susurró una voz en su cerebro, *eso apaciguará tu perturbado espíritu*.

Abrió los ojos. Brand estaba sentado en el bar, tomándose una cerveza y comiendo cacahuetes.

Tony echó mano al teclado y se sacudió, de cabo a rabo, la sonata número 2 de Chopin, opus 27, sin marrar una sola nota.

—*Cinq rouge!* —cantó Cora—. Cinco rojo, *impair et manque*.

¡Aquél era el séptimo rojo seguido! Decidió que si, entre las cinco vueltas siguientes, tres salían *negro*, aquello iba a significar que el robo de esa noche constituiría un excitante y total triunfo.

Hizo girar la rueda.

La bola rodó, primero al 33, luego, en la vuelta siguiente, al 20, y finalmente, a la tercera, ¡en el 15! ¡Estupendo! Había, pues, un augurio que dominaba a todos los demás. «*Quinze noir!* —cantó—, quince negro, *impair et manque*». ¡Negro! ¡Negro a su favor! ¡Lo negro es hermoso! ¡Negro para aquella noche en concreto! ¡Negro como un murciélago! Se rió, tan queda como atolondradamente, y varios árabes le pusieron mala cara, estimando que se carcajeaba debido a sus pérdidas propias. *Alah!* ¡Estaba empezando a ponerse histérica!

—Hagan sus apuestas, por favor. —Colocó otro cigarrillo en la boquilla y lo encendió—. *Faites vos jeux!* Se obligó a supercongelar su agitación anímica, convirtiéndose en la antigua Doncella de Hielo del folklore ártico. «Si de entrada no logran el éxito —recogía las fichas mientras hablaba—, ¡vuelvan, vuelvan a probar!». Todo el mundo sonrió, relajándose con ella, dejando que la furia del juego en sí aflojase un poquito.

Observaba la oscura tez de quienes rodeaban la mesa de juego, sintiéndose cual prisionera en un serrallo, recordando la avenida Lexington y los años treinta, la lluvia y llovizna neoyorquinas, a la par que las canciones de Broadway. ¡Oh, aquellas estupendas y lamentables tonadillas!

«¡Caramba, chica, eres estupenda!  
¡Caramba, chica, toca la campana  
din-don, din-don, din-don!».

¡Ah, si al menos Fanny Brice estuviera allí!..., o Vic Moore, o Scott Fitzgerald, o Benny Goodman, o César el Viejo..., en vez de todas aquellas jodidas ratas islámicas del desierto... Se preguntaba a cuántos de ellos sería capaz de recordar... Incluso ahora mismo había olvidado qué cetrinos rostros pertenecían a cada nombre... Anwar..., Habib..., Hussein..., Mehdi..., Mahbub..., Saddam..., Abed..., Youssef..., Nihad... ¡Era atroz, cómo se parecían todos ellos entre sí! Por su parte, ella constituía una isla en un lago de flotantes chaquetas de «smoking». Y ahora entraba una nueva manada de ellos, escoltada por el propio Argoli... Eso significaba que iban a jugar con fichas blancas de a mil dólares, y otras, rosas, de quinientos. ¡Mierda!... ¡Y todavía no era más que la una de la noche! Los oídos no dejaban de resonarle..., ring!, ring!, ring!...

—Tienes pinta de estar cansada. —Eddie permanecía de pie a su lado—. Tómame un descansito.

Pasó al lavabo de señoras y se enjuagó abundantemente el rostro con agua fría. Luego, quedóse de pie, contemplándose en el vacío espejo, preguntándose a quién se parecería, qué aspecto tenía.

Oscar y el bufón estaban sentados ahora en la misma mesa, venga a decir tonterías, tirándose uno a otro tierna, dulcemente, de las respectivas corbatas, sin dejar de susurrar entre sí y de carcajearse. Tony interpretaba *Noche y Día* y cantaba melódico, a media voz, por el micrófono.

En el bar, Brand leía un diario, bebiéndose la enésima cerveza. Se puso un cigarrillo entre los labios; prendió una cerilla con torpes movimientos, pero no consiguió hacer coincidir tabaco y fuego, encendiendo en cambio el periódico, que ardía en pompa al instante. Una mujer lanzó un chillido y un caballero gritaba por su parte, reclamando cuidado: «¡Eh, ándese con ojo ese de ahí!». El barman vació una jarra de agua sobre las llamas incipientes.

Cora hizo girar la rueda. Había fichas sobre todos y cada uno de los treinta y seis números. Estaban cubiertos *Passe, Manque, Pair et Impair*, amén de los rectángulos rojos y negros; por lo menos estaban colocados —contó los montones de rosas y blancas apiladas en la parte inferior de la mesa— quince de los grandes en el D12, M12 y P12.

Solamente un cuadrado aparecía vacío, allá al inicio de la mesa, tan remoto como una cúspide montañera..., o un ático en cualquier edificio...

Se quedó contemplando, a través del océano de fichas, semejante hiato.

*El augurio definitivo y final, pensó.*

Cero.

Allí mismo, impulsada por la excitación del momento, hizo un pacto con el Destino, arriesgándolo todo a un solo impulso: *Si sale cualesquiera otro número, se nos jorobó el asunto.*

Pero no..., el cero no aparecía..., ¡jamás!, ¡jamás!, ¡jamás! Ahora sí va a salir —díjose interiormente, en una afirmación de la voluntad—. *¡Ahora!*

—¡No más apuestas! —cantó—. *Les jeux son faits!*

¡Y ciertamente lo estaban! ¡Era ahora o nunca!

Giró la rueda.

¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

Brand sacó el reloj y le lanzó una furiosa mirada: la una y cuarto. Dio cuerda al instrumento, que, deslizándose de entre sus dedos, acabó en el propio vaso de cerveza del interesado.

El barman se le quedó mirando fijamente.

Brand metió los dedos en el líquido y pescó el reloj, secándose en la manga; pero, al mismo tiempo, con el codo derribó el vaso, y casi inunda el bar.

El hombre y la mujer que permanecían sentados a su lado dieron un salto para abandonar sus escabeles, y retrocedieron, entre alaridos.

El barman enjugó a conciencia la mesa valiéndose de un trapo.

Tony, mientras tanto, tocaba *Estuve trabajando en el ferrocarril*. La bola plateada fue dando saltitos, hasta acabar en el 0.

—¡Cero! —advirtió, en alta voz, Cora.

Hubo un unánime gruñido de rabia cuando la chica tomó, con su rastrillo, todas las fichas.

—Esta ruleta —se alzaba una voz— casi seguro que estará trucada...

Cora miró hacia el acusador. ¡Santo Cielo! Era un japonés. ¡De dónde vendría!

Le ofreció su mejor imitación del acento oriental de cualquier teatro cómico, aseverando:

—Pues no me sorprendería... ¡es una ruleta fabricada en Japón!

Todo el mundo se partía de risa, y de ese modo quedó sin efecto la revuelta.

El bufón y Oscar empezaron a reñir, golpearse, y zumbarse al fin de lo lindo, mientras borboteaban insultos del género de: «¡zorra!»; «¡sádico!»; «¡golfo!»; «¡reina de los mares!», etcétera.

—Dejadlo estar, chicos —bostezaba Tony.

Louie y la camarera llegaron corriendo desde el otro extremo de la sala, y separaron a los contendientes.

Brand, en el bar, empezó a beberse una nueva cerveza; la apretó, nervioso, y el vaso se aplastó en su puño, volando trochos hasta quienquiera se hallase en sus

inmediaciones.

El airado barman recogió los cristales y demás.

Hubo también una pelea en el casino. Dos palestinos y un emigrado iraní se metieron en una riña mutua, y Eddie tuvo que ponerlos, cortésmente, lo que se dice de patitas en la calle.

A la una y media el picajoso nipón de marras ganaba treinta mil dólares. Los cuales había vuelto a perder hacia las dos menos cuarto.

Cora no era ya capaz ni de identificar los números de su mesa, y hubo de tomarse otro descanso para calmar sus irritados ojos.

Oscar y el bufón hicieron las paces, e insistían en que Tony interpretase un *Ave María* mientras ellos dos bailaban juntos.

El aludido los complació, a la par que hacía señas a la camarera.

—¿Coñac? —inquirió ésta.

—No; una aspirina.

Brand eructó y derribó al mismo tiempo un cuenco de cristal que contenía cacahuetes, pero para entonces todo bicho viviente había huido del bar y se encontraba solo, beatamente ignorante del jaleo originado por su culpa.

Louie se le acercó, caminando con levedad, y sugería:

—¿Por qué no te marchas a casa, papaíto?

Brand dejó escapar un aire, sonoramente, mientras Louie se largaba más que a paso.

—*Quatorze* —anunció, cansinamente, Cora—. *Manque et Impair...* No, lo siento, quería decir... *Passe et Impair...* O sea, no, *Manque et Pair...* Catorce... —¿Sería el rojo o el negro?; miró los números entrecerrando los ojos, Rouge, croaba roncamente—. Rojo.

Por fin El Columpio quedaba cerrado por aquella noche.

Sólo quedaban ya tres clientes: Brand, dormido como un tronco en el bar, la cabeza descansando entre los brazos; el bufón, y Oscar, quienes bailoteaban somnolientamente mientras Tony interpretaba un tango soñador. Pero también acabaron yéndose, cogidos de la mano, y no sin dejar antes un billete de cincuenta dólares en el caballito de cristal situado encima del piano.

Tony lo agarró con ansia, cerró la tapa de su instrumento con rudeza, se puso en pie cual movido por resorte, y, corriendo hasta el bar, despertaba allí a Brand.

—¡Vámonos, Oswald!

—¿Qué? ¿Cómo? —El aludido se despertó sobresaltado, abriendo y cerrando la

boca, y bromeaba—: ¡Eh!, necesidades y condenación, ¿verdad?

—¡Son las dos y diez!

—Pues entonces, ¿a qué esperamos? —Y rodó, descabalgando del taburete—.

*Allons-y! ¡Adelante, soldados!; Ave atque vale!*

Y a continuación se derrumbó.

Tony llegó a tiempo para recogerlo entre sus brazos, y decía:

—¡Por Cristo todopoderoso! ¿Ya estás calamocano?

—Apártate de mi camino, tengo que vomitar.

Y así lo hizo, en efecto.

—Es hora de cerrar, damas y caballeros —advertía a grito pelado Eddie.

Cora miró en su derredor, cual si estuviera atontada; todo el mundo abandonaba el local. Los ayudantes ya estaban tapando la mesa de la ruleta, y había dos pistoleros de servicio que se encaminaban hacia el mostrador del cajero para recoger los sacos del dinero.

Cora no daba crédito a sus ojos. Eran nada menos que las tres de la madrugada.

Devolvió las fichas en su poder y corrió escaleras abajo, dirigiéndose al guardarropa.

## CAPITULO XXVII

Cora se despojó del traje de noche plateado y se vistió de calle. Era una actuación frenética. La barbilla y los brazos quedaron enredados en su vestido de noche y tuvo que romper ambos tirantes de los hombros para liberarse. Dejó caer un zapato, y, al inclinarse para recogerlo, se dio en la cabeza con la puerta del armario. El enganche de su sujetador se rompió, y Cora deshízose enteramente de la tal prenda. Perdió un botón de su abrigo tipo *loden*. No podía encontrar el otro zapato. Gastó diez minutos, tan preciosos como apresurados, a la búsqueda del calzado, y finalmente lo localizó en el fondo del armario de Peg.

A las tres y cuarto descorrió el cerrojo de la puerta de la escalera, abrió la misma, la atravesó, y terminó cerrándola suavemente tras de sí.

Ascendió a la carrera las escaleras hasta el vestíbulo, pieza en la cual había algunas mortecinas luces nocturnas. Los altos muros de ladrillo y cristal estaban envueltos en las sombras. Podía escuchar el alboroto de una película exhibida en televisión, dentro del cubículo del sereno y guardia.

Los ascensores se encontraban justo a su espalda: doce de ellos. Se introdujo en el último de la fila, el expreso conducente a los últimos cinco pisos de aquel edificio. Apretó el botón marcado con el número 49.

El elevador dio un brusco salto hacia arriba por el interior del correspondiente pozo, cabeceando como y saltando cual montaña rusa, en medio de estruendosos ruidos metálicos, parpadeantes sus luces indicativas, que se encendían y apagaban sin tregua. Luego, en algún punto entre el piso veinte y el treinta se detuvo en seco. Cora volvió a pulsar el oportuno botón. El ascensor trepó otros diez pisos, y tornó a pararse. La chica propinó al pulsador un golpe de cuidado, y prosiguió la subida del instrumento, con paradas y repentinas puestas en marcha, hasta que la puerta del piso 49 se deslizó, abriéndose por completo.

Un largo, recto, y amplio corredor, donde centenares de puertas se abrían ante su vista, apareció ante ella, en dirección sur-norte. Había realizado por allí una corta visita de investigación la noche del martes, antes de presentarse en su trabajo, de forma que sabía que la escalera conducente al ático se hallaba a su izquierda, la terraza-tejado directamente encima, y la pared este de la Torre a su derecha.

Avanzó hacia la primera puerta a mano derecha, que daba sobre aquel corredor, y giró el pomo. Cerrada. Corrió hacia la siguiente, y ésta se abrió.

Hallábase en una amplia oficina, desprovista de ventanas y abigarrada en cuanto al número de mesas de trabajo. Cruzó la estancia, abrió una puerta interior y penetró en una pequeña biblioteca cuyos muros estaban recubiertos de estanterías conteniendo obras jurídicas.

En esa pieza sí había una ventana. La abrió, y permaneció por un instante contemplando allá abajo, a millas de distancia por debajo, las luces de la ciudad, relumbrantes como gemas submarinas, aunque visibles tan sólo a través de una capa de niebla.

Examinó la ventana. Resultaba perfecta: ancha, de dintel redondeado, estilo Palladiano; no tendrían la menor dificultad en hacer pasar el dinero a su través.

Se desvistió con rapidez.

Luego, se encaramó al alféizar, bajó por la cornisa, y se zambulló en la noche.

La furgoneta para la caza y captura de perros perdidos estaba aparcada en el cruce de la avenida Holland y la calle Jersey. Brand y Tony, desnudos ambos, permanecían sentados en su parte posterior, contemplando fijamente el piso cuarenta y nueve de la Torre a través de la semiabierta puerta trasera del vehículo; sus ojos de «criaturas» agujereaban, por así decir, el nublado cielo, centrándose en la altísima cornisa, a la búsqueda de Cora.

Brand se encontraba enfermo, lívido, con un estómago tan ruidoso como un campo de batalla. Eructaba y se pedorreaba, gemía y emitía ruidos chirriantes, dispuesto a anular toda la operación en marcha. Quejábase:

—Por favor..., ¡ay, mis tripas!...

—Es demasiado tarde para detenerse ahora. Estamos comprometidos.

—Tengo que desaguarme por algún lado.

Y empezó a trepar canalones arriba.

Tony lo retuvo, y devolvió a su lugar, protestando:

—¡Pedazo de cretino! ¡Alguien podría verte! ¡Mira, ahí la tenemos! —Alzaron ambos la vista. Cora aparecía en el borde mismo, justo debajo de la techumbre, apenas una motita en la inmensidad de semejante fachada, y la del cielo por añadidura; saltó al espacio.

—¡Buuu! —jadeaba Tony—. ¿Qué cojones está haciendo?

—¡Diablos! —emitía Brand a voz en cuello—. ¡Se le olvidó transfigurarse! —Salían dando tumbos, en su apresuramiento, de la furgoneta, y en mitad de ello empezaron a metamorfosearse, en dos delgadurrios murciélagos, los cuales arrancaron a volar en dirección al acantilado urbano que era aquel rascacielos.

Cora descendió como una piedra a lo largo de quince pisos antes de que se abrieran sus alas. Un colchón de aire la atrapó, manteniéndola a flote por un instante, y luego la lanzó a una corriente que volvió a remontarla hasta los pisos superiores.

Luego, vio a Brand y Tony que llegaban, esforzada y difícilmente, hasta allí. Los llamó a gritos. Tony se aproximó y se precipitó sobre ella, con su horrible cara de ratoncillo convertida en mueca repelente, hedionda.

En ese punto y hora una brutal ráfaga de viento separó a los dos. Cora se elevó un tanto mientras Tony perdía altitud, navegando a través de la calle Jersey hasta dar en un tejado de enfrente. Allí, se estampó contra un tragaluz, lo pulverizó, cayó a su través, y hundiéndose en la oscuridad.

Bajó dando vueltas en torbellinos, recorriendo un vacío extensísimo y sin obstáculos, hasta posarse en un losa pétreo. La aferró, sujeto fuertemente a la misma, y miró en derredor suyo. Una calidez asfixiante lo envolvió de pronto. Su radar emitía a ráfagas concretas señales de peligro, identificando vidrios emplomados, columnas, bancos para sentarse..., y también, claro está, una vela ardiendo..., imágenes estatuarias, pilas con agua..., más columnas, urnas, naves..., otra vela..., más asientos tradicionales del tipo ya mencionado, etc.

La losa pétreo le quemaba de lo lindo. Se deslizó a través de la misma, hasta el otro lado y procurando averiguar su forma. ¿Qué había allí? ¿Un horno? ¿Una caldera? No... pudo ver el Tabernáculo, y sintió cómo el fiero chorro de calor lo socarraba a fondo... ¡Un altar! ¡Aquello era un altar!

¡Hideputa!

¡Estaba en una iglesia!

Aleteó salvajemente y salió zumbando; volaba recto hacia la techumbre de la nave del templo, como un cohete.

¡Se escaldaba! ¡Se mustiaba a toda velocidad! ¡Latigazos de derretida agonía lo azotaban!

Rebotó sobre las concavidades de una cúpula, en su búsqueda de algún tragaluz o similar abertura.

Allá abajo, lejos, las minúsculas llamas de las velas estallaron en volcanes incandescentes, hirviéndole con su luminosidad.

¡Se había terminado! ¡Que les dieran a todos por donde amarga! Por fin le había llegado su hora, con algo más agudo que la estaca lacerante, más mortífero que el sol. ¡Estaba en la cámara privada de tortura del mismísimo Anciano, y allí lo iban a freír, hornear, y cocer, a modo de justo castigo!...

*¡Oh Dios! —rogaba— déjame sólo que participe un poquillo en semejante aventura. No me compraré ningún Hispano-Suiza del 37, modelo K-6, con nuestro botín. ¡No lo haré! Adquiriré para ti una capillita de ladrillo en un bosque de robles. ¡Lo juro!*

Luego, ya había atravesado la ventana rota, libre, remontándose en el frígido viento, volviendo a atravesar con su vuelo la calle Jersey, como murciélago escapado de un infierno.

## CAPITULO XXVIII

Cora y Brand aterrizaron con toda seguridad al extremo de la terraza. Volvieron a materializarse en sí mismos, y, manteniéndose al abrigo del antepecho, avanzaban hacia el ático, situado en el extremo opuesto de la techumbre.

—Esperemos a Tony —susurró la joven, arrodillándose tras unos maceteros de enredaderas—. Debemos ir juntos.

—¿Y eso qué es? —gritó, casi, Brand—. ¡Escucha!

—¡Cierra la boca!

—¡Allí, fíjate!

Unos rotores pasaron cortando el aire por encima de ellos; era un helicóptero que se perdió de vista avenida Holland adelante.

—Tranquilízate, sólo es un helicóptero.

—¡Es que estoy tan nervioso!

—Domínate, ¡por lo que más quieras!

—Tú eres la que me vas a ayudar en ello. —Levantó su oscilante miembro de macho, y lo apuntaba hacia ella, ordenándole—: Venga, alíviame...

—No seas idiota.

—Por favor...

—¡Éste no es momento para cosas semejantes, loco de atar!

—Justo unos pocos tironcillos suaves, Cora, ¡te lo suplico!

—¡Basta con ello!

—O déjame que te lo meta por un ojo, y con un parpadeo tuyo, ¡listo!

—¿Quieres acabar de decir tontadas, demonios? Lo que es yo...

Tony se presentó en tromba, atravesando con brusquedad las enredaderas; parecía un corrimiento de tierras. Rodó cabeza abajo junto a ellos. Una maceta colocada encima de la balaustrada cayó de golpe a la calle.

—¿Por dónde andabas? —quiso saber Cora.

—Estuve dentro de una iglesia —reía el aludido—. Pensé que convendría recitar alguna plegaria en nuestro favor.

—Vamos. Ya andamos retrasados.

La maceta en descenso bajó marcando espirales hasta la avenida Holland, justo en el momento en que un coche patrulla policial doblaba la esquina de la calle Jersey.

La jardinera aterrizó sobre el auto policíaco, aplastándose contra su capó en una especie de cataclismo volandero de tierra y flores.

El coche se detuvo en seco, y una faz mongoloide saltó del vehículo. El agente se

quedó boquiabierto ante los destrozos.

Los visitantes nocturnos, mientras, aproximábanse al ático de lujo, donde las contraventanas estaban abiertas, y había luces en todas las habitaciones.

Sobresaltados, se deslizaron entre plantas y arbustos, acurrucados allá en la oscuridad, justo al borde del resplandor emitido por la zona de luz.

—¿Qué es esto? —silabeaba, quedo, Tony—. ¿Qué cojones está ocurriendo? Veían a Argoli, Eddie e Irving, de pie en el cuarto de estar, con las manos en alto. Dos negros enormes, de aspecto duro, salieron a toda prisa del lugar, portador cada uno de ellos de un pesado saco y una escopeta recortada.

—¿Qu... qué? —tartamudeaba Tony—. ¿Có... cómo diablos...? ¡Oye!, ¿pero... pero qué?

Luego, una chica se destacó en su campo de visión, enmarcada por la bien iluminada ventana. Lucía un impermeable, amén de una boinita tan chic como escasa, y cubría a Argoli, Irving y Eddie, con su Magnum calibre 357. Era...

—¡Peg! —jadeó Cora—. ¡Se trata de ella!

—¡Jódete y baila! —eructó Brand—. ¡Es un asqueroso atraco!

Un chorro de viento sopló por encima de sus cabezas, rompiendo en el acto los tallos de la vegetación, y, con eso, sometiéndoles a una ducha de hojas en torbellino.

Volviéronse para mirar al otro lado de la terraza. El helicóptero cabeceaba, dándose de golpes, en su esfuerzo por aterrizar sobre el tejado del edificio.

Otro negro salió un tanto ladeado, fuera de la cabina, aullando:

—¿Todo listo?

—¡Todo! —le lanzó Peg—. ¡En marcha, chicos!

La susodicha, flanqueada por los dos negrazos y el «instrumental», salieron más que a paso del *living*.

—Bueno —admitía Brand—, ahí va nuestro botín...

—¡Y un cuerno! —chilló Cora, la cual amenazaba con el puño al vehículo volador—. ¡Hijos de puta! —chillaba—. ¡Que domine aquí el mal tiempo!... ¡Haya trueno y relámpago, lluvia y granizo!

Efectivamente, el trueno restalló como un millón de demonios aplaudiendo. La vibración rajó los muros del cuarto de estar, derribando porciones del suelo, demoliendo el mobiliario, y tumbando las puertas. La conmoción arrojó al suelo, muy a su pesar, a Peg y a los dos negros en fuga. Un estruendoso diluvio de lluvia se dejó caer desde los cielos, inundando la terraza. Estallaban lumínicamente los relámpagos. Un granizo con piedras como antiguas balas de cañón destrozó totalmente cualquier ventana del ático, y bombardeó el helicóptero hasta dejarlo sin gobernabilidad.

—Echaos cornisa abajo vosotros dos —ordenaba Cora.

Tony y Brand desaparecieron, y en su lugar dos aterrorizados murciélagos, que emitían incesantes chillidos, volaron atravesando semejante tormenta.

La interesada salió repentinamente de entre el follaje, y atacó en el acto a los dos despatarrados negrazos. Uno de ellos se hallaba sentado, casi sumergido por las

incesantes oleadas de lluvia. La miró, y emitió un interrogativo «¿Uhh?». Cora le zumbó primero de través en la mandíbula, y a renglón seguido le arrebató de un tirón el saco de que era portador. Luego, se aproximó frenéticamente al colega del primero, le sacudió en plena cara, y aferró el segundo saco.

Empezaron a llegar disparos desde el *living*. Las balas rebotaban por doquier, bailando alrededor de Cora. Una pasó justo debajo de su nariz, y pudo oler su caliente aleación.

El piloto del helicóptero también respondía a tiros. La chica vio caer a Irving, con un agujero en la frente.

—¡Hijos de mala madre! —chirrió Eddie, apareciendo y desapareciendo por la ventana y sin dejar un segundo de descargar su «45».

Peg se arrastró a cuatro patas bajo la barrera de fuego, buscando a tientas su perdida arma calibre 0.357. Vociferaba sin tasa:

—¡Hacedlos picadillo! ¡Borradlos de este mundo!

El piloto aullaba de risa, y confesaba:

—¡Igualito que en el Vietnam! ¡Traed a los «amarillentos»!

Cora, aferrando junto a sí ambos sacos, corrió hacia el extremo oriental del tejado, dejando a un lado al helicóptero. Se inclinó sobre la barandilla. Brand y Tony ya se encontraban allá abajo, de pie sobre la cornisa del piso cuarenta y nueve.

—¡Échalo! —gritó Brand.

Ella le lanzó uno de los dos sacos, el cual fue atrapado por su compinche, quien luego lo arrojó a través de su inmediata ventana.

—¡Acaba con esta jodida lluvia! —trompeteaba Tony—. ¡No veo nada!

Cora hizo rodar el saco restante por encima del borde. Lo trató de atrapar su amigo situado abajo, pero falló, de manera que el recipiente número dos acabó en la pura calle, no sin que antes, en su desesperado intento de recogerlo, el susodicho compadre perdiera pie y saliese despedido de la cornisa.

—¡Condenación! —aulló Brand. Saltó tras de su amigóte, me— tamorfoseándose según descendía al vacío.

Los desfallecientes brazos de Tony agarraron el borde. Aferró otro voladizo, se agarró con desespero al mismo; empezó a balancearse allí, relinchando y pataleando.

Cora se volvió.

Eddie permanecía de pie tras ella, anonadado, sin dejar de contemplarla con expresión de incredulidad.

—¡Jesús! —susurraba—. Tú...

## CAPITULO XXIX

Allá abajo, en la avenida Holland, el poli de aspecto mongólico, bufando de rabia, aporreó el estropeadísimo capó de su coche patrulla.

—¡Oficial! —Un tipejo con sombrero hongo se aproximaba trotando por la acera, sin dejar de señalar al rascacielos—. ¡Oficial, mire! Si no estoy equivocado hay dos personas de pie en aquel resalte, allá arriba. ¡Fíjese bien! En el voladizo, mírelos...

El poli lo contempló con mirada dura, y preguntaba:

—¿Hiciste tú esto, tonto del culo?

—Perdone, no entiendo...

—¿Me tiraste la maceta tú?

—¿Un tiesto?

—Sí, eso, un tiesto.

—¿Yo? ¡No!

—¿Qué llevas en la cabeza?

—¿En la cabeza? ¿Esto? ¿Mi sombrero hongo, quiere usted decir?

—¿Andabas jugando a los bolos, a semejante hora de la noche, listillo?

—No, solamente practico *jogging*...

—...

El tipejo en cuestión no pudo escuchar bien la respuesta del policía porque en aquel preciso momento un pesado saco se precipitó desde las alturas y le atizó justo encima del cubrecabezas de marras, derribando al propietario y dejándolo, claro está, enteramente sin sentido.

El poli alzó la mirada.

Un murciélago le rozó en su vuelo, aleteando desde un lado de la calle al de enfrente.

Luego apareció un hombre desnudo, erguido sobre la acera.

—Excúseme —pidió Brand. Levantó el saco y se lo llevó, desapareciendo al doblar la esquina.

El agente se quedó inmóvil durante unos segundos, absolutamente perplejo; luego, chillando «¡Ni un movimiento!», sacó el arma reglamentaria, con la cual efectuó un disparo.

El proyectil hizo papilla el parabrisas de su coche patrullero, convirtiendo el cristal en la clásica tela de araña de rayas y demás.

Allá arriba en la terraza Eddie disparó a su vez.

Cora, de pie contra la balaustrada, y frente a su adversario, se desvaneció

simplemente, fundiéndose en la nada. Un murciélago se alzó en el aire y aleteó a través del tejado.

—¡Un bicharraco! —croaba el aludido, sin dejar de vaciar su «45».

La joven voló a partir del piso cuarenta y nueve y tornó a materializarse precariamente sobre la cornisa. Tony colgaba debajo de ella, cotorreando y aferrándose con las garras al voladizo.

—¡El saco! —aulló—. ¡Santo cielo, Cora, dejé caer el jodido bolsón!...

—No pasa nada; Brand se ha ocupado de ello.

Y tomándolo por ambas muñecas lo izó hasta situarlo a su vera...

Ambos treparon a través de la ventana hasta dar en la biblioteca.

—¿Dónde ha ido el otro? —jadeaba Tony—. ¿Lo tenemos? ¿Dónde estará?...

—Aquí lo tienes.

El repleto saco estaba efectivamente allí, tirado por el suelo.

Tony lo agarró sin dejar de decir «¡Fenómeno!, ¡maravilloso!», y cosas semejantes. Acariciaba su botín con excitación, y confesó:

—Lo hicimos, ¿uhhh? ¡Hemos conseguido salimos con la nuestra!

—Por los pelos —admitía Cora—. Tenemos como un cincuenta por ciento de éxito. —Recogió toda su ropa y empezó a vestirse—. ¡Sigo sin reaccionar! ¡Peg!

—Quisiera que me hubieses traído alguna prenda —se quejaba Tony.

—¡Entre tantísima gente, la propia Peg! Vamos, que no me entra en la cabeza... ¡Me deja patidifusa, alucinada! ¡Y un helicóptero!

—No me gusta ir haciendo el exhibicionista de semejante modo, así con el culo al aire...

—¿Y dónde está la diferencia? Si es que verdaderamente no tienes tú nada que ocultar...

—Vaya, te parece divertido. ¡Eso es lo más carcajeante de todo! Sabes, me hace papilla el asunto.

—¡Es tan chalado el asunto! ¡Peg! ¡Todos organizando la misma aventura, en una noche coincidente, idéntica! ¿No lo encuentras absurdo del todo?

—Supongamos que alguien me ve.

—Nadie te verá. Venga, ¡vámonos!

Tony se echó el saco al hombro y ambos pasaron a la oficina exterior, y desde allí al pasillo. La puerta del ascensor continuaba de par en par, con las luces de posición parpadeantes. Se metieron dentro y apretaron el botón correspondiente al vestíbulo. No hubo movimiento alguno.

—¡No funciona! —gritaba ella.

—¿Y no hay ningún otro jodido elevador?

—Abajo, a partir del piso cuarenta y cuatro...

Comenzaron a abrir las puertas, a la búsqueda de la caja de las escaleras. Encontraron un armario empotrado, un WC, otro armario similar, un retrete más.

—¿Dónde diablos está...? —se indignaba Tony.

—¡Vamos por aquí! —proclamó su compañera, abriendo el acceso a la escalera contra incendios. Se precipitaron abajo, hacia el piso cuarenta y ocho, luego el cuarenta y siete, el cuarenta y seis, el cuarenta y cinco...

En el rellano de la escalera correspondiente al piso cuarenta y cinco diéronse de bruces con una pareja desnuda, tirada sobre los escalones, copulando ruidosamente.

—¡Huyyyy!, ¡así, así! —emitía, vociferante, la muchacha—. ¡Ahí, ahí, ahí! ¡Sigue, sigue! ¡Sigueeee!...

—¡Acabe! —sollozaba el tipo—. ¡Quiero acabar! ¿Me oye, señorita Adams? ¡Acabemos! ¡Termineee!... ¡Uyyyy!...

—¿Quiénes son esa pareja? —susurró Tony.

—¿Y quién lo sabe?

Pasaron por encima de los amantes.

—No, hablo en serio; ¿de quién se trata?

—¿Y cómo voy a saberlo?

Toda la ropa de la pareja había quedado desparramada por el suelo. Tony recogió un par de zapatos, unos pantalones, una chaqueta. Cuando estuvieron ya en el descansillo de la escalera, a la altura del piso cuarenta y nueve, entregó su saco a Cora y se vistió a toda velocidad.

—¿Qué están haciendo ahí? —insistía Tony.

—¿A ti qué te parece que andan haciendo?

—No, de veras, ¿quiénes son esos dos?

—¿Y a quién cojones le importa el tema?

Dicho lo cual, tiró para abrir, de la puerta de salida.

Unas brillantes luces los recibieron; hubo un estallido de voces y de músicas.

Una fiesta sumamente animada funcionaba a tope en el corredor principal, así como en todas las oficinas, por doquiera del piso cuarenta y cuatro. Música «enlatada» resonaba estruendosamente, mientras cientos de personas, luciendo sombreros de papel, danzaban y daban tumbos de acá para allá, vertiendo sus bebidas y lanzando puñados de confetti al aire.

Un largo cartel pintado a mano y fijado en la pared proclamaba: «FELIZ CUMPLEAÑOS, SEÑOR SOMONOWITZ».

Tony recobró el saco. Manteniéndolo apretado contra su chaqueta robada, que camuflaba su desnudo torso, siguió a Cora a través de la celebración en curso, tratando de fundirse con el paisaje, como aquel que dice.

Una muchacha sentada en el puro suelo lo agarró por una pierna, y berreaba:

—¡Éste no lleva calcetines! ¿Dónde tienes los calcetines, picha gorda? ¿Qué has hecho con tus condenados calcetines? ¡Eso es lo que quisiera saber!

Él la apartó con violencia.

Otra mujer, de respetable tamaño, se aproximó a paso de carga a Cora y Tony.

—¡Escúchame! —Y movía el dedo ante el rostro de la aludida—. Stalin, Herbert von Karajan, el Ayatollah Jomeini y Woody Allen son las cuatro cúspides grandilocuentes del siglo veinte.

A renglón seguido la oradora en cuestión se derrumbaba por el suelo, gorjeando sin sentido.

Cora bajó la mirada para contemplarla, emitiendo un:

—¡Uauu!

—No dejes de avanzar —le recomendaba Tony, empujándola entre la multitud.

Pasaron ante un hombre quien, de pie sobre un archivador, hacía juegos malabares con unos vasos; algo más allá un botones, bebido del todo, dibujaba con un rotulador enormes falos sobre la pared. Otro beodo se les aproximó danzante, sujetando a una chica inconsciente entre sus brazos. Preguntó a Tony:

—¿Hacemos un intercambio? ¡Eh! ¡Vamos a cambiar! Ésta es la señorita Brunswick, del departamento de Contabilidad. ¡Es una verdadera fiera, créeme!

Tony siguió apartándolos a todos, y la pareja apresuró la marcha, a la busca y captura de un ascensor. Encontraron un tramo de escalera y bajaron hasta un entresuelo. La muchedumbre del lugar todavía era de mayor densidad que la de arriba. Un joven con hacha intentaba echar abajo una puerta, mientras gritaba:

—¡Déjame entrar, Gladys! ¡Sé que estás ahí! —Y, volviéndose hacia Cora, le pidió—: ¡Ayúdeme a derribar esta puerta! Mi secretaria está ahí dentro con el jefe de personal...

Cora abrió la puerta. Tres parejas sin un átomo de ropa cayeron en cascada fuera del armario empotrado, revueltos en un haz de piernas y brazos en plena confusión.

Tony se precipitó hacia un tipo con aire de ejecutivo, de más edad y aparentemente sobrio, quien permanecía apartado del resto y observaba sus extravagancias y excesos con visible asco.

—¿Dónde demonios está el ascensor? —le preguntó.

—Está usted despedido —le informaba, gravemente, el hombre aquel—. ¡Lo están todos! ¡Los he echado a todos! No quiero tener una chusma indecente de este calibre trabajando en mi empresa. —Señalaba hacia Cora—. ¡Y tú también quedas despedida!

Tras de lo cual tomó una trompeta de juguete de su bolsillo, la hizo sonar solemnemente, y se dio media vuelta para irse.

—Quizá es que no haya ningún elevador —manifestó Cora—. Puede que nos encontremos atrapados aquí, como esos personajes de Agatha Christie, los de *Diez negritos*...

Un negro se le plantó delante, rezongando:

—¿De qué hablas? *Diez*... ¿qué?

—El ascensor —insistía Tony por su parte—, ¿dónde está, tío?

—Nada de «tío» para hablar conmigo, basura —y le golpeó beligerante en un hombro—, pertenezco al consejo de administración, y tienes que dirigirte a mí

llamándome «señor».

—Buscamos el ascensor, señor. —Se echó para atrás, humildemente, Tony en esa concreta materia—. Queremos irnos de aquí.

—Eso ya está mejor. Sígueme, te lo mostraré. —Y los condujo a todo lo largo de aquel piso entresuelo—. Una fiestecita preciosa, ¿verdad?

—Sí —acordaron con él, al unísono, Tony y Cora.

—Normalmente no suelo aprobar festejos de esta índole. Mantengo la tesis de que los distintos niveles del personal han de hallarse rigurosamente separados, pero debo admitirlo, esto resulta muy agradable de vez en cuando; lo de tener todos esos coñitos de las secretarías a disposición. ¿Qué tal los polvos que se hayan podido echar esta noche?

—Claro —convino Tony—, he estado mojando el miembro como loco.

—Debo presentar excusas —gimoteaba Cora—, por mi metedura de pata a propósito de la referencia a Agatha Christie...

—¡Oh, olvídalo! Después de todo, el racismo anticuado de la señorita Christie era cosa más extravagante que ofensiva. Y además, creo que el asesino de la obra en cuestión acaba demostrándose que era un blanco. Aquí tienen mi despacho. Dispongo de cinco teléfonos, ninguno de los cuales figura en el anuario de la Telefónica —precisaba, abriendo una puerta—. Pueden ustedes servirse de mi ascensor privado.

Entró en un cuarto para almacenar material de oficina, que estaba vacío. Ambos lo siguieron inocentemente, sin la menor sospecha. El indicado cerró la puerta tras de sí, y sacó una Colt modelo Python de su cinturón.

—De acuerdo —lanzó con una risita despectiva—, entregadme el saco...

## CAPITULO XXX

Brand, desnudo y sin resuello, portador del saco, se deslizó subrepticamente en el umbral de una casa de la Tercera Avenida, mientras las sirenas policiales aparecían ensordeciendo el ambiente ya a la altura del bloque de casas precedente: ¡Pi-pííí! ¡Píííí!

El coche patrulla de capó machacado y parabrisas estrellado pasó ante él a toda prisa.

¡Condenación! ¡Las alcantarillas! Tenía que descender a las cloacas antes de que todo acabase en un caos total.

Trotó a través de la avenida, hasta alcanzar una calle lateral. ¿Dónde estaba? Lee Row. A más de una docena de manzanas del estacionamiento de la calle Highsmith. Nunca lo lograría. Tenía que encontrar otra boca de acceso, otro registro, y rápido. Claro que, ¿dónde quedaba el más próximo? Había uno en la calle Melville, y otro en el bullevar Millay..., sí, éste era el más inmediato. Justo hacia el este, desde donde ahora se encontraba, y un recorrido de apenas tres minutos a pie.

Corría por la acera bufando de agotamiento.

¡Truenos y relámpagos! Si alguien estuviera asomado a una ventana, y pudiese verlo ahora...

—¡Tú, el de ahí! ¡Hola!

Se detuvo, parándose en seco.

Un ciego venía hacia él, golpeando con su blanco bastón el borde de la acera.

—Perdone, ¿estamos en Lee Row?

—Así es.

—¡Ah, bueno! Es que no estaba seguro... ¿Podría orientarme hacia el número 78? Está en el lado izquierdo.

—¿El 78? Por supuesto. —Brand lo tomó del brazo y lo guió mientras ambos cruzaban la calle—. Por aquí... —Mostraba una mueca de satisfacción. ¡Espléndido! Cuanto tenía que hacer, ¡vaya suerte!, consistiría en sacudirle al anciano en la cabeza y robarle la ropa—. Cuidado con este paso...

—Es usted muy amable.

—En absoluto, en absoluto.

—Mi perro-guía está en el veterinario —se explicaba el invidente—, el pobrecillo se dejó atrapar la cola en una puerta giratoria, allá por el centro...

—¡Qué mala suerte!

—Me llamo George Lobkowitz.

—Y yo soy Pierre-Ambroise de la Tour d’Auvergne.

—Encantado de conocerlo.

—¿Lobkowitz, ha dicho? ¡Santo cielo! ¿Está usted emparentado acaso con el príncipe Von Lobkowitz, de Viena?

—No lo creo.

—Beethoven le dedicó seis cuartetos de cuerda en 1801: Opus 18, en Do menor; en Fa mayor; en Sol mayor; en Re mayor; en Si bemol, y en La mayor.

*Túuu-tú-tú-tú... tú-tú, túuuu-tú.*

El patrullero policíaco se presentó con gran chirrido de frenada, doblando la esquina justo delante de ellos.

—¡Hemos llegado! Número 78. —Y lo guió hasta un porche, tras de algunos escalones, atravesando una puerta entornada que daba acceso a cierto oscuro vestíbulo, recomendándole:

—¡Cuidado con la pisada!

*Túuu-tú... tú-tú-tú... tú-túuuuu-tú.*

Se apoyó en el muro, aferrando el saco, a la espera de que los frenos volviesen a chirriar y las pisadas de los zapatones de la «bofia» fueran a por él y su presa.

Sólo que el auto policial continuó su marcha vertiginosa, suena que te suena su sirena calle abajo.

Se recuperó, con el desnudo cuerpo sudando profusamente, empapado. ¡Condenación! No podría soportar mucha más dosis de aquello.

—Estoy en el piso inferior —señalaba el ciego apuntando con su bastón—, justo en la parte de atrás. ¿Puedes llevarme hasta allá, Pierre? Temo romperme una pierna o algo por ese estilo...

—Será un placer.

—Lo lamento, no hay luz.

—No importa. Puedo ver en la oscuridad.

Y pilotó a su acompañante a lo largo de un pasaje maloliente, hasta dar en una puerta posterior. El ciego, tanteando, buscó el pomo de la misma, lo hizo girar y la abrió. Luego propinó a su guía un tremendo codazo, y lo precipitó así en la austera y sórdida cocina.

Cuatro harapientos vagabundos estaban de pie allí, esperándolos ansiosamente.

El invidente rompió en carcajadas, cerró la puerta, y se apoyó en la misma. Presumía, croando de este modo:

—¡Mirad lo que os he traído, chicos!

Los aludidos se quedaron contemplando a Brand estúpidamente.

—¡No lleva nada puesto! —gimoteaba uno de ellos.

—¿Cómo? —El ciego palpó a Brand—. ¿Qué es esto?

—¡Está con el culo al aire!

—¡Va tan desnudo como una bola de billar!

Brand se acurrucaba, haciéndose un ovillo, a la vez que se maldecía a sí mismo. ¡Una emboscada! ¡Ir a dar bobamente en semejante madriguera de maleantes! Y lo cierto es que se había metido allí cual si fuera un bebé caminando perdido por el

bosque. ¡Unos saqueadores sirviéndose de un ciego como anzuelo! ¡El truco más viejo del mundo! ¡Y le había tocado a él caer en eso! ¡A él! ¡Al mismísimo fraile astuto y traicionero que él fuese! ¡Qué vergüenza! ¡Vergonzoso de veras!...

—Pero lleva «lechugas» encima —aseguraba el cegajoso de marras—. ¡Sé que las lleva! ¡Puedo oler ese dinero! ¿No os dais cuenta, vosotros también, de los billetitos de que es portador mi amigo, camaradas?

—Sí. —El vagabundo de mayor envergadura se acercó, un matón más joven que el resto—. Tiene un saco. ¿Qué hay dentro, chico?

Mostraba un rostro de buey, con ojirris apagados y manos como tallos de maíz. Un auténtico mentecato. Ése era el que debía quedar fuera de combate antes que nadie. Bueno, un lobo podía encargarse de semejante tarea con suma facilidad.

Brand apretó los dientes y dirigió sus pensamientos hacia los equiparables que pudiera experimentar un canis lupus, rimando desesperadamente..., hazlos trizas..., consigue que se enfrenten entre sí..., carne cruda..., sáltales al cuello..., muerde..., come...

No aconteció lo más mínimo.

—¿Hay «lechugas»? —El ciego giró el pomo de su bastón, sacando una maligna hoja de espada de la vaina que era aquel instrumento paseante—. ¿Las hay, compañeros? «¿Lechugas?».

Brand estaba temblando. ¡Vaya desastre! ¡No se producía metamorfosis alguna! ¡En absoluto! ¡Oh, dioses! Debió consumir sus últimas reservas de energía en aquella fuga. ¡Estaba «seco»! ¡Una catástrofe! ¡Tendría que enfrentarse a ellos con sus manos desnudas! Pero ¿iba a poder hacerlo de ese modo? ¡Infierno y condenación! Ya empezaban los indinos a rebuscarse entre sus chaquetas apedazadas, sacando de allí porras estilo policial, manoplas para los nudillos y ganchos para manejar el hielo en trozos. ¡Y el jodido invidente apuntándolo con su alfanje! ¡Estaba perdido!

—¡Ábrelo!

—¡No!

—Ya me has oído; ¡ábrelo!

—No lo haré.

Dos de los compinches se apoderaron del saco y trataban de arrebatárselo definitivamente. Él se aferraba al mismo con todo el vigor de que era capaz.

—¡Suéltalo!

—¡Ni hablar!

—¡Que lo sueltes digo!

—¡Jamás!

—¿Qué está haciendo? —inquiría el cegajoso, sin cesar en su esgrima teórica con la hoja ante las narices de cada cual—. ¿Qué está pasando aquí?

Brand recurrió a un último y definitivo truco, acordándose de pronto del conjuro de emergencia que Robin Hood le enseñara: «*Si de hombre a cachorro no puedo pasar* —solía entonar el bandido generoso—, *entonces procuradme la ayuda de un*

*cómplice».*

—¿Uhhh? —parpadeaba el matón principal ante su barboteo incomprensible.

—¿Qué anda diciendo éste? —quería saber el invidente.

Nunca funcionaría, por supuesto. Aquellas imprecaciones al estilo arcaico no valían gran cosa. ¡Un cómplice nada menos! ¿Quién, por ejemplo? ¡Ah, si al menos Anthony se encontrase allí! O incluso la propia Cora. Pero nadie podría ayudarlo ahora. Se hallaba solo, atrapado como una rata... ¡Condenación! ¡Resultaba insoportable! ¡Insufrible! El...

En ese momento noventa kilos de «bofia» dieron como un ariete contra la puerta de acceso, abriéndola hasta descuajeringaría, y el «poli» de faz mongoloide penetró cual turbión en aquella cocina, enarbolando una pistola respetable en su tamaño.

—¡Todos quietos! —aullaba.

Y seguía su avance, de cabeza, sin detenerse, cruzando la estancia como si se tratara de una avalancha, desparramando a los rufianes y yendo a dar sonoramente en la pila del fregadero.

—¿Quién es? ¿Quién es? —El cegajoso apuñalaba el aire con su estoque—. ¿Quién es?...

Aferrando estrechamente el saco con una mano, mientras dedicaba la otra a proteger sus partes pudendas, Brand se largó de puntillas, saliendo por la puerta hasta acceder al vestíbulo, y de éste pasó a la calle.

Corrió como un desesperado entre las sombras nocturnas, riendo a borbotones, a sacudidas.

## CAPITULO XXXI

Allá arriba, en la habitación destinada a almacén del entresuelo del piso cuarenta y cuatro, Tony, al contrario que Brand, no tuvo dificultad alguna para su transfiguración. Simplemente, pensó en la vida salvaje, en los iraqueses, en su adolescencia durante el siglo XVIII, y cuando el pistolero le arrebató el saco, preguntándole a la vez: «¿Cómo trepáis hasta el tejado, pedazo de gatos, en definitiva?», le replicó: «... “criaturas” disfrazadas..., morro como un cuchillo..., ojos rojos y llameantes..., corre para salvar tu vida..., *grrrrrn*».

Su chaqueta robada, pantalones y zapatos, lo abandonaron, y otro tanto aconteció con su carne y sus huesos, de manera que el negrazo se encontró enfrentado a un lobo enorme, de pelaje marrón con una cresta negra a lo largo del lomo, de metro y cuarto de alzada, bastante más de dos desde la punta del morro al nacimiento de la cola, que agitaba una cola de tres cuartos de metro al menos.

—¿Qué broma es ésta? —rezongaba, con ojos como platos.

Cora le quitó el Colt modelo Python de entre los desmayados dedos, diciendo:

—Esto resulta inútil, a menos de estar cargado con balas de plata.

Y le atizó un golpe detrás de la oreja que le hizo derrumbarse en el suelo.

El lobo se lo quedó olisqueando, introduciendo el enorme morro en sus bolsillos. Luego, dio un paso atrás, gruñendo; mantenía una billetera en las fauces; objeto que Cora recogió y abrió, extrayendo del mismo una licencia de conducir.

—Se llama Jugurtha Swann, y mira..., ¡aquí está Peg! —Encontró una obscena foto de su colega femenina, cuya instantánea mostraba a la susodicha y a dos potros con pinta de zulú en cuanto a la raza, cometiendo el trío un acto en común, de género inequívoco.

Tony se rematerializó.

—Jurg Swann, claro —volvió a revestir pantalones, zapatos y chaqueta—, he oído hablar de él. Es un rufián de la mafia que trabaja por la zona de la calle Cooper.

—Si nos ha seguido hasta aquí —comentaba Cora, a la par que devolvía su revólver a la faja que le ceñía la falda— quizá los otros hayan hecho lo mismo...

—¡Vámonos, pues!

Tony agarró el saco y ambos abandonaron el entresuelo de marras, sin detenerse.

La fiestecita continuaba en pleno apogeo. Al salir ambos del economato oficinesco algún chusco les vació encima una papelera llena de confetti. Mientras, otro bromista les lanzaba un chorro de sifón.

Se abrieron paso difícilmente entre la multitud, perdiendo allí todo sentido de la dirección. El mismo beodo con el que antes se tropezaran los volvió a abordar. Ahora

llevaba a remolque a dos muchachas más ubicadas en el otro mundo que en éste.

—¿Interesa un cambio? —preguntó a Tony—. Te doy dos por una. Son algo tremendo, de veras. Quiero decir que echan ascuas, arden y todo eso.

Tony examinó aquella doble oferta, y observaba:

—No me parecen excesivamente calientes.

—Claro, primero tienes que ponerlas en marcha un poquillo.

—Bueno, pues me las vas excitando, y tráemelas de regreso cuando ya hayan alcanzado la temperatura adecuada, ¿eh?

Un tipo regordete, luciendo un sombrero pirata hecho de papel, se precipitó sobre Cora. Croaba:

—¡El señor Simowitz acaba de despedirme! ¡Me ha echado! ¡Ahora mismo! Y sólo porque me tomé unos cuantos tragos y andaba jugueteando con esa preciosidad de chico de los recados, que trabaja en el departamento de publicidad. Ya sabes, me limitaba a hacerle cosquillas, a darle pellizquitos...

—No hay nada malo en ello.

—Pues no, claro está que no. Pero de repente Simonowitz va y entra como una fiera en el retrete, ya sabes, con ese aire de santurronería y demás, y me dice: «Penn, eres un sucio degenerado, un borrachuzo, y te despido». ¡Despedido! ¡Y llevo en esta casa veinticinco años!

—También a mí me ha echado —le informaba la susodicha—. Oye, ¿dónde queda el ascensor?

—No me gastes bromas; ¿tú también? ¿Y qué vas a hacer en adelante?

—Pues irme al paro, supongo —se encogía de hombros—, ¿sabes dónde está el ascensor?

—Por allá, en alguna parte. Yo me voy a suicidar ahora.

—Bueno. Mira, aquí tienes esto. —Y le hizo entrega del Colt; luego, aferrando a Tony, lo metió detrás de un biombo y lo puso con la espalda sobre la pared, advirtiéndole—: ¡Cuidado! ¡Empiezas a asomar tu parte lobuna...!

Él se volvió y miró hacia abajo. Una espesa cola, de más de medio metro de larga, asomaba, colgante, bajo su chaqueta. «¡Mierda!», y se la metió como pudo en los pantalones. «He vuelto a hacer mal la transmutación». Sonó un disparo. «¿Cómo podemos escapar de este podrido manicomio, finalmente?».

Una mujer pasó al lado de ambos como una flecha, chillando histérica:

—¡El señor Penn! ¡Acaba de saltarse la tapa de los sesos, y ha puesto perdido el recinto entero!

—Hace tanto ruido aquí que no se entera uno de nada —se quejaba otro.

—¡Jesús! —murmuró Tony.

Cora levantó ambos brazos, desesperada, diciendo:

—¡Esto empieza a ser grotesco! ¿Quién ha organizado esta fiestecita, en resumidas cuentas? ¿Kafka?...

Encontraron otro tramo de escalera y descendieron a un nivel inferior. Un hombre

en ropa interior se les aproximó, tambaleante, hundido en el pesar, gimoteando:

—¡No quieren devolverme mi traje!

—¡Eh! —resonó, potente, una voz—. ¿Quién ha llenado de clips los emparedados?...

Pasaron ante una verdadera montaña de folladores, apilados en escritorios, divanes, armarios, pegados entre sí como masas en suntuosa aglutinación. Una chica se arrastró fuera del montón, cabeza abajo, con las piernas sobre una mesa mientras las manos tocaban ya el suelo. Anunciaba:

—¡Alguien ha hecho sonar dos veces el timbre! Ya puedo volver a Iowa y casarme con Roger.

—¿Dónde está el ascensor? —le preguntó Tony.

Dos secretarias que no cesaban de emitir carcajadas se le aproximaron, bailoteantes; al unísono, ambas le arrebataron el saco, y se largaron con el mismo. Tony, dando alaridos, salió presto en su persecución. Cora había empezado a seguir al trío, pero antes de que pudiera ir muy lejos unos brazos la agarraron, la levantaron y la lanzaron a través del vano de una puerta.

—¿Yo? ¿*Un marica, yo?* ¡Veremos qué pasa!

Era un hombrecillo con una chaqueta roja tipo *blazer*. La tumbó pesadamente sobre una mesa oficinesca, le levantó las piernas y empezó a desabrocharse el cinturón.

—Si es la rutina machista lo que buscas, ojos grandes, ¡eso justamente conseguirás! El tratamiento completo para ti, pedazo de bromista, toda la función, el muestrario completo. Y así podrás decirles a todas las demás zorras lo estupendo que ha sido.

Miró más allá del hombre. Cuatro chicas estaban tumbadas en el santo suelo, en un complicado *cunnilingus* cuadrilateral. Al otro lado, en el extremo opuesto de la sala, había una puerta metálica. Y junto a la misma, sobre una placa, aparecía un botón.

¡Un ascensor! ¡Eureka!

Trató de deshacerse del fulano con el *blazer rojizo*, pero se le pegaba como una lapa, apretando contra ella, forzándola a permanecer boca abajo, mientras las masculinas manos asesinaban sus caderas y muslos.

—Vamos a oír cómo muges. —Extrajo una mano de debajo de su falda y la abofeteó—. Muge, vaca, muge. ¡Anda, muge!

Aquello la distrajo. Estaba ejecutando febrilmente cálculos de computadora, concentrándose en una transformación en loba, de modo que pudiera hacer trizas a aquel hijo de puta de poca monta. Pero, claro, aquello de los mugidos interfería con sus rimas..., aúlla, pasta..., muge..., vaca..., neblina..., tubo de chimenea..., maullido..., racha..., y cuando, por fin, se deslizó fuera de su vestimenta, y levitó, ¡*no era nada!*

Se contempló a sí misma, estupefacta. Era un borrón, algo desdibujado..., ¡un

girón de niebla revoloteando!

Él chaqueta roja de marras se echó bruscamente atrás, dilatados los ojos y sin creer lo que veía: un pájaro-lira, un abanico de humo revoloteando ante sus mismas narices, mientras él continuaba con los pantalones a la altura de las rodillas.

—¿Dónde estás? —pidió el indino.

Cora lo rodeó, envolviéndolo en una nebulosa lámina de pegajosa humedad. El tipo relinchó; trataba de huir, pero se enredó en el propio cinturón y aterrizó brutalmente contra el suelo, con un ruido sordo.

Ella flotó por encima de su agresor, derivando puertas afuera.

Una de las chicas alzó la mirada y vio pasar el fenómeno de índole neblinosa; pensó inmediatamente que había perdido sus lentes de contacto, y empezó a buscarlos entre pubis diversos.

Tony persiguió a las dos secretarias que reían hasta un despacho. Ellas se le enfrentaban, juguetonas, sujetando el saco.

—Dádmelo —les rogaba, suplicante.

Se lo ofrecían, y cuando tendió la mano para recibirlo, se lo quitaron de nuevo, y una manifestó, con mal disimulada risita:

—Di por favor.

—Por favor, chicas. —Se les acercó, y ellas retrocedieron otro tanto.

—Di: preciosas Hermione y Gigi, por favor.

—Por favor, preciosas Hermione y Gigi; y ahora, venga...

—Yo soy Hermione.

—Y yo Gigi —indicó la otra, con voz fingidamente cansina.

—En definitiva, ¿qué tiene el saco?

—Nada.

—Apuesto a que es un cuerpo humano, aserrado en trocitos.

—O unas bragas. —Gigi abrió la boca en una mueca ansiosa—. Eres uno de esos coleccionistas de bragas, admítelo.

—¡Voy a llamar a los «polis»! —dijo Hermione. Saltó sobre un escritorio y tomó el teléfono—. ¡Hola, policía!... ¡Socorro!... Me está molestando un obseso sexual (¡Qué suerte tengo!...).

Tony se precipitó sobre ella, arrancándole el aparato y volviéndolo a colgar. Gigi transportó el saco hasta el otro lado del despacho y abrió una ventana.

—¡No! —lanzóse como un rayo hacia la susodicha.

Hermione corrió hacia un rincón y extrajo un palo de jugar al golf de la bolsa donde se contenían otros varios y que estaba apoyada contra la pared. «¡Cuatro!», gritaba. Cargó contra Tony haciendo dar vueltas al tal instrumento ofensivo. Tony se agachó, y el palo de golf aterrizó sobre una lámpara.

Gigi lo agarró y, derribándolo en el suelo, cayó encima de él; Hermione volvió a

hacer girar el palo de golf. Esta vez Tony no resultó ser tan rápido y el bastón lo golpeó en la mandíbula, dejándolo desmayado.

—¡Lanzamiento! —aulló Gigi.

—¡Va! —le hizo eco Hermione.

Entre ambas tomaron a su víctima por debajo de los brazos y lo arrojaron ventana afuera.

La remolineante columna de humo cruzó la habitación como un tomado, derribando sillas, aventando papeles del escritorio, tumbando en el suelo los grabados colgados en las paredes. Pasó, cortante, entre Gigi y Hermione, echando a cada una hacia un lado, y originando que dieran ambas vueltas sobre sí mismas, para acabar entrechocando con el mobiliario que, a su vez, también iba de un lado a otro a trompicones.

Cora salió volando detrás de Tony, llamándolo con un gemido silbante propio de una sirena o del viento. El interesado se encontraba justo debajo de la chica, colgando por su enroscada cola de un asta de bandera que se proyectaba hacia el vacío desde el saliente del piso cuarenta y tres.

El saco estaba allí igualmente, subiendo y bajando, con el asa atrapada en un resalte del extremo del asta de la bandera.

La nube descendió velozmente, envolviéndolo cual sudario frígido, helado. Por encima de ellos, asomado a una ventana del piso cuarenta y cuatro, el viejo ejecutivo tocaba con ramplón sonido su trompetilla de juguete. Los llamó.

—¡Eh, los de ahí abajo! ¡Tú! ¡Tú, el más joven!

Tony abrió los ojos y levantó la vista hacia semejante individuo. Luego miró hacia abajo.

—*Metamorfosis* —susurrábale la nube—, *¡conviértete en murciélago!*

El asta de la bandera se partió en dos y tanto Tony como el saco empezaron a caer hacia la calle.

—¡Estás despedido! —chillaba a sus espaldas el ejecutivo en cuestión.

## CAPITULO XXXII

Brand llegó a medio galope hasta un callejón, seguido por el distante pitido de los silbatos policiales, y el tamborileo tipo tam-tam de los garrotes que golpeaban el pavimento.

Se dejó caer al suelo bajo una escalera de incendios y permaneció allí en el arroyo, desnudo, estornudando, la barbilla sobre el saco.

¡Un coche! ¡Infierno y mierda! ¡Tenía que *afanar* algún vehículo! Pero, antes de nada, ¡jodienda y molienda!, debía hacerse con alguna ropa. En cualquier caso lo de buscar tapas de acceso a las cloacas quedaba fuera de toda discusión. No tenía ni la más ligera idea de dónde se encontraba, tras recorrer kilómetros, manzana tras manzana. ¡Oh, miseria! ¡Qué situación tan sumamente apurada!

Echó una mirada a su alrededor.

Frente a él, en el lado opuesto del callejón, se abría una ventana. Alzóse con lamentable esfuerzo, sus pobres articulaciones chasqueaban como ramitas que se quiebran. Acercándose a la abertura, atisbo en su interior. Sus ojos de mirada total, infrarrojos, iluminaron la negrura de una habitación. Vio allí una fila de chaquetas y sombreros colgando de perchas y una teoría de botas alineadas sobre el suelo.

Lanzó el saco hacia esa oscuridad y trepó en su seguimiento. El silencio se lo tragaba; un ambiente fétido por el mal olor del sudor masculino. ¿Se trataría del vestuario de un gimnasio? ¿De alguna casa de masajes? ¿De una posada de mala muerte? ¡Tanto daba! Pensaba entrar y salir tan quedamente como un ratón, ¡y nadie llegaría a saber siquiera que estuvo allí!...

Sacó una chaqueta de la percha correspondiente y se la puso; tomó un sombrero y se lo encasquetó; luego se embutió un par de chanclos. ¡Ah, aquello ya estaba mucho mejor! ¡Fino y elegante! Rebuscó por los bolsillos y halló un paquete de cigarrillos, tres monedas de a veinticinco centavos de dólar, cinco de a diez y seis de a uno, amén de un par de guantes, una dulzaina de caramelo, un paquetito de chicle, palillos y cerillas.

Quitó el envoltorio al dulce y se metió la pastillita en la boca. ¡Era chocolate! ¡Y con nueces! ¡Delicioso, celestial! Un buen presagio, como diría Cora. ¡Las cosas empezaban a tomar mejor aspecto!...

Levantó el saco y retrocedió hacia la ventana, en el preciso momento en que un auto remontaba el callejón. Chirriaron los frenos y parpadeó con fuerza luminosa, en rojo y amarillo, el distintivo policial del techo.

¡Un coche patrulla! ¡Cojones!

Cerró a toda prisa aquella ventana y cruzó de puntillas la sala; encontró una puerta, la abrió y salió así a un pasillo brillantemente iluminado.

Lo primero que pudo ver fue una formación de ocho «polis», con expresión ceñuda, que se dirigían directamente hacia él en columna de a dos.

Antes, sin embargo, de que lograra retirarse, o hundirse en el pánico, lo rebasaron, sin dirigir siquiera una mirada en su dirección.

Lo siguiente que observó fue el propio atuendo. Llevaba gorra y guerrera de policía...

En aquel instante un altavoz pendiente del techo, ladraba:

—¡O'Keefe, preséntese en el despacho del capitán ahora mismo! ¡O'Keefe! ¡O'Keefe!...

¡Rayos y truenos! ¡Estaba en una comisaría!

La puerta se cerró con un ¡clic! detrás de él. Dio la vuelta como una flecha de rápido y trató de abrirla. Seguía cerrada. Giró el pomo con todas sus fuerzas y se le quedó en la propia mano, roto por completo.

Dejó caer el pomo de la puerta en un cubo de la basura y, fingiendo una elegante indiferencia, deambuló hasta la puerta siguiente. La abrió... y saltó hacia atrás justo mientras dos..., cuatro..., seis policías de paisano desfilaban procedentes de su cuarto de reuniones.

—¿Has visto a O'Keefe? —quiso saber uno de ellos.

—Sí, es decir... —Brand carraspeó con fuerza—. Uhh, anda por arriba, me parece...

—Vete a buscarlo. Dile que el capitán desea verlo.

—¿Y qué es un puñetero millón para Argoli? —preguntaba otro—. Se lo puede permitir.

—Un millón doscientos mil —precisó otro colega.

Siguieron su camino; Brand hizo otro tanto sólo que en dirección opuesta.

¿Qué era aquello? ¿Eh? ¿*Un millón doscientos mil*? ¡Jódete y baila! ¿Ésa era, pues, la cuantía del botín? ¡Mierda y corrupción! ¡No, pero si no podía ser! Habían calculado no más de setecientos u ochocientos de los grandes. ¡UN MILLON DOSCIENTOS MIL DÓLARES! ¡Imposible! ¡Fuego y condenación infernales! ¡Todos los reyes de la dinastía de los Plantagenet, puestos uno junto a otro, jamás poseyeron semejante parné! ¡O los de la casa de Lancaster! ¡O los de la de York! ¡O los Tudor! ¡Qué vergüenza!...

Sacó el paquetito de chicle del bolsillo y empezó a masticar una porción, esperando vagamente que aquello le hiciese pasar más desapercibido de cuanto en el fondo se sentía. Abrió otra puerta y la atravesó.

Se encontró sobre un estrado, dominado por luces cegadoras, de pie y junto — ¡condenación!— a cuatro vagabundos, alineados en fila, uno al lado del otro. Desde más allá de las luces, en plena oscuridad, una voz indicaba:

—OK. ¿Qué desea usted, agente?

—Yo, esto... —Brand se echó el saco al hombro, tratando de ocultarse detrás del bulto—, ando buscando a O’Keefe. El capitán quiere verlo.

—Está abajo.

—De acuerdo, gracias.

Y escapó más que a paso de nuevo hacia el pasillo. Sudando, fue hundiéndose despaciosamente cada vez más en aquel edificio, con los chanclos pegados a los pies como arenas movedizas. ¡Duendes y trasgos! ¡Aquello era otra condenada emboscada en su contra! ¡Y una vez más había caído en semejante trampa como un lelo! ¿Qué mierda de situación irónica era aquélla? ¿Acaso estaba condenado por el destino a no gastar siquiera un solo centavo de la fabulosa suma de 1.200.000 dólares? ¿Es que iba a terminar allí el triunfo de esa noche, ignominiosamente, en un pozo repleto de vengadores policías?

—El teniente Doyle —carraspeaba el altavoz— lleva esperando ya más de una hora por su café y bollos.

—¡Eh, tú! —lo detuvo un sargento, para preguntarle—. ¿Eres el fulano del departamento DA?

Brand se tragó el chicle de golpe, y, casi asfixiado, respondía:

—Uhhh..., sí.

—¿Son éstas las muestras del laboratorio? Me las llevaré. —Con lo cual, agarró el saco y se fue.

Brand permaneció en el mismo sitio un instante, horripilado, para a renglón seguido lanzarse en persecución del supuesto colega, pidiéndole:

—¡Un segundo, sargento, por favor!

—¿Qué sucede?

—Se supone que debo entregarle eso —tendía la mano hacia el saco— a..., uhhh..., O’Keefe.

—Yo soy O’Keefe.

Y se apartó, dirigiéndose a una escalera. En ese preciso momento una mujer policía salió al umbral de una puerta, llamando:

—¡Al teléfono el sargento O’Keefe!

El susodicho rehízo sus pasos y arrojó el saco a Brand, advirtiéndole:

—Ponlo en mi oficina.

—De acuerdo. —Brand atrapó al vuelo aquel recipiente y lo acarició como si fuera su bello amorcito. ¡Rayos y truenos! ¡Qué cerca le había andado en esta ocasión! ¡Demonios! ¡Uf! Jadeante de alivio, salió más que a paso hacia otra puerta, y la abrió.

El ciego se proyectaba fuera de la misma, y se le vino encima, sin dejar de protestar, gimoteante:

—¡No tengo ni la menor idea de ese atraco! ¿Qué están intentando, tenderme una trampa? ¡Quiero un abogado! ¿Qué hay de mis derechos cívicos? ¡Esto es una maquinación!

Cuatro detectives tiraron de él hacia dentro de la habitación nuevamente. La puerta se cerró.

—El teniente —chillaba el altavoz— sigue a la espera de su café y bollos...

Trató de abrir una media docena de puertas más, pero todas estaban bajo llave. Una, sin embargo, en una revuelta del final de aquel pasillo, mostrábase entreabierta. Atisbo a su través.

—¡Por fin apareces!

En lo que tenía pinta de un almacén de ferretería, un hombre de bata blanca salió de detrás de un mostrador y le hizo entrega de un bloc sujeto por unas pinzas a un trozo de madera cuadrada, insistiendo:

—¡Ya era hora! Firma aquí porque yo me largo.

Brand garabateó una firma en determinado impreso.

El hombre acarreó un pesado rifle automático marca Browning, sacándolo de una estantería y ofreciéndoselo a Brand, mientras le recomendaba:

—Cuidado con el gatillo, anda medio suelto. Buenas noches.

Tras de lo cual abandonó aquella sala, cerrando la puerta de un golpazo. A Brand apenas le dio tiempo a dedicarle un «buenas noches». Acarreando saco y arma fue dando la vuelta a la esquina del corredor, y pasó luego ante más y más puertas.

Una guapa policía salió de pronto de una de ellas, preguntándole:

—¿Lleva el café y los bollos de Doyle?

—No, señora.

—¿Me querría echar todo esto en el buzón, cuando salga?

Y le hizo entrega de varios gruesos sobres.

—Sí, señora.

—Y déle esto otro al inspector Caldecot. —Puso un gran manojó de papeles encima del saco mientras lo decía.

—Sí, señora.

Andaba tambaleante, semiplastado como el porteador de cualquier safari. Luego, por otra puerta, asomó un hombre portando una almádena.

—Ya tengo suficiente con esta basura —bostezó—. Me voy.

—Sí, señor.

—Anda, ven para acá. —Brand se le acercó, a regañadientes, para escuchar—. Lleva esto al despacho de Guthrie.

Y le encajó el martillo contra el arma de fuego y su anatomía. El martillo llevaba una cuerdecita, con una etiqueta donde rezaba «Prueba B».

El «poli» de marras agregó: «Y esto también has de llevártelo», con lo cual agarró una lata de gasolina titulada, en su etiqueta correspondiente, «Prueba B», y la puso bajo el otro codo de Brand, quien se limitó a responder:

—Sí, señor.

—Y si ves a Bellings dile que mueva el trasero hasta el piso cuarenta y cuatro de la Torre Titán. Ha habido un suicidio justo en la calle, bajo la vertical del ático de

Argoli.

—Sí, señor.

—Muévete; venga, cagando leches...

—Sí, señor.

Aplastado bajo la carga de sobres, el arma, el saco, el montón de papelotes varios, el martillo y la lata de gasolina, el susodicho marchaba adelante arrastrando sus chanclos-arenas movedizas, cada vez más y más por ese infernal corredor.

—Probando —gorjeaba el altavoz—, uno, dos, tres, cuatro... z-z-z-z-z..., r-r-r-r-r..., w-w-w-w-w...

Se le doblaron las rodillas y dejó caer la lata; ésta golpeó sonoramente el suelo y se abrió, derramándose el combustible de su interior. Brand colocó el saco y el rifle contra el muro, tiró sobres y papelotes, depositó el martillo y, en general, desparramó todo su cargamento.

—El agente Fairchild —anunciaba el altavoz—, ha perdido su zamarra. Si alguien la encuentra, por favor, llévela al sargento de semana..., z-z-z-z-z..., r-r-r-r-r...

Justo a su lado, bajo una ventana, aparecía un banco invitador; se dejó caer sobre el mismo agradecidamente, y gemía:

—¡Ésta irá por ti, agente, Fairchild!

Un «poli» pasó apresuradamente a su vera, y quiso saber:

—¿Has visto a Gorky o a Smith? —Además, exigía—: Anda, limpia este jaleo.

—Nanay —rezongó Brand, quien, rebuscándose en los bolsillos, dio con un cigarrillo; y encontrada la cerilla oportuna, prendió el mismo.

Pasó una mujer policía que, secamente, le indicaba:

—Nada de fumar aquí. Y limpia ese desorden...

—Sí, señora.

—¡Vamos, al avío, marchando ya, no te quedes ahí sentado! —Y desapareció en un despacho.

—Pues también irá por ti, pedazo de zorra...

Y prendido el pitillo, arrojó al desgaire el fósforo sobre aquel suelo del pasillo.

Permaneció allí sentado, recuperándose durante unos instantes y tratando de recordar algo más acerca de los conjuros de Robin. Había uno la mar de raro sobre el ajo:

*«¡Oh y cómo su aspereza atufa y carcome!;  
cambia, pues, en consecuencia, su miasma en dócil perfume».*

o algo por el estilo. Pero aquello no tenía aplicación alguna en el presente caso. Y luego, claro, había otro sobre cómo escapar de las prisiones. ¡Ciertamente ése sería apropiado! ¿Cómo era?...

*«Cerrojo de portón y gusanos de mazmorra  
cambia en paja y haces de arder.  
Altos muros, severos y horribles  
torna en fuego, y arde, arde, arde».*

Miró hacia abajo. Un siempre creciente arroyo de llamas lamíale ya los tales chanclos.

Se puso en pie de un salto. La mujer policía salió en tromba de su oficina, chillando como un ave:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Él tomó el martillo y lo estampó contra la ventana. El martillo rebotó tan ineficazmente de allí cual si se hubiera tratado de un cazamoscas.

—¿Qué está haciendo? —gritaba la agente.

Él la echó a un lado, encaró el fusil y tiró del gatillo. Quince balas del calibre 30 se precipitaron, tonantes, contra el vidrio, reduciéndolo a trizas apenas visibles.

—¡Deténte! —aullaba la otra.

Brand aferró el saco, saltó sobre el banco donde antes se sentara y se zambulló a través del umbral, hasta dar con sus huesos en la acera de la pura calle.

## CAPITULO XXXIII

Tony descendió en caída libre hasta el piso veinte, donde ya quedó transformado en murciélago. El saco que bajaba lo hacía a media docena de metros por delante de él. Voló aproximándose al mismo para no perderlo de vista. Luego, Cora aleteaba a su lado, chillándole algo. Ambos descendieron como unos «Stukas» en picado, rumbo a la avenida Holland.

El saco aterrizó primero..., y lo hizo justo sobre el techo de una ambulancia que pasaba. Tony y Cora estaban ya a un par de manzanas de distancia de su botín cuando dieron el aleteo final y se posaron en el suelo.

—¡Esa ambulancia! —gritaba él—. ¡Ha ido a dar en la maldita ambulancia!

—¡Lo vi! ¿Dónde tienes la furgoneta?

—¡En la próxima esquina!

Desnudos ambos, corrieron como locos hacia el vehículo cazaperros, estacionado en la calle Jersey. Cora se puso al volante y su compañero se instaló en la parte de atrás del carruaje.

Salieron pitando tras de la ambulancia, siguiendo idéntico recorrido. El helicóptero apareció de entre las nubes, trazando círculos en torno a la fachada occidental de la Torre Titán. Los iba siguiendo.

Brand se escabulló, atravesando un solar, rumbo a la calle Columbia, cuando pudo ver pasar a la furgoneta de la perrera.

—¡Eh, vosotros! —los llamó.

Se detuvo el vehículo ante un semáforo en rojo, en un cruce justo delante de todos ellos. Brand, en una galopada, y describiendo el cerrojo, saltó dentro.

Dos enormes perrazos lobo estaban agazapados allí, en la oscuridad, y lo miraban de hito en hito.

—¡Cora! —jadeaba—. ¡Anthony! ¡Carape! ¡Qué contento estoy de veros a los dos! ¡Ah, *mes enfants*, qué aventura! ¡Mirad! —Y les estaba enseñando el saco—. ¡Intacto! ¿Dónde queda el otro? —La furgoneta reanudó la marcha—. Eh, oigan, ¿quién conduce este cacharro?...

Se quedó mirando a los canes. ¡Condenación! ¡Eran de verdad!

Gruñendo salvajemente, se le vinieron encima. Su guerrera del Departamento de Policía le salvó de una disección instantánea. Las mandíbulas de los bichos, un arma afilada cual navaja, le desgarraron las mangas y cuello, pero antes de que los perrazos lobo pudiesen alcanzar su propia carne, él rodó sobre sí mismo y cayó dando tumbos a la desnuda calle.

Rebotó en el pavimento y quedó despatarrado junto a una cabina telefónica situada al borde de la acera, gimoteando en auto-compasión.

¡Rayos y truenos! ¡Una auténtica furgoneta de la perrera! ¡No, si la cosa ya resultaba excesiva! ¡Aquella noche de mala estrella era, evidentemente, algo que todavía no había acabado para su personita! ¡Duendes y trasgos! ¿Qué otra bufonada habría de aguantar, antes de que los duendecillos de la mala suerte se cansaran de divertirse a su costa?

*Tú-túuuu-tú, tú-tú-túuuu, tú-tú.*

El abollado coche patrulla apareció, de medio lado en su deslizamiento, doblando la esquina, chirriando los frenos mientras resbalaba hasta detenerse, girando como una veleta. El «poli» de faz mongoloide salió presto del auto, arma en ristre, un rifle anti-disturbios.

Brand dio un salto y echó a correr.

—¡Alto ahí!

Y partió el disparo. El estallido del fusil alcanzó la cabina telefónica, haciéndola literalmente desaparecer de este mundo.

La ambulancia volaba recorriendo la calle Buffalo, y tomó por el bulevar Lafayette, con el saco del dinero aún haciendo equilibrios en su techo.

La furgoneta de la perrera no le iba a la zaga en más de una manzana. Cora, al volante, y Tony de acá para allá en la parte posterior, luchando con la ropa.

—¡Dame algo que ponerme, antes de que haya alguien que me vea! —le dijo ella por encima del hombro a su compañero.

Tony le arrojó el impermeable ligero, tres cuartos, de Brand, y Cora se lo deslizó sobre su desnudez.

Tony echó una ojeada a través de una ventanilla lateral, y aullaba:

—¡Hay un helicóptero allá arriba!

—¿Qué?

—¡Un helicóptero! ¡Y nos viene siguiendo!

—¿De la policía?

—No lo sé. ¡Eh, Cora!

—¿Sí?

—¿Qué demonios vamos a hacer?

—¡Vamos a conseguir ese saco! ¿Qué te creías tú?...

—¿Y podremos?

—¡Pues claro que sí!

—¿Qué crees que le habrá ocurrido a Brand?

—¡Quién lo sabe! —rompió a reír—. No te preocupes de él; sabe cuidarse a sí mismo...

Un policía portador de un gran saco al hombro salió corriendo de una calle lateral

justo delante del vehículo. Ella giró por completo el volante para evitar aplastarlo. Luego, por detrás de aquel «poli» un abollado coche patrulla, con el parabrisas hecho añicos, apareció zumbando de firme bulevar arriba. Cora se desvió de su rumbó, no chocó por medio milímetro con el patrullero de marras, se montó sobre la acera, atravesó un trozo de césped y acabó dándose de bruces contra una pared.

La furgoneta caza-perros se hizo pedazos, cada uno por su lado, deshaciéndose en miles de piezas y trocitos.

Cora tuvo justo el tiempo preciso para realizar una metamorfosis ultra-rápida, de tal manera que una fracción de segundo antes del fatal impacto un murciélago salió volando, dejando atrás furgoneta e impermeable.

Tony, atrapado en la parte posterior de la furgoneta, no tuvo tanta suerte.

En un patio trasero de la calle Thoreau, Brand encontró un mono de trabajo colgando de una cuerda para tender ropa.

Se lo puso, arrojando a cambio la guerrera del Departamento de Policía. Luego, semejando ante el mundo entero ser cualquier honrado trabajador que portaba su saco con las herramientas, de vuelta a casa tras de salir del turno de noche, acotó por un callejón hasta la avenida Jackson. Y ahí fue donde vino a dar en otra trampa.

Se precipitaron hacia él, masivamente, entre quince y treinta personas, tanto hombres como mujeres, portadores todos de llameantes antorchas y conducidos por un viejo fanático de largo y grasiento pelo blanco, atado en cola de caballo, y acarreado en el hombro una pesada cruz de madera.

Brand se detuvo en seco cuando los apercibió.

Otro tanto hicieron ellos al verlo; luego, se adelantaron, siempre en un montón, formando en torno a Brand feroz semicírculo.

—Identifícate —le ordenó el zelota, con voz de ultratumba, y sus viejos ojos de serpiente de cascabel fundidos en sacra lava.

Brand escapó a un podio secreto bien hondo en su interior, allí mismo, como un picajoso director de orquesta que detiene el concierto de pronto, silenciando todos sus instrumentos. Sabía del talento del adversario para escuchar. Los fanáticos lo oyen todo, cualquier vibración, cada nota discordante, con agudos oídos. No deben producirse notas falsas; nada de la furia de unos timbales, o asustado pulsar de cuerda, ni crescendos significando terror. ¡Ah, no! Una total quietud era lo requerido..., bueno, bien mirado, quizá no; tampoco había que pasarse..., puede que un único, solitario y lejano sonido de trompa, interpretando algún aire inocente cuanto gozoso, alegre...

—Yo —manifestaba Brand, en posición de firmes, hacia atrás ambos hombros, alzada la barbilla— soy el profesor Theodosius Perménides, señor, procedente de la universidad de Helsinki, que visita estos lares en una gira sabática, viendo las maravillas, recreándome y siguiendo los dictados de mi naturaleza, amiga de hacer

novillos...

—¿Qué haces por las calles a una hora semejante?

—Vivo aquí, señor —y señaló con el doblado pulgar a la casa que tenía detrás—, justo en este lugar. Estaba sencillamente sacando la bolsa de la basura.

Y depositó, al propio tiempo, el saco en la acera, junto a varios cubos que eran receptáculos de los desperdicios.

—¿Cómo osas —croaba el santo anciano— caminar, estando en el extranjero, por las calles, cuando hay un diablo suelto en la ciudad?

—¿Un maligno espíritu? —Aquello, por descontado, era una prueba. No se suponía que supiera lo que era ser así—. ¿Un toxicómano, quiere decir?

—¡Un demonio nocturno! ¡Un trozo de mal! ¡Así es! ¡Una perniciosa «criatura» que chupa la sangre! ¡Eso es!

—¡Así es! —le hacían eco sus seguidores—, ¡maldad y vicio!

—¡Santo cielo! —Brand se permitió una mirada vacua—. ¿Y quién es usted, señor, y quiénes son esas damas y esos caballeros?

—Somos *vigilantes* sacros —emitía, tan santurróna, cuan voluptuosamente, el zelota en cuestión—, juramentados para cazar al monstruo, ¡y destruirlo! Lo afirmo: ¡destruirlo!...

—¡Destruirlo!, —coreaba la multitud alzada, en plan Euripidiano—. ¡Eso es!

—Bueno —dijo Brand, con un ademán amplio—, pues buenas noches, y muy buena caza.

Tras de lo cual caminaba ya de vuelta al callejón.

—¡Alto ahí!, —lo detuvo el fanático de marras—, ¿estás dispuesto para someterte al ritual sacro y purificador, de la aquiescencia a la divina voluntad y normalidad?

—¿Eh? —se volvía Brand—, claro... bueno, de acuerdo, sea ello lo que fuere.

El vejete apeó la cruz del hombro y la enfiló hacia el sospechoso.

Toda la orquesta interna de Brand estalló en un rabioso *tutti*. Se tapó los ojos, emitiendo un chirrido en lugar de voz.

—¡Agarradlo! —ordenó el anciano.

Se precipitaron todos sobre Brand, rodeándolo y tumbándolo sobre el pavimento. Una mujer le colocó una aguda y larga estaca contra el pecho. Un hombre hizo oscilar desde lo alto un mazo, clavándole el artilugio.

—¡Aleluya! —entonaba el zelota.

—¡Aleluya! —repitió el coro.

Luego, echándose un tanto hacia atrás, permanecieron rodeando, de pie, a su última víctima.

Brand se sentó de golpe, y los miraba, parpadeante.

—¡Pedazo de idiotas! —relinchó el fanático jefe—. ¡No le habéis acertado en pleno corazón!

Y, aferrando el mazo, se dispuso a iniciar una carga.

Un patrullero policial frenó, con deslizamiento, más allá de la muchedumbre, y el

poli mongoloide salió en tromba de su coche blandiendo una Thompson.

—¡Alto ahí! —aullaba, y lanzó una ráfaga por encima de aquellas cabezas. El arma saltaba entre sus manos, descontrolada, sin dejar de disparar descarga tras descarga. Dos vigilantes cayeron secos, llenos de plomo, y el resto huyó entre alaridos.

Brand rodó hasta poderse poner en pie, agarró el saco, y, con el horrible trozo de madera aún sobresaliéndole de la caja torácica, de un salto desapareció por el mentado callejón.

## CAPITULO XXXIV

El murciélago siguió a la ambulancia acceso arriba del Hospital General Lafayette. Cora se retransfiguró bajo unos árboles y la vio detenerse ante el anexo de la Maternidad; dos internos sacaron del edificio una camilla, y trasladaron a la madre expectante hasta el interior.

La joven se mantuvo cercana, siempre en el borde en sombras del jardín, ocultando su desnudez entre la vegetación del lugar.

La ambulancia retrocedió hasta situarse en la parte posterior de las instalaciones hospitalarias; sin motivo alguno, al parecer, el saco cayó del techo del vehículo y quedó sobre el acceso en cuestión al hospital.

Cora estuvo a punto de chillar de puro gozo. Allí lo tenía, yaciendo a menos de media docena de pasos de su escondite. Y ni un alma a la vista. Se trataba de un caso de ahora o nunca...

Empezó a dirigirse hacia el botín. Unos faros la envolvieron por completo, así que retrocedió de un salto a los matorrales y seto. Pasó un camión, y, en ese preciso instante, un portero salía del anexo de la Maternidad y gritaba:

—¡Eh, Sam! ¡Párate!

El camión se detuvo en seco, y su conductor sacó la cabeza por la ventanilla lateral. El portero se aproximó al saco. «¡Dejaste caer esto!», manifestó. Recogió el paquete y lo arrojó en la parte posterior del vehículo.

Cora gruñía de furor.

—¡Gracias! —dijo Sam, quien arrancó sin contemplaciones, y salió de allí. Cora acertó camino a través del césped iluminado por la luna, rumbo a la portalada de entrada al complejo, corriendo como el viento, y, cuando el camión penetraba en la calzada general, saltó sobre la posterior y se lanzó dentro, aterrizando desparramada sobre una acolchada blandura.

Se alzó, arrodillada, y observó el cargamento. Tuvo un sobresalto. En la caja de aquel vehículo había centenares y centenares de bolsas para la lavandería, ¡cada una de ellas una réplica exacta del saco conteniendo el dinero!

Empezó una frenética búsqueda.

El accidente había acontecido a menos de media manzana de distancia del Hospital General Lafayette. De hecho, el muro contra el que vino a chocar la furgoneta formaba parte del perímetro hospitalario mismo.

Por fortuna cuatro jóvenes enfermeras se disponían justamente a entrar en una cafetería abierta toda la noche, de la calle C, cuando se produjo el accidente. En

menos de cinco minutos ya habían extraído a Tony del montón de hierros y chapa, dejándolo tumbado sobre la hierba y cortándole la hemorragia a base de aplicarle torniquetes de emergencia en brazos y piernas. Luego, organizaron una especie de litera muy acogedora, sirviéndose de sus capas, y lo transportaron hasta el ala de atención a las urgencias, atravesando una puerta lateral.

No estaba demasiado malherido. Carecía de fracturas en la osamenta y apenas sí mostraba algunos cortes superficiales en el cráneo. En tal situación cualquier víctima normal de un accidente se hubiera considerado absolutamente fuera de peligro, gracias a la rapidez y habilidad profesional de las susodichas, pero es que Tony no era ningún ser normal.

Además, había perdido una preciadísima y alta cantidad de sangre.

—¿Qué es *esto*? —inquiría la primera de las enfermeras intervinientes, absolutamente anonadada y estupefacta.

Todas se quedaron mirando al herido boquiabiertas.

Cuando lo rescataron de los restos del vehículo de la perrera se trataba de un joven de veintitantos; ahora, su pelo era enteramente blanco, amarilleaba su rostro, colmado de arrugas y manchas de vejez, y su cuerpo se mustiaba y encogía sobre sí mismo.

¡Ofrecía el aspecto de contar al menos setenta años!

—Parece que está sufriendo alguna especie de proceso alternativo —observó la segunda de las enfermeras participantes, del modo más frío y profesional.

—¡Está envejeciendo! —argüía la tercera.

—¡Necesita una transfusión! —decidió la cuarta—, ¡y ahora mismo!

Las chicas estaban solas. El doctor en turno de noche se encontraba en algún otro lado, follándose a una de las colegas de las susodichas, y los internos de facción habían salido con las ambulancias, o bien se tomaban un café en la cocina del establecimiento.

Claro que aquellas enfermeras no eran de las que precisasen ningún género de ayudas en un caso así.

Metieron a Tony, instalado en una camilla sobre ruedas, dentro del quirófano, y mientras dos de ellas cosían y vendaban las heridas, las otras dos le aplicaban una transfusión de plasma.

El herido recuperó conciencia por unos segundos, y una voz de anciano decrepito gorjeó apenas: «¡Coraaaa!»». A continuación, el interesado volvió a desmayarse otra vez.

El camión de la lavandería se detuvo en un control en plena calle Sebastián. Media docena de polis lo rodearon.

En la parte posterior, Cora se enterró en un jaleo de bolsas, mientras los haces de las linternas policiales los rodeaban.

—Solamente es ropa sucia —oía quejarse a Sam—, ¿qué andáis buscando? ¿Secretos de estado?

—Un millón de pavos, camarada —repuso uno de la *bofia*.

—¡Quéee! —trompeteó el chófer—, ¡alto ahí! ¡No existe semejante *pasta* en el mundo entero!...

Los polis inspeccionaron negligentemente un par de envoltorios, y luego le hicieron señas de que siguiera adelante sorteando la barrera.

Cora se quedó como petrificada.

No estaba enteramente segura de haber oído bien. ¿Un millón de *pavos*? ¡Un millón! ¡Uáuuu! ¡Así que Eddie había tenido razón al calcular los ingresos de la noche! Un millón, libre de impuestos, divididos por tres... 333.333.33 dólares... ¡Increíble! ¡Qué suma tan colosal! ¡Señor! ¡Algo gigantesco!

En su rostro se dibujó una mueca; estaba poniéndose cachonda, de pronto se notaba excitada, supercargada. Se tocó ambos senos, aferró una bolsa entre los desnudos muslos, y la hizo rodar allí voluptuosamente; se mordía los labios, ronroneante. 333.333.33... ¡Caramba con el asunto! ¡Yupiiii! Esperaba que Brand continuara en posesión de su saco..., por cierto, ¿dónde andaba el propio?

Cortó abruptamente y por lo sano todas esas locuras, y se sintió repentinamente cortada. Sí, ¿dónde diablos tenía su propio saco?

Prosiguió la busca, abriendo cada bolsa a su alcance, mientras el vehículo recorría a toda velocidad desde la calle Sebastián hasta la avenida Dinamarca, para acabar ascendiendo por una rampa que penetraba en las entrañas de cierto edificio.

Al detenerse, Cora saltó por encima de la parte posterior, y se ocultó tras de una columna.

Sam, ayudado por otro hombre, descargó el camión, arrojando las bolsas a una cinta transportadora que las conducía hasta la parte posterior del edificio. Cora siguió su pista, aferrándose a los muros, deslizándose sigilosa tras de una fila de enormes calderas, y dejando a un lado un par más de camiones en proceso de descarga. Cuando estuvieron ya muy atrás, saltó sobre la cinta transportadora. La indicada sin fin golpeteaba y golpeteaba rodando hasta introducirse en una especie de oscura caverna. Finalmente, en su terminal, bajaba en picado, derramando sus toneladas de material de lavandería por una tolva o similar.

Saltó, pues, de la cinta, y miró hacia abajo, derrumbada psicológicamente. En la parte inferior se extendía un inmenso pozo, colmado con cientos de miles de sacos, todos exactamente idénticos.

En el quirófano del hospital Tony se deterioraba inexorablemente, pasando de setenta a ochenta, a noventa, convirtiéndose poco a poco en pergamino y materia fósil.

Las cuatro jóvenes enfermeras contemplaban el espectáculo fascinadas.

—Nunca he visto nada parecido —aseguraba la primera.

—Yo sí —susurró la segunda—, fue en París, el año 1958. Una muchacha fue ingresada en el *Hôpital Boucicaud* con una herida de bala en el abdomen. Y durante la operación consiguiente se empezó a desintegrar, como nieve que se funde.

—¿Y qué acabó sucediéndole? —quiso saber una tercera.

—Pues que su cuerpo, simplemente, se evaporó, basta que no quedó ya nada de ella, excepto algunos huesos sobre la mesa de operaciones.

- allí permanecían, boquiabiertas y maravilladas ante tal fenómeno. La cuarta enfermera aplicó un estetoscopio al pecho de Tony.

—Continúa con vida —dictaminaba.

El doctor Kaltenbrunner, cirujano del turno de noche, se unió al espectáculo.

—¿Qué le pasa a éste? —inquirió, con aire indiferente—. ¿Otro caso de mordedura de murciélago?

—No, doctor —replicó la primera de las cuatro enfermeras—. Un accidente de coche.

—Pobre diablo. ¡Parece alguien postumo! ¿Qué edad tiene, en definitiva? —Y se inclinó sobre la mesa—. ¡Cristo, pero si es Matusalén! Bueno, nadie vive eternamente.

- salió del quirófano, silbando una canción de los Beatles.

Una vez estuvieron a solas, las cuatro enfermeras intercambiaron largas y significativas miradas.

—¿Qué tal un poco más de sangre? —sugería la cuarta del equipo.

Ya le habían aplicado tres transfusiones, así es que iniciaron la número cuatro.

## CAPITULO XXXV

En una gasolinera de Vincent Road, cerca de la salida de la autopista urbana, un somnoliento empleado estaba poniendo combustible a un modelo Rabbit.

—¿Qué es toda esa excitación? —preguntó el conductor del vehículo.

—¿Excitación? —bostezaba el mozo, rascándose la entrepierna, y colocando la manguera en su lugar de reposo—, ¿dónde? No veo yo excitaciones, hombre...

—Toda una pandilla calle abajo, corriendo de acá para allá chillando y agitando antorchas. ¿Hay alguna fiesta o algo?

—¡Ah, éstos! No son más que *vigilantes*. Andan buscando diablos.

—¿Diablos? ¿Y eso qué es?

Como si respondiera a su demanda, un tipo grandote, vistiendo mono de trábalo y chanclos, vino dando bandazos hacia ambos interlocutores; era portador de un saco y proyectándose fuera de su pecho aparecía el extremo de una estaca.

Los apartó de su camino, se introdujo en el Rabbit, y salió de naja. Una horda de fanáticos con ojos enloquecidos se presentó, en pura estampida, procedente de un callejón sito al otro lado de la calle. El anciano fanático de la cola de caballo trotaba entre ellos, manteniendo bien en alto la cruz.

—¡Aniquilación! —relinchó roncamente—, ¡matanza y exterminación! —Y señalando hacia el estupefacto gasolinero, y descabalgado cliente, gritó—: ¡Esos dos! ¡Agarradlos! ¡Las estacas!

Una docena de *vigilantes*, babeando de gusto, los atraparon, los tiraron sobre la acera, y atravesaron los respectivos corazones con una estaca. A media manzana de allí el Rabbit aflojó la marcha, y después de ello se paró en seco.

Brand, maldiciendo, propinó un golpe al *starter*.

La muchedumbre apareció en su derredor, colmando Vincent Road de acera a acera, abatiéndose sobre el auto como una falange arrastrada por la marea. Hormigueaban encima del Rabbit, y una docena de manos trató de abrir violentamente las portezuelas. Se alzaron, para caer pesadamente, mazas, en tanto que un montón de estacas eran claveteadas en el capó, el techo, las ventanillas, los parachoques...

—¡Aleluya! —deliraba el anciano, golpeando los faros delanteros con su pesada cruz.

—¡Aleluya! —le hizo coro la aullante turba.

En cuyo momento Brand pudo poner en marcha de nuevo el motor, y salió tan rápido como pudo de ese cerco multitudinario.

El proceso de disolución de Tony fue cesando gradualmente. Su cabello empezó a crecer de nuevo, aún grisáceo, pero ensombreciéndose a medida que se espesaba su mata de pelo. Los lívidos matices verdosos de su carne pasaron a un tono amarillento, antes de acabar en uno rosáceo, vital. Retrocedió de la setentena a los sesenta, luego a los cincuenta, los cuarenta, hasta dar en unos robustos treinta y pocos.

—Creo que lo agarramos justo a tiempo —anunciaba, satisfecha, la primera enfermera.

—¡Es asombroso! —hízoles observar la segunda.

—A mí me ha dado miedo —admitía la tercera, jadeando.

—... los durmientes y los muertos... —citaba la cuarta—... no son sino imágenes gráficas; es el ojo de la niñez el que teme a un diablo pintado...

El doctor Kaltenbrunner regresó sin prisa a la estancia, y quiso saber:

—¿Ha muerto ya?... —Acercándose a la mesa de operaciones examinó al paciente—. Pe... pero... —tartamudeaba— por... por... ¡los clavos de Cristo!

Los labios de Tony se entreabrieron:

—Féretro... —murmuraba—, mi ataúd...

Luego abrió del todo los párpados, y se sentó en la mesa. Parpadeaba, mirando a los espectadores; «¡Hola!», les lanzó.

El doctor lo miraba boquiabierto, e inquirió:

—¿Qué es lo que acaba de decir?...

—He dicho «¡Hola!».

—Ha hablado de ataúdes. ¡De su féretro!

—No, nada de eso.

—¡Claro que lo ha dicho!

—¿Ataúd?... No, tosiqueo, es lo que he dicho<sup>[10]</sup>... He estado fumando demasiados cigarros puros —y, en efecto, tosía—, he dicho *tosiqueo*...

El doctor se volvió hacia las cuatro enfermeras:

—¡Ha dicho ataúd! ¿O no? ¡Ustedes le oyeron decirlo!

Las aludidas permanecían simplemente allí, con pétrea expresión.

—¿Qué me ha sucedido? —Tony giró sus piernas hasta situarlas en el suelo, y se tocaba los vendajes—. Por cierto, ¿qué hora es ya?

—¿Acaso no se dan cuenta de lo que esto significa? —El doctor Kaltenbrunner se apartó de la mesa, tambaleándose, pálido de espanto—. ¿Es que no lo ven? ¡Su ataúd! —Señalaba hacia las vacías botellas del plasma—. ¡Y la sangre! ¡Rejuvenecimiento y sangre! ¡Es una «criatura»!...

—¿Yo? —Tony lanzó una hueca risita—. ¡Ja, ja, ja! ¿De qué está usted hablando? ¡Una «criatura»! ¡Je, je, je!

—Ésta es la monstruosidad responsable de todos los pacientes que nos traen al hospital con heridas en la garganta. ¡Él! ¡El murciélago! ¡Éste es el murciélago!

¡Llamen a la oficina del fiscal del distrito!

—Creo que es una excelente idea —se mostraba de acuerdo la enfermera número uno.

Acercándose a la puerta la cerró suavemente, y pasó luego el cerrojo.

—¡Pero todo esto es absurdo! —protestaba Tony débilmente, intentando levantarse—. ¡Nunca he oído nada tan extravagante..., yo... el...

La segunda enfermera se acercó al doctor Kaltenbrunner; sujetó con fuerza sus muñecas y le puso los brazos a la espalda.

La enfermera número tres le mordió en la garganta.

Tony se las quedó mirando, sin dar crédito a sus ojos.

La cuarta, encendiendo un cigarrillo, tomó asiento sobre la mesa de operaciones, junto al susodicho, y manifestaba:

—Guarda un poco para mí, Dolly.

—¿Cómo anda de sabor? —quería enterarse la primera enfermera.

—M-m-m-m... —gorgoteaba, glotonamente, la tal Dolly, dándose el festín.

La cuarta enfermera hizo una mueca cómplice a Tony, a la par que le advertía:

—Ésa es Dolly —y la apuntaba con su cigarrillo—, y aquélla Cynthia. Ésta, Janice, y yo soy Maggie.

—Encantado de conocerlos. —Tony las saludó apenas con un ademán de su desmayada mano—. ¡No me lo creo! ¿Todas sois...?

—Sí —asentía Maggie.

—¿Las cuatro?

—Naturalmente...

—¡Que pase la siguiente!

Y Dolly se apartó del doctor Kaltenbrunner, enjugándose la barbilla en la manga del uniforme.

Janice ocupó su lugar.

—¡Vaya, vaya! —Tony meneaba la cabeza—, ¡qué les parece! ¡Nadie lo iba a imaginar! —Y se deslizó hasta el suelo, aferrado a la mesa de operaciones para no caerse—. ¿Y qué hay de Cora? ¿También anda por aquí?...

—¿Quién es Cora? —pidió Maggie.

Cora trepaba cual cabra montesa por entre los promontorios de bolsas para la lavandería, abriendo los receptáculos uno por uno.

Durante la última media hora habría investigado, decena arriba, decena abajo, como trescientos sacos de aquéllos.

En uno se tropezó con un loro difunto, y en otro con un patín de ruedas roto; hubo uno en que halló un par de gruesos consoladores.

Empezaba a desesperarse.

En el área de descarga habían apagado las luces hacía mucho rato. Estaba ya ella

sola en el entero edificio.

¿O quizá no lo estaba?

Ladeó la cabeza, a la escucha; algo se movía entre aquellas oscuridades...

Se encogió de hombros. Si era un sereno, le bastaría con un buen porrazo a tiempo. No podía dejar que nadie la detuviese.

En otra bolsa se encontró una bata sucia. Se la puso, abotonándosela hasta la cabeza, porque empezaba a sentir frío.

Podía darse cuenta también de que se aproximaba el alba. La aurora se cernía sobre ella como león hambriento, lista para tragársela.

Sólo que tampoco permitiría que eso la detuviese en su tarea.

¡Había que fastidiarse! A partir de entonces sólo sería ya cuestión del millón de marras, o al cuerno todo lo demás... Cualquiera otro tema carecía ya de significación. ¡Mierda! La vida sería insoportable sin ese botín. ¿*La vida*? Bueno, cualquier cosa de esa índole que ella hubiera estado aguantando durante tantas décadas. ¡Si no hallaba el saco, dejaría sin más que la llegada del amanecer la desintegrarse, se la llevara consigo!...

Un final definitivo y total.

Claro que si lo encontraba, entonces... ¡Por supuesto que iba a hallarlo! ¡Ah, sí!

...

Abrió diez, veinte, treinta sacos más.

Lo encontraría, para arrastrarse luego hasta cualquier agujero donde pasar el resto de la jornada con luz diurna.

¡Y aquella misma noche se compraría la casa!

El Rabbit, con las estacas clavadas por los *vigilantes* erizando todo su exterior como si fuera un puercoespín, avanzaba a toda máquina, dando tumbos, en protesta por cómo le pisaba el acelerador Brand, a más de ciento diez por hora, y encima recorriendo en sentido opuesto una calle de dirección única.

Un taxi con prisa se le aproximó, sonando la bocina a tope, con los faros delanteros casi cegándolo.

Se orilló tanto, para evitarlo, que entró pesadamente en un montón de basuras apiladas en cubos, chocó con una carretilla de un vendedor ambulante fijo en el inicio de un callejón, aplastó una bici que reposaba contra un muro, desbarató, con estrépito inconcebible, un montón de cajas de madera vacías y puestas sobre el pavimento, y golpeó de refilón un auto aparcado.

Dio la vuelta a la esquina rodando sobre dos neumáticos sólo, y pasó ante la gasolinera donde todavía estaban los cadáveres del garajista y del conductor de marras, yaciendo junto a los surtidores.

¡Condenación! ¡Había retornado a Vincent Road!

Marcó un viraje hacia una calle lateral, pero se pasó de largo, debido a la

velocidad, y dio de bruces con un poste.

Salió del auto, recogió el saco, saltó sobre la acera, y se quedó tieso. En un solar, al otro lado de la calzada, todos los *vigilantes* estaban en montón en derredor de una fogata, cantando el himno *Más cerca, mi Dios, de Ti*.

Giraron cabezas, y todos contemplaban estupefactos el Rabbit hecho trizas allí.

El viejo fanático, tambaleándose con su cruz de madera, salió de entre las turbas y, señalándolo con el dedo, cloqueaba:

—¡Ahí lo tenéis! ¡Estacas! ¡Estacas y ajo!

Brand corrió como jamás lo hiciese.

Salieron en su persecución, relinchando como toda una manada de caballos salvajes.

Cora abrió la milésima bolsa de lavandería.

Echó una ojeada a la ventana, que quedaba justo encima de su cabeza. ¿Sería su imaginación, o era que el cielo empezaba a adquirir un tono purpúreo?

Ignoró tal fenómeno atmosférico.

Abrió otra bolsa. Y otra, y otra, y otra más.

—Sí —dijo una voz—, ella es.

Giró la cabeza.

Tres negros permanecían al borde del pozo, mirándola con fijeza. Uno era Jugurtha Swann, el rufián que la capturase en la fiestecita oficinesca.

Y detrás de él, aparecía Peg.

—Hola, Cora —dijo, mientras la apuntaba con un Magnum calibre 357.

## CAPITULO XXXVI

—¿Dónde esta? —preguntó Peg.

Los cuatro se la quedaron mirando; tres gnomos negros como la tinta, mensajeros del mal, y un pálido ángel de la ira, de pie junto al oscuro agujero de Aqueronte.

Cora se apoyaba en el muro, toda su decidida determinación escapándosele y acabando en absoluta derrota.

—Por ahí, en alguna parte. —Hizo un ademán señalando al pozo—. No lo sé.

—¡Esto parece ser! —dijo Jugurtha Swann, saltando al abismo y recogiendo una bolsa, que abrió de golpe.

La bolsa apareció llena de pañuelos usados, sucios.

—¡Esta otra de ahí! —manifestó uno de los rufianes, bajando y abriendo una más. Rebosaron de la misma calcetines, medias, sujetadores y ropa interior en general.

Peg contemplaba absorta, anonadada, la montaña de ropa para la lavandería.

—¿Quieres hacernos creer que el botín está ahí? ¿En una de esas bolsas?

Cora sonreía ante la desesperación de la susodicha, y manifestó:

—Correcto y conforme. Puedes elegir una...

—Fue algo astuto —admitía Swann—, eso de ocultarlo en una ambulancia, y después en un camión de una lavandería.

—¡Ah, sí! —rió, nerviosa, Cora—, verdaderamente taimado...

—Claro, pero luego ¿qué? ¿Qué tenías planeado para después?

—Nada —suspiró la aludida—, mis planes llegaban hasta aquí.

—Nos la está dando con queso —aullaba Peg.

—No, no es eso. —Swann se tiraba de la ceja, sin dejar de atisbar en derredor—. Tiene que haberlo perdido. De otro modo, ya estaría corriendo como un gamo a estas horas. No perdería el tiempo jugando a agarrar una bolsa.

—Tú lo has dicho —asintió, cansinamente, Cora con la cabeza—. Estaría hace rato fuera de aquí, hombre.

—Bueno, pues entonces —rezongaba Peg— vamos a ver si lo encontramos, y nos largaremos nosotros también más que a paso. —Daba pataditas en el suelo—. ¡Venga! ¡Andando!

Swann admitió:

—De acuerdo —miraba a Cora—, pero antes de nada tenemos que eliminar a la competencia. —Hizo un gesto al sicario que tenía al lado—. Adelante con ello. Nada de disparos. Usa el cuchillo.

El jayán gruñó, y se acercaba a Cora con una navaja cabriterera que abrió de un solo golpe. La víctima, por supuesto, retrocedía, así que el bandolero preparó, aproximándose, el golpe definitivo.

Peg cerró los ojos, tapándose el rostro con la mano, mientras gimoteaba:

—¡Daos prisa! ¡No me gusta rebanarle el pescuezo a alguien con quien me he ido a la cama!

—¡Sí, algo rápido y bien acabado! —le asesoraba, cauto, Swann—. Acaba antes que ese jodido lobo de la chica aparezca por aquí.

La navaja brillaba atrás y adelante, deslumbrando a Cora, quien, tomando un saco, se lo puso delante del estómago.

—¡Adelante! —ordenó Swann—, déjate de juego de piernas, tonto del culo, ¡destrípala sin más!

La hoja abrió de cabo a rabo el recipiente en cuestión, sin remisión.

Varios billetes de color verde se derramaron por la raja producida.

El bandido se detuvo en seco, mirando con ojos golosos el dinero, y diciendo:

—¡«Pasta»!...

¡Vaya si lo era!

La reacción de Cora fue instantánea. Se detuvo y agarró los billetes caídos, volviéndolos a introducir por la raja. «¡Al avío!», gritó; con lo cual dio un ágil salto en el aire, y, al igual que el baloncestista en punta, lanzó el saco por la ventana que había encima de todo el grupo.

A renglón seguido se disolvió, volando fuera de su sucia bata. El murciélago, tan poderoso como un águila, surgió veloz del pozo, aleteando y emitiendo agudos chillidos.

Peg le disparó con su Magnum calibre 357. La bala, de respetable tamaño, rebotó desde la pared y fue a dar a Swann en pleno rostro, deshaciéndole el cráneo, que quedó convertido en algo pegajoso.

El helicóptero aparecía agazapado, como un difunto escarabajo, en el patio interior del edificio. El murciélago salió volando por la ventana y fue a posarse junto a él. Cora se retransfiguró en cuanto hubo tocado suelo.

Levantó el saco y miró hacia el cielo... Sí, no había duda, por oriente el firmamento se tomaba en violeta y ámbar. ¿De cuánto tiempo disponía? ¿Qué hora era? ¿Las cinco y media? ¿Las seis ya?

Peg se asomó a la ventana, justo encima de ella, balbuceando:

—¡Ahí... está...! ¡Santo Cielo, si anda en cueros!...

Cora corrió hacia la alta verja de tela metálica, envió el saco al otro lado de la misma, de golpe, y trepó tras del mismo, saltando luego al estacionamiento adyacente al edificio.

Una bala la rozó, zumbando.

Recogió el botín y corrió con todas sus fuerzas hacia la calle. Otra bala vino a dar en un faro de coche, haciéndolo añicos.

Cora miró hacia atrás.

Peg y uno de los rufianes estaban ya superando la verja; tras de ambos, chirriaban los rotores del helicóptero, vaciando un recipiente de cenizas y polvo en el aparcamiento.

—¡Ven para acá! —chillaba Peg—, ¡condenado demonio ladrón!...

Cora corrió hacia la avenida Dinamarca, la cruzó, y bajaba como una exhalación por la calle Webster, para girar hacia la plaza Eisenhower, y dejar atrás el parque Willow.

Las balas salpicaban los muros por donde pasaba. Una rebotó en el escaparate de una zapatería, reduciendo a polvo la cristalera.

—¡Coraaa! —vociferaba Peg—, ¡espera! ¡Lo compartiremos...!

Dobló por la calle Liberty y pasó ante el Seminario, embocando por la avenida Shakespeare.

Se precipitó hacia el umbral de una casa, para echar una ojeada a sus espaldas.

El helicóptero planeaba hacia ella, volando justo al nivel de las farolas de la vía, pública.

Luego, Peg y su acólito doblaron la esquina del Seminario.

El piloto descubrió a Cora y descendió en su busca, rozando casi el umbral donde estaba refugiada ella.

Sólo que no se apercibió de la presencia del semidestrozado coche patrulla, que pasaba de Vincent Lane hasta la avenida en cuestión, con chirrido de frenos, ruedas bloqueadas y en puro deslizamiento.

*Buuuu-bu-bu-buuuuuu...*

Fue renqueando hasta dar en el artefacto aéreo, alcanzándolo de costado con un terrorífico estrépito de metal que se parte.

Un poli de rostro mongoloide, aferrando su ametralladora Thompson, cayó al suelo por la abierta portezuela, y fue rodando hasta el santo suelo, el puro arroyo como quien dice.

El helicóptero trató desesperadamente de ganar altitud, alzándose cosa de ocho o diez metros por el aire, arrastrando el automóvil policial hecho papilla consigo, oscilando y colgante cual ancla.

A renglón seguido, la nave aérea explotó, convirtiéndose en una brillante pira de llamas.

Cora se precipitó fuera de su refugio provisional y corrió, bajo un volcán de fuego. Neumáticos, tapacubos, volante, parachoques y similares, amén de tableros de bordo y miles de piezas volantes, que pertenecieran a los respectivos motores, y por supuesto los chasis, le llovieron encima, convirtiéndose la calle en una humeante chatarrería.

Dobló la esquina hacia Vincent Lane.

Una hoja de rotor giró, adelantándose a la chica, y fue a dar contra un poste, que aserró limpiamente. Una bola ígnea se derramó sobre un montón de cajas de madera apiladas sobre la acera, prendiéndoles fuego en el acto.

Seguía corriendo, siempre rumbo a Vincent Road.

—¡Cora!

Una bala le zumbó junto al oído. Se volvió. Peg y su sicario apenas se encontraban ya a media manzana de distancia.

Y detrás de ambos, aún venía en persecución el agente de policía, quien no dejaba de gritar dando el alto a todos.

Cora se abrazó al saco, temblando de rabia. ¡Los jodidos! ¡Ah, semejantes bastardos meticones! ¿Cómo se atrevían siquiera? ¿Quién pensaban que eran, tales cabezas de chorlito, torpes como un cerrojo, para permitirse el interponerse entre ella y sus designios?...

Aspiró profundamente, mientras tensaba los temblequeantes músculos, recurriendo a sus últimas reservas de aguante y energía. Llevándose el saco a la boca, lo mordió con firmeza.

## CAPITULO XXXVII

La alargada, elegante, esbelta loba, circulaba con largas zancadas por Vincent Road, portadora del saco entre sus mandíbulas.

Pasó ante dos hombres muertos, yaciendo en el pavimento delante de una gasolinera.

Más adelante aparecía un aplastado coche modelo Rabbit, cubierto por montones de estacas que sobresalían de su techo y laterales.

*¡Zing-z-z-z-z-z!*

La bala de una Magnum rebotó desde el borde de la acera.

—¡Te veo! —chillaba Peg.

La loba cambió de dirección, deslizándose hacia una calle adyacente. Allí, se detuvo bajo un árbol.

Bajando manzana adelante hacia ella veíase a un anciano que arrastraba una gran cruz apoyada en el hombro, y al cual seguía toda una procesión de llameantes antorchas.

—¡Sin cuartel! —cantaban centenares de voces—, ¡carnicería!; ¡mutilaciones!; ¡masacres!...

—¡Límpianos, oh Señor! —modulaba, casi al estilo tirolés, el susodicho vejete—. ¡Báñanos en la sangre de nuestros antepasados! ¡Así sea!

—¡Así sea! —gimoteaba la turbamulta—, ¡sangre, sangre!

La loba gruñó furiosamente, se escurrió en marcha atrás, quedó aplastada al nivel del suelo, y acabó ganando de un salto las ramas de un árbol.

Por cierto que lo hizo justo a tiempo, pues el desfile cantante ya se aproximaba al lugar desde todas partes, haciendo rebosar de masas esa calle y sus laterales.

—¡Arrepentíos! —entonaba el zelota—, ¡redimíos! ¡Rezad, rezad con todas vuestras fuerzas!

—¡Rezad! —entonaban todos como un eco—, ¡orad!

—¡Pedid la luz! ¡Rogad por la salvación del día!

—¡Aleluya! —ululaban al unísono.

—¡Allí! —el viejo movió la cruz, para señalar con la misma, y apuntaba también así—, ¡allí tenéis a otro! ¡Y otro, y otro más!...

Peg y su sicario aparecían entonces por una esquina de la vía pública. Se detuvieron en seco al ver aproximarse aquella horda.

Después se presentó el poli, corriendo detrás de los bandidos, y manejando la Thompson.

—¡Alto! —chillaba—. ¡Estáis todos arrestados!

—¡Agarradlos! —ordenó el vejete—. ¡Estacas, martillos, hachas! ¡Ajo!

Los *vigilantes* cargaron, con un único y común alarido.

Peg y el rufián trataron de escaparse pero el poli les bloqueó la retirada, amenazándoles siempre con su ametralladora.

—¡Alto! —indicaba, estentóreo.

Los aludidos se tiraron al suelo, de lado, mientras el de la bofia lanzaba la primera ráfaga de su arma.

El vejete fanático cayó, acribillado horizontalmente de balas.

Fue entonces cuando las turbas se lanzaron en tromba sobre todos ellos. Allá arriba, en el árbol, la loba vigilaba alegremente cómo Peg era clavada sólidamente al muro de una panadería, y se le introducían salvajemente tres estacas por la caja torácica, y otras tantas en el estómago. Después, pasaron a colmar de ajo la boca del policía, quien resultó colgado, cabeza abajo, de una farola inmediata. El rufián, por su parte, quedó tendido, despatarrado, sobre el pavimento, y se le cortaron cabeza y extremidades mediante hachas.

Una mujer de ojos enloquecidos agarró la cruz del zelota jefe y se puso a gritar:

—¡Mirad! ¡Mirad y considerad! ¡Ni dormiremos ni estaremos inactivos!

—¡Aleluya! —le replicó, en otro alarido uniforme, la— entera multitud. Y marcharon adelante cantando el himno «¡Oh cuán intrépida es Tu Gloria, nuestro Salvador!».

—Amén —susurró una voz.

La loba se volvió, sorprendida.

Tras ella, apoyándose en el tronco de un árbol, encajado confortablemente entre dos ramas que oscilaban, se encontraba Brand, sujetando el saco en su propio regazo.

La loba medio galopaba suavemente, cansinamente, a través de la ciudad y con rumbo este, apartándose del resplandor azulenco y en tono diamante que asomaba apenas por el horizonte oriental. Brand iba encaramado en sus lomos, sujetando ambos sacos.

—¡Valor, mi errabundo can de la noche! —Y atizó un par de golpes de los respectivos talones, en los semidormidos flancos de la loba—. ¡Ya casi hemos llegado! ¡Gira a la izquierda en la próxima esquina!...

Ceñíanse a las calles poco frecuentadas, galopando así por Fullerton hasta South Hamilton, y desde esta última, pasando ante el estadio, a James Drive; bordeando el Drive, a Westwood, y desde ahí, dejando atrás el Arboretum, circulando ante el campo Scout, y luego, por el hipódromo, a Lance; de Lance a la calle Carpenter, para seguir por Carson, Arch Square, Bainsborough, la avenida Truman, y finalmente el bulevar Greenlawn.

—¡Hemos llegado! —advirtió Brand, tirando de las orejas a la loba, con lo que ésta se detuvo, y desmontando—: ¡Lo has hecho de maravilla!

La loba miró con ojos cansados el edificio de apartamentos que se alzaba ante

ella.

Cora se rematerializó.

—¡Jesús! —gemía, desmayada su actitud, desnuda, a cuatro patas aún e incapaz de alzarse—. ¡Uauuu! ¿Qué hora es?

—Ya es hora. —Brand la ayudó a ponerse en pie—. ¿Cómo te sientes?

—¡Pútridamente!

—Bueno, procura no desmayarte hasta que hayamos subido allá arriba. —Habían guardado las llaves del apartamento debajo de una maceta, al borde del acceso para coches al edificio. Cora las encontró, abrió el acceso, y condujo a su acompañante por el oscuro vestíbulo.

Corrieron hacia el ascensor y subieron al noveno piso.

—¡Por ahora todo anda bien! —reía, entre dientes, Brand—. Ahora bien, necesitamos que nos dure la suerte unos pocos segundos más...

—¡No hay modo! —se estremecía su compañera—. Siento malas vibraciones.

—¡Oh, no digas necedades! Eso no pasa de ser agotamiento físico y la tensión nerviosa... Se te pasará en cuanto tomes un trago...

Cora abrió la puerta del apartamento, y ambos entraron dando tumbos en el cuarto de estar.

—Y también me preocupa Tony. —Cerró de nuevo la puerta ella, corriendo el cerrojo, y dijo—: ¿qué demonios puede haberle sucedido?...

—Nada de lo que le pueda haber ocurrido, se iguala con el horror y las calamidades que hemos aguantado esta noche —dijo Brand, aposentando su saco en una mesa—, fíjate en mí, ¡aquí me tienes, intacto!...

—Él no es tan capaz como tú.

—Cierto —admitía el aludido, modestamente—, pero en definitiva tiene ya ciento cincuenta años de edad. Ya va siendo hora de que aprenda a cuidar de sí mismo. Bien, ahora, vamos a contar el dinero.

—Sí, hagámoslo —dijo, en tono sarcástico, una voz.

Ambos giraron la cabeza.

Argoli y Eddie salieron entonces del dormitorio, cada cual blandiendo en la extremidad respectiva un crucifijo y un revólver calibre 45.

## CAPITULO XXXVIII

—¡Oh, dolor! —suspiró Brand.

—¡«Criaturas»! —silbó Eddie, avanzando, sin dejar de ondear el crucifijo en su dirección—. ¡Espíritus necrófagos!

Cora y su compañero cubríanse los ojos, retrocediendo siempre ante él.

—No te preocupes por eso, Eddie —manifestó Argoli.

—¡Demonios inmortales!

Y, diciendo esto, Eddie arrebató de un empujón el saco de las manos de Cora.

—Acaba con eso —dijo Argoli, apartándolo de la otra.

—¡Pude ver vuestro ataúd! —manifestaba Eddie, señalando al dormitorio—, ¡vuestro féretro! ¡Santa Madre de Dios! ¡Vuestra caja fúnebre!

Y besó el crucifijo, a la vez que se persignaba.

—Cora —se le aproximaba Argoli, sin dejar de hablar—. Ven acá, mírame. —Ella lo hizo, a través de los dedos de la mano—. ¿Qué le ha ocurrido a Peg y a esos idiotas que la acompañaban?

—Ya no están en el juego. Les sacudieron definitivamente.

—Espléndido —y le tocaba la desnuda cadera—, ¡espléndido!

—¡Va...va...vampiros! —jadeaba, tartajeando, Eddie, casi ahogado en la propia bilis—. ¡Jo...jo...jodidos vampiros!...

—Ya sé que lo son —indicaba Argoli, encogiéndose de hombros—, pero ése es su problema; el nuestro lo constituye el millón doscientos mil. —Hizo un ademán, siempre el arma empuñada, señalando el dinero—. ¿Está todo ahí? —Cora asintió—. Pues entonces lo demás no importa. —Agarró ambos sacos y los dejó en el suelo, junto a la puerta—. Bien, entonces, nos quedaremos por aquí un ratito, ¿eh? —atravesó la estancia, corrió la cortina y abrió la puerta—, y veremos cómo amanece...

Cora y Brand se volvieron de lado, aplastándose contra la pared cual pobres seres acurrucados, mientras una grisura viscosa y grasienta ardía sobre ambos.

—¡Condenación! —hipaba Brand—. ¡Maldición por tres veces!

—¡Fíjate en ellos! —emitió Eddie, con una risita nerviosa—. ¡Observa a estas ratas inmundas! ¡Ja, ja, ja! ¡Míralos!

—Tranquilo, Eddie —manifestó Argoli, encendiendo un cigarrillo. No seas tan cruel...

—¡Ah, señor! —Tendía la mano Brand al hablar así—. ¿Sería usted tan bondadoso como para ofrecerme un purito final? ¡Eso resultaría de lo más generoso, verdaderamente!

—Por supuesto.

Y Argoli le hizo entrega del cigarro de fino calibre, adicionado del encendedor

para prenderlo.

—¡Tenga cuidado, jefe! —Eddie saltó a la palestra, interponiendo su crucifijo entre ambos interlocutores—. ¡No se acerque demasiado a ese hijo de puta!...

Brand encendió su tabaco y aspiró con avidez el humo, arrojando de vuelta el mechero a su dueño, mientras le decía:

—Gracias, señor.

Argoli atrapó el chisquero, a la vez que se volvía hacia Cora, cuya desnudez lo atraía como un imán, preguntándole:

—Tú no eres la hija de Cora, ¿verdad? Tú eres la Doncella de Hielo en persona...

—Sí, lo soy.

—¿Qué edad tienes?

—Nací en 1876.

—*Ché orróre* —jadeó, apenas, Eddie.

Argoli dio un paso, apartándose sorprendido de la muchacha, y susurraba:

—Mi padre estaba en lo cierto.

Ella lo miró, girando la cabeza por encima del hombro, a la par que se protegía siempre los ojos, y dijo:

—¿Tu padre?

—Sabía quién eras tú.

—¿Cómo? ¡Que el viejo Césare estaba enterado!

—Así es. Y yo no quise creerle.

—¿*Que lo sabía?*

—Por completo; lo supo.

—¿Y durante...? —olvidó Cora por un instante el arribo de las primeras luces del día, y su riesgo mortal; por unos momentos lo olvidó todo, excepto cómo su incredulidad sobre el tema la dominaba—, ¿...durante cuánto tiempo?...

—Cuando los polis hicieron una incursión en el club Stuyvesant y todos pasasteis la noche en la comisaría. Entonces lo supo.

—¡Cielo santo!

—No debes usar el santo nombre de Dios en vano —le soltó, seco, Eddie.

—¿Y nunca hizo nada al respecto? ¿En todos esos años jamás tomó ninguna medida sobre ello?

—No. Le gustabas. —Argoli sacudía la cabeza confundido—. Y me hizo prometerle que yo tampoco haría nada sobre el caso. «A menos que ella se vuelva contra ti», me dijo, «en cuyo momento puedes mandarla allá de donde procede». Bueno, pues te has vuelto contra mí, ¿no es así, Cora? Y ahora, nena, te voy a mandar a allá de donde viniste...

—¡Eso! —babeaba Eddie, escupiendo su odio—. ¡Vete allá ahora! ¡Anda de vuelta a lo tuyo!

El confuso y oscuro firmamento previo a la aurora empezaba a enriquecerse con matices varios..., escarlata, oro, verde, blanco licoroso, limón plateado. Cora notó

cómo el ritmo de bolero de su corazón empezaba a fallar.

—¡Aquí llega! —balbució, casi, Brand—. ¡Se acaba, se acaba..., se acabó!

—¡Diablos de cementerio! —le escupía Eddie—. ¡Volved al polvo!

Cora sonrió, diciendo:

—¿Quién podría pedir un epitafio más apropiado?

—¡Oh, bueno! —Brand exhaló un perfecto anillo de humo—. Debía ocurrir más tarde o más temprano. El tiempo es simplemente una ilusión...

—Al menos —Cora miraba de soslayo hacia la ventana— veré de nuevo el sol...

Su boca se quedó abierta al ver a cinco grandes murciélagos volando hasta penetrar en la estancia.

—¡Desdichados! —farfullaba Eddie—, ¡malolientes y asquerosos don nadie!

—Cierra el pico, Eddie —le recomendó Argoli—. Déjalos que desaparezcan en paz.

Sólo que en ese momento Tony, y cuatro mujeres jóvenes, de belleza asombrosa, permanecían de pie ante la ventana, sin pizca de ropa.

—¿Paz? —reía Brand—. ¡Oh, eso sería pedir demasiado! Déjenme vislumbrar el firmamento. —Y cuando se volvió, pudo ver a los recién aparecidos—. ¡Ahí va! —Parpadeaba, y el cigarro se desprendió de su boca.

Dos de las jóvenes se acercaron a Argoli, mientras las otras dos hacían otro tanto, desde atrás, con Eddie. Antes de que ninguno de los citados tuviera idea de la amenaza surgida, ya estaban fuertemente sujetos, y en cada una de las respectivas gargantas se habían clavado dos pares de mandíbulas que succionaban sin tregua ni cuartel.

Tony se dejó caer, agotado, en un sillón de orejas, y presentaba a sus amistades recién llegadas:

—Ésta es Janice..., Dolly..., Maggie... y Cynthia. —Se masajeó la pierna vendada—. Tuve que repartir con todos ellos —explicaba—, espero que no te importe. Se trata de una larga historia. Ya te la contaré más tarde. ¡Coño!, de veras que me siento renacido... En realidad..., uh... bueno, tienen también un problema de alojamiento, así que se van a mudar a nuestra casa —sonreía a Cora—. Lo lamento, pero así están las cosas. No estaba en situación de poderme negar...

Cora se limitaba a contemplar a todo el equipo, incapaz de reaccionar.

Brand, frotándose las manos, reía entre dientes, la mar de alegre.

—¡Excelente! ¡Definitivo! —gritó—. No hay problema, tenemos para todo el mundo. —Se inclinó, reverencial, hacia las chicas—. *Mes hommages, ladies*. ¡Echen ustedes una ojeada a Anthony, seguro servidor!

Con lo que, dando una breve carrerita, se aproximó a los sacos, levantó uno de ellos, lo desató; lo vació en el suelo tras haberlo abierto.

Las cuatro jóvenes interrumpieron su succión alimenticia y quedáronse mirando golosamente el dinero, con ojos como platos.

Tony saltó, con un aullido de gozo supremo, y atravesó a la pata coja toda la sala,

derribando un taburete y diciendo:

—¡Eh! ¡Moisés bendito! ¡Jesucristo! ¿Cuánto es, Brand?

El aludido vació el otro saco y contestó sin dudarle un segundo:

—Un millón doscientos mil en moneda nacional.

Tony se puso de rodillas, gorgajándose enloquecido por el goce, y dijo:

—¿Dólares?

—Bueno, chico, no se trata aquí de cuentas de conchas coralíferas...

—¿Y a cuánto toca, dividido entre siete?

—¡Me has atrapado! ¡No tengo ni idea! —reía, feliz, Brand.

Cora alcanzó el taburete, colocándolo de nuevo en pie. Luego recogió el cigarro de Brand, antes de que hiciese un agujero en el alfombrado suelo, y dejó aquel tabaco en un cenicero. Después, informaba a su equipo:

—Ciento setenta mil cuatrocientos veintiocho dólares. Con cincuenta y siete centavos.

Se aproximó a la ventana y la cerró. Luego, corrió la cortina.

## CAPITULO XXXIX

Cora permaneció de pie en el trampolín, bajo la reluciente luna de agosto. Levantó los brazos y se estiró lánguidamente.

Echó una ojeada a la mansión. Había luces en todas las ventanas, como de costumbre, lo cual significaba que la factura de la electricidad volvería, una vez más, a resultar fabulosa aquel mes. No es que en definitiva importara demasiado. En total, el gasto por dicho capítulo no llegaba siquiera a un par de billetes de los grandes, por persona y año.

Mucho menos de lo que les pagaban a sus tres jardineros vietnamitas.

Claro es que, en relación con estos últimos, debía admitir que se ganaban ciertamente su salario.

Echó otra mirada al parque; una ojeada como una caricia, mientras su vagina pulsaba orgullosa, como siempre que sus ojos les hacían el amor a sus propiedades.

Sí, el lugar iba tomando forma bastante bien. La hierba, el césped, estaban cortados a la perfección, y los arriates florecían maravillosamente.

Claro que los pájaros continuaban evitando aquellos árboles... No parecían dispuestos a acercarse, para nada, a aquel final de la calle Woodlawn, excepto algún ocasional cuervo y similares..., pero nunca un ruiseñor, una alondra o un arrendajo.

Se preguntaba ella el porqué.

¡Bah! ¡Al infierno con las aves! Podía escucharlas cantando en el parque, así que el efecto era el mismo.

Se zambulló con elegancia en la piscina, nadó dos largos, y luego trepó por la escalerilla y cubrió con un albornoz su traje de baño.

Allá arriba, en el zoológico, el lobo le aulló justamente a su persona. Dirigiendo la voz mediante las manos, devolvió el aullido, en esta conversación:

—*¡Vete a dormir, viejo centinela!*

—*¿Y qué me cuentas de ti, cariño?* —le replicaron.

—*Voy a acostarme en seguida, corazoncito mío. ¡Buenas noches!*

—*¡Buenas noches, mi adorada!*

Rompió a reír. ¡Qué galanteador era la vieja bestia! Una de aquellas noches se transfiguraría e iría a visitarlo en su jaula, sólo por diversión.

Echó una última ojeada al jardín, diciéndole buenas noches también a Eddie, y a Argoli, por supuesto.

Sus cuerpos, debidamente hechos pedazos con un hacha, hallábanse enterrados en varias fosas, allá atrás, bajo los robles, al otro lado de la capilla de Tony.

—*Chicos, les jeux son faits!* —gritó—, *rien ne va plus!*

Esa capilla resultaba ser algo que ofendía la vista, tan fea como un wáter (Brand

la denominaba «El cagadero de ladrillo de Logan»). Pero sus artistas del paisaje, los jardineros amarillentos de ojos rasgados, le aseguraron que tomaría un aspecto de rechupete una vez que las enredaderas empezasen a recubrir los muros de la misma.

Cantando suavemente, dirigióse, sin rumbo fijo en el detalle, hacia la casa:

*«La vida es real, la vida es cosa seria  
y la tumba no es su objetivo.  
Polvo eres, y al polvo retornarás.  
¡No se dijo en relación con el alma!».*

En el gran salón, Tony, Molly, Brand y Cynthia jugaban al *poker*. Janice, tumbada perezosamente en el sofá, leía un tebeo. Mag aparecía despatarrada sobre el santo suelo, encajando entre sí las piezas de un gigantesco rompecabezas.

Cora entró, paseando, desde la terraza y permaneció de pie, contemplándolos a todos durante unos instantes, asegurándose de que su derecho de propiedad no sufría interferencias ni menoscabo de ningún género.

Todos estaban de lo más chic con su ropa estival. Tony, Brand y Molly llevaban chaquetas blancas, tropicales, a modo de esmoquin, mientras Janice y Cynthia aparecían vestidas cual modelos de Vogue, con *aubes* de Givenchy.

Mag estaba, simplemente, desnuda.

Todos bebían cerveza.

Cora hizo una mueca que mostraba su exasperación. ¡Cerveza! ¡Poker! ¡Y esa Maggie! Siempre estaba de acá para allá, según la trajo su madre al mundo, haciendo que la sala semejara el recibidor y salón de un burdel. Y Molly se había vuelto a colocar atuendo masculino. ¡Dios del cielo! Aparte de que Cynthia ostentaba demasiadas joyas, y de que...

Pero no.

Se negaba a echarles ninguna bronca. En conjunto, la verdad es que se habían estado comportando con notable decoro.

Brand en especial.

*Diable!* ¡Se estaba convirtiendo en un figurín! Poseía nueve o diez trajes y siempre llevaba corbata. Desde junio exhibía un atrevido monóculo y una barbita de chivo, recortada tan elegantemente como los arbustos del jardín. Y a base de jugar al tenis cada atardecer, estaba empezando a perder peso.

No sólo eso: finalmente había acabado por quitar su ataúd del comedor y lo trasladó a la Sala Malva, del piso superior.

Así pues, peor podían estar las cosas.

Con la manga de su albornoz, Cora eliminó una mota de polvo de la mesita donde se colocaba el teléfono.

Sí, mucho peor.

—¿No se suponía que ibas a reunirte con tu corredor de bolsa, esta misma noche, Janice? —inquirió.

—Mañana por la noche —respondió, en puro bostezo, la aludida—. Cenaremos

juntos en el Rockaway.

—¿Y qué hay de tu cita con esa gente de West Camden, Mag, querida?

—Los veré el jueves.

—¿Qué es lo que desean?

—Están tratando de venderme un supermercado y un restaurante para la clientela que anda en auto. Lo compraré todo, si Tony entra en el negocio conmigo...

—¡Ni hablar! —avisaba el susodicho, desde detrás de sus cartas de baraja—. Ya tengo más compromisos económicos de los que puedo atender. No me voy a dejar implicar en ningún trato más de fincas y demás.

—West Camden está prosperando que es una locura. —Brand encendió un cigarrillo—: Mis dos bares de Jefferson Road han triplicado su valor durante el último cuatrimestre. ¡Triplicado, digo!

—Por mi parte, sigo fiel a valores, bonos y diamantes —explicaba Tony—. Y, claro, lingotes de oro.

Cora prendió un pitillo y sirvió una copa de champán.

Gracias sean dadas a los cielos, todos tenían la cabeza sobre los hombros, por lo relativo a sus inversiones. De hecho, eran mucho mejores hombres y mujeres de negocios que ella misma. Cora solamente era dueña de un edificio, es decir, su vieja casa de apartamentos en el bulevar Greenlawn; e incluso aquello empezaba a arrojar pérdidas, especialmente desde que echó a todos los inquilinos del noveno piso.

—Chicos, ¡son las cinco en punto! —anunció.

—¡Oh, no! —gemía Tony—. ¿Ya?

—¡Rayos y truenos! —quejábese Brand—. El tiempo parece volar, cada vez más aprisa. «*O lente, lente currite noctis equi!*».

—Agosto es un mes piojoso —dijo Cynthia, arrojando a un lado el mazo de cartas de baraja—. Las noches son demasiado cortas, las jodidas...

—Tenemos tiempo para algo de música, si nos damos prisa —avisó Cora.

Pasaron, pues, en bloque al salón de música.

Ella tomó su violoncelo del armario empotrado, y sentóse bajo el retrato que Whistler le pintara, colocado en esa estancia ahora.

Brand bajó el violín de su gancho en la pared.

Tony se aposentó en el piano.

Maggie, Molly, Cynthia y Janice extrajeron del correspondiente receptáculo sus respectivos tuba, trompa de llaves y un par de trombones.

—¿Qué vamos a interpretar? —pidió Tony—. ¿Otra vez el concierto en Do mayor?

—Sí —precisó Cora—, en su primer movimiento. Aún no lo tenemos dominado.

El triple concierto de Beethoven, en Do mayor, para cello, violín y piano, era el primer número musical que resultaban capaces de interpretar sin recurrir a las partituras. Ella, Brand y Tony conocían ya, por supuesto, la música de memoria, y al cabo de aquellos meses de ensayos las chicas podían cumplir con el acompañamiento

de *tutti*, con sus instrumentos de viento, sin tener que recurrir demasiado ya a la pura improvisación.

—Y vamos a ver si esta vez sabemos mantener el *allegro* tal cual es. —Hizo un arpegio Cora con la cuerda del Do—. ¿Listos?

Antes, sin embargo, de que pudiesen comenzar, Brand rompió en llanto.

Todos se lo quedaron mirando, con auténtica sorpresa.

—¡Eli, Oswald! —Tony dio un salto y corrió hacia el susodicho—. ¿Qué es lo que anda mal, papaíto?

—¡Ahuuuuu! —relinchaba Brand entre sollozos que le conmovían la entera anatomía—. ¡Ahuuuu!

—Tómale el pulso, Mag —ordenó Janice.

—¡Aflójale la corbata, Molly! —gritaba Cynthia.

—¡Necesita un trago! —Y Tony revoloteaba a su alrededor, presa del pánico—. ¡Coñac! ¡Vodka!

—¡Brand! —Cora lo tomó por los hombros y lo sacudió sin contemplaciones—. ¡Condenación! ¿Qué es lo que pasa?

—Perdonadme. —Extrajo un pañuelo del bolsillo, se sonó ruidosamente, y dijo —: No es nada..., lo siento, perdóname, Cora —y agarrando su mano, se la besó—; es justo eso... Yo..., sucede que...

—¿Qué pasa? —se interesaba ella, rozándole con suavidad la mejilla.

—Soy tan feliz —borboteó el indino—, tan suma, tan extremadamente dichoso..., tan feliz...

—¡Alto! ¡Me vas a romper el corazón! —alegó, riendo, Tony.

—No te burles de mí..., es verdad..., en serio... —Se quitó el humedecido monóculo y lo secó con el codo—. ¡De veras, lo aseguro!..., esto... —y hacía oscilar el violín ante la concurrencia toda—... esto, ¡es pura delicia y felicidad! ¡Beatitud, absoluta beatitud! ¡Beethoven, sí! ¡Oh, sí! ¡Vamos a interpretar un *allegro*!

—De acuerdo. —Cora le tironeó, afectuosamente, de la barbita—. ¡Marchando un *allegro*!...

—¡Oh Dios! —rezaba la susodicha—. ¡*Mi copa ya no rebosa! ¡Haz que me dure! Sí, así sea: aunque camine por el valle de las sombras de la muerte, ¡protégeme de mis enemigos! ¡Ten misericordia de mí y de estas pobres «criaturas»! ¡Permíteme que resida en la casa del Señor por siempre jamás!*

—¡Uno, dos, tres! —golpeó ligeramente Cora su arco sobre el violoncelo.

Y, en efecto, tocaron el concierto que estaban ensayando.



MARC BEHM (Trenton, U.S.A., 12 de enero de 1925 - Fort-Mahon-Plage, Francia, 12 de julio de 2007), escritor, actor y guionista americano, se instaló en Francia tras la Segunda Guerra Mundial y fue allí donde escribió la mayoría de sus obras.

En el mundo del cine su obra más conocida es el guión de *Charada* (1963) y en lo literario destaca su novela, mezcla de género negro, comedia y terror, llamada *La doncella de hielo* (1983), así como su obra maestra de género negro *La mirada del observador* (1980).

# Notas

[1] Vigilantes: organizaciones que se toman la justicia por su mano, si llega el caso, típicamente norteamericanas. (*N. del T.*) <<

[2] Se trata de la noche del 31 de octubre, cuando tradicionalmente (en los Estados Unidos) se dice que pueden verse fantasmas y brujas; los niños se disfrazan a tal efecto. *(N. del T)* <<

[3] *Schlimazel*: en idioma judeoalemán, o *yiddish*, gafe. (N. del T.) <<

[4] WASP son las siglas de White Anglo-Saxon Protestant (Blanco Anglo-Sajón y Protestante). (N. del T.) <<

[5] Agrimensor en inglés medieval es «Ellis». (N. del T.) <<

[6] Tailor en este caso se interpreta en el doble sentido inglés de «sastre» y «tañedor».  
(N. del T.) <<

[7] En este párrafo el autor establece, gracias a la fonética inglesa, una especie de prosa ritmada, cuyo traslado al español no es factible. (*N. del T.*) <<

[8] El sistema *drive-in*, que engloba desde iglesias a cines, pasando por restaurantes, bancos, etc., es lo que en español se ha traducido por «auto-banco» o «auto-cine» y así sucesivamente. Significa que no cabe salir del coche para realizar la operación que sea, etc. (*N. del T.*) <<

[9] Expresión del latín clásico que significa, literalmente, «con un grano de sal», es decir, tomarse las cosas con reservas, sin creérselas demasiado, etc. (*N. del T.*) <<

[10] Existe aquí un juego de palabras, basado en el sonido similar de dos vocablos ingleses, que carece enteramente de traducción directa en español. (*N. del T.*) <<